

Visita de los Reyes Católicos

De esta manera, que traducimos literalmente al castellano, cuenta un antiguo manuscrito la visita de los Reyes Católicos a Poblet.¹

El sábado, día 9 de noviembre del año 1453, a mediodía, llegó a Poblet la princesa D.^a Isabel, hija del rey católico y de la reina D.^a Isabel, viuda hacía pocos días por la muerte del príncipe de Portugal, su esposo, la cual entró toda cubierta, sin dejar ver su rostro, y se fué a la Iglesia, y de aquí la torre de las Armas, que era su aposento donde estuvo casi siempre retirada.

Seis días antes habían llegado D. Juan y D. Fernando, hijos del rey moro de Granada, que se habían convertido al cristianismo.²

El mismo día, a las tres de la tarde, llegaron el rey y la reina. Revestido el abad Coello de pontifical, con sus socios diácono y subdiácono, cruz alta y agua bendita, salió con toda la comunidad, que constaba de noventa y cuatro monjes, ocho novicios y ciento treinta y cinco frailes conversos, a recibir a los reyes, que acababan de descabalgar frente a la Puerta dorada, que abrió el abad, detrás de la cual había dos hermosos reclinatorios en los que sus majestades se arrodillaron y adoraron las reliquias que llevaba el abad. Después entraron bajo palio, que era llevado por grandes dignatarios de la Corte, y cantando el *Tedeum* llegaron hasta la puerta de la Galilea, precedidos por los monjes jóvenes.

Seguían a los reyes sus tres hijas las infantas Juana, María y Catalina, y al entrar en la Iglesia, dejó el órgano sentir sus acordes, hasta que estuvieron arrodillados en los reclinatorios

1. Biblioteca-Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú.

2. Durante su estancia en Poblet tradujeron al español el célebre documento árabe que se guardaba en el Archivo del Monasterio.

que había preparados bajo las gradas del presbiterio, en donde, después de rezar algunas oraciones, les dió el abad la bendición. Terminada esta ceremonia, subieron los reyes al presbiterio y besaron las tumbas de sus padres; luego salieron por la puerta del claustro mayor, y, pasando por delante de la Sala capitular, del Refectorio y del Locutorio, se dirigieron a las habitaciones del abad, en donde tenían su aposento.

Las tres infantas fueron aposentadas en la cámara de San Juan Bautista; el cardenal de España, en las cámaras reales y de Santa Ana; otro señor, en la de San Agustín; otro, en la de San Jerónimo; otro, en la de San Bernardo; otro, en la de San Gabriel; otro, en la torre de San Esteban.

Había más de sesenta damas y quinientas mujeres de servicio de palacio, y estaba, también, el duque de Villaformosa, sobrino del rey.

Al anoecer del mismo día llegó el príncipe D. Juan, hijo de dichos reyes, que había venido cazando, siendo recibido con la misma solemnidad que sus padres. Le aposentaron en la cámara llamada de los conejos, cerca de sus padres.

Había el abad procurado tener gran provisión de todo lo necesario, que no obstante la multitud de gente, el día que llegaron no fué menester más que pedir, pues a todo se acudió con abundancia. Pero el rey, viendo el gravamen que se haría al Monasterio por la mucha gente que venía en su comitiva y la que iba llegando, mandó al abad que no diese cosa alguna del Monasterio, porque de ello se enojaría mucho; pero el abad le respondió que él no sabría mandar a los suyos que no diesen cuanto se les pidiera, porque así se acostumbraba en semejantes ocasiones.

El rey quedó muy agradecido de la respuesta del abad, pero ordenó a sus alguaciles que no diesen cosa alguna y que hiciesen cerrar las puertas de las oficinas. Viendo el abad que de allí en adelante no tomaron ya nada de lo que tenía prevenido, mandó al día siguiente un gran presente a los reyes y a algunos de los grandes señores que le acompañaban.

Las damas de la reina fueron aposentadas en la gran sala de los Arcos, que parecía un dormitorio de religiosas, bien provisto

de camas, colocadas unas junto a otras, separadas por cortinajes de seda, y era cosa, dice este manuscrito, de gran ejemplo ver tanto silencio entre tantas mujeres, pues había más de trescientas.

La marquesa de Moya, con otras damas y señoras, se hospedó en la cámara de San Ambrosio.

Y la multitud de gente, así de hombres como de mujeres, era tanta, que no cabía en el Monasterio, pues las puertas estaban abiertas para todo el mundo, y acudió durante la estancia de los reyes tanta gente de Barcelona y otras partes, que sería imposible contarlas, pues la casa estaba llena de día y de noche.

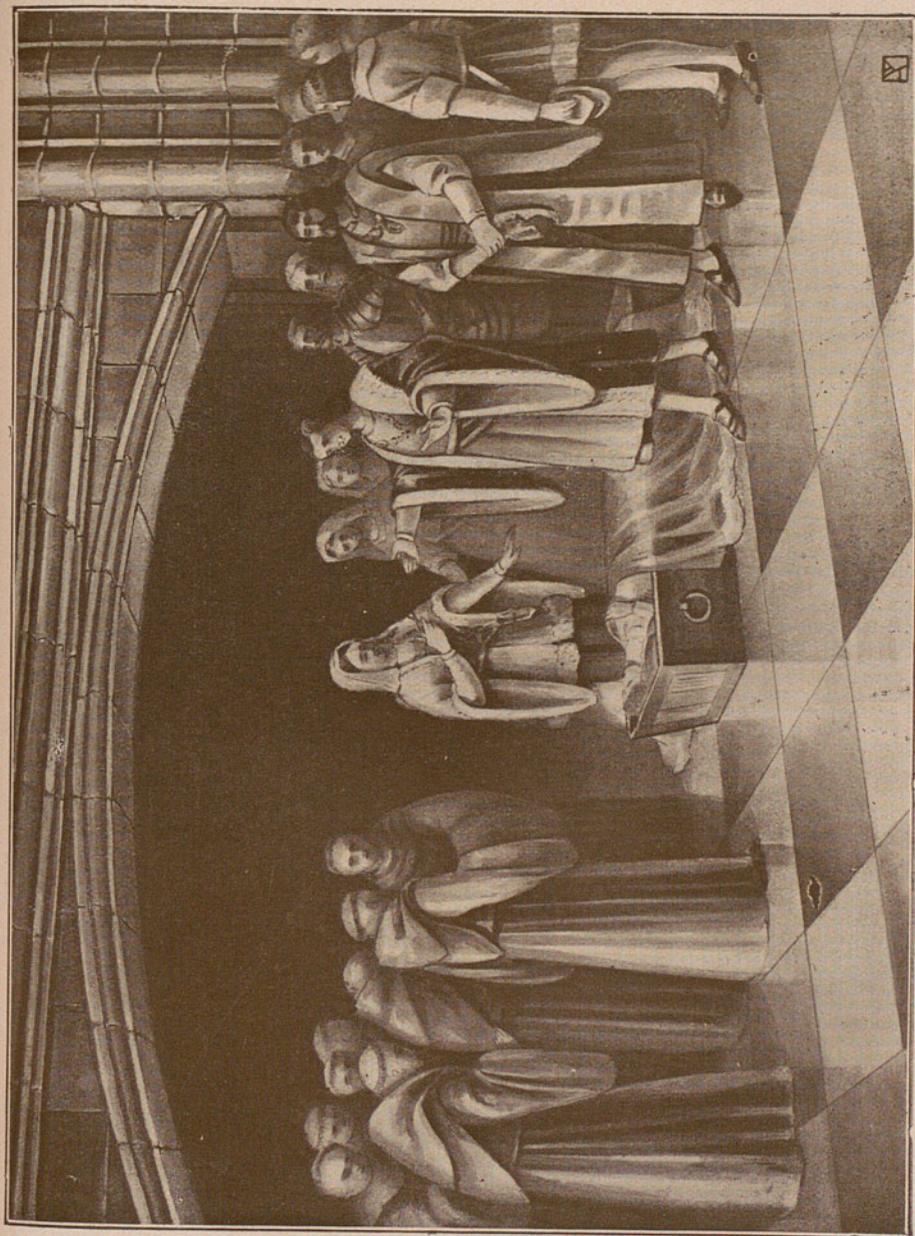
Al día siguiente, que era domingo, el abad dijo la misa de pontifical, que el rey oyó en su capilla del presbiterio, con su hijo, y la reina, en la del otro lado, con las infantas. Sólo el cardenal tuvo sitial en el Coro.

Después de comer, con poca y escogida gente, bajaron los reyes a la Iglesia a ver los cuerpos reales, y compareció, también, muy recatadamente, la princesa viuda. Quiso la reina ver el cadáver de su tía la Infanta D.^a Catalina, que tenía fama de haber sido muy hermosa, y tomando como recuerdo de la muerta algunos de sus cabellos, que se conservaban todavía muy rubios, los enseñó al rey, que le mandó que los dejara.

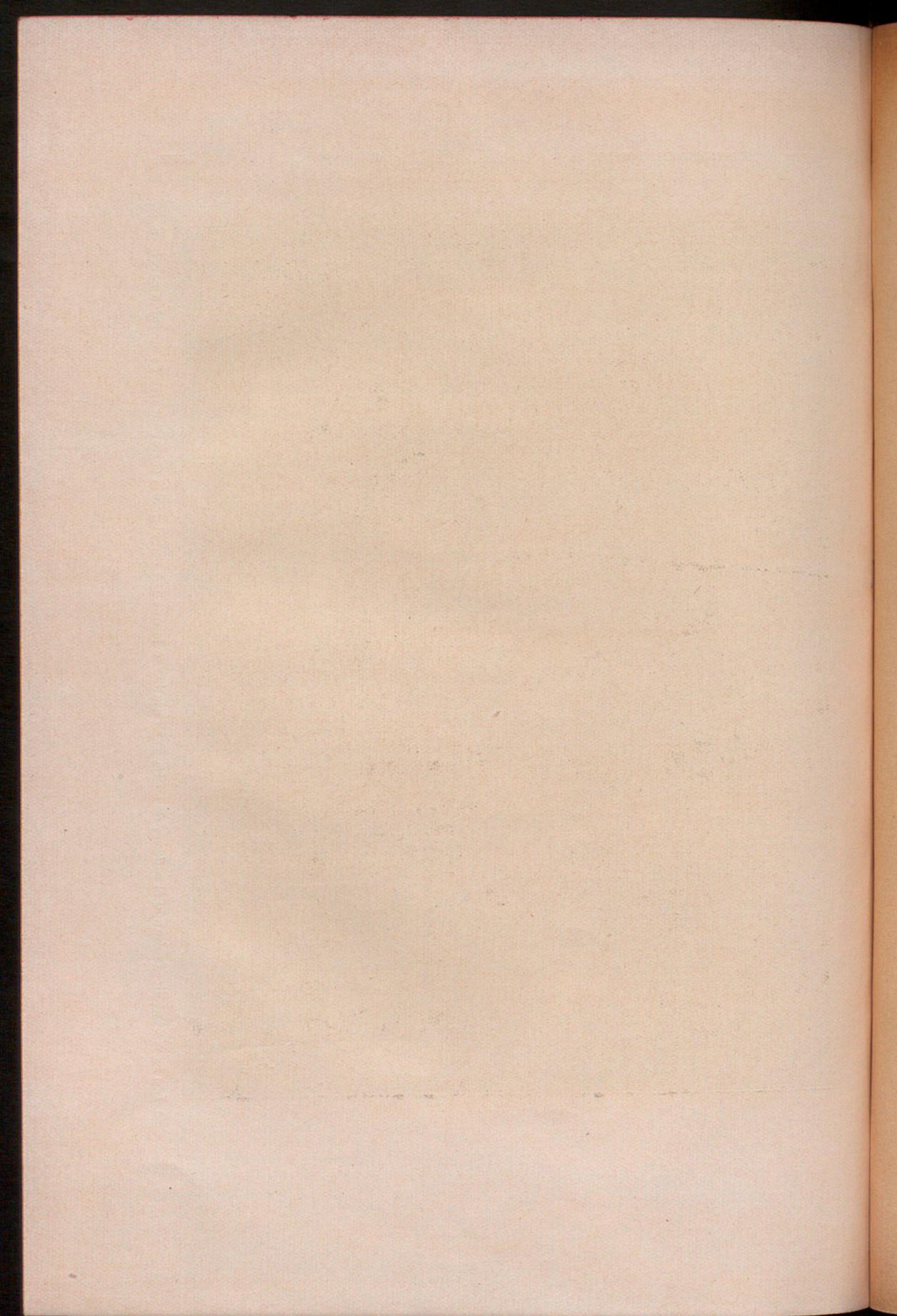
El lunes se celebró misa general para todos los difuntos de la casa real que yacen en esta Iglesia, por los cuales, cada monje dijo, también, misa privada, y el resto del día lo pasaron los reyes y comitiva visitando las dependencias del convento, y al anochecer vieron la Sacristía, sus jocalias y reliquias y demás ornamentos de la Iglesia.

El martes, habiendo resuelto partir, oyeron misa sus majestades en sus habitaciones, y comieron más temprano que los otros días, y antes de marchar, estando la comunidad en el Coro, a instancias del abad se sentaron los reyes en sillones colocados sobre las gradas del presbiterio y al lado de la reina el príncipe y las princesas, y llegando los monjes, que iban saliendo del Coro uno a uno, arrodillados besaron la mano de sus majestades y altezas y se volvieron al Coro.

El abad salió acompañando a los reyes hasta la Galilea,



Los Reyes Católicos mirando el cadáver de su tía D.^a Catalina, a la que D.^a Isabel quería cortar un rizo de su rubia cabellera



quedando en la Iglesia todos los religiosos, y allí le besó la mano por despedida y se volvió a la Iglesia, y ni él ni monje alguno salió del Monasterio hasta que la Corte estuvo fuera.

Cuando ya había montado a caballo, la reina se dió cuenta de los escudos de la Puerta real, y no habiendo nadie que de momento le descifrara la leyenda en ellos grabada, mandó que se quedase un doctor, que lo leyese y se lo llevara; dice así : *hoc opus incepit tempore Petri regis Aragoñ qui regnare cepit anno 1338*. (Esta obra se comenzó en tiempo de D. Pedro de Aragón, que empezó a reinar en el año 1337.) También mandó a sus cantores que tomaran nota del Credo que cantó el convento en la misa de pontifical celebrada el domingo, 10 de noviembre, para que se cantara en la capilla real, cántico solemnísimo, que en palacio se conocía con el nombre de *Credo de Poblet*, y que hasta después de la exclaustración de 1835 era admirado por cuantos lo oían entonar en las grandes funciones religiosas que se celebraban en la Iglesia de San Jaime, de Barcelona, dirigido por el ex fraile de Poblet, padre fray Manuel Astor.

Enterado el abad de la venida de los reyes, mandó limpiar toda la casa, hizo gran acopio de provisiones, utilizó a personas de fuera del Monasterio para que las distribuyeran a fin de que ningún monje faltara al Coro y los legos estuviesen en sus dependencias; hizo amontonar en un sitio determinado gran cantidad de leña, para que de allí la tomaran cuantos la necesitaran. Fueron preparadas en diferentes estancias de la casa ciento diez y ocho camas bien provistas de ropa, sin haber tocado ni una de los religiosos, además de las que traían muchos de los acompañantes de los reyes, y en fin, fué tanto el orden y buena administración que se guardó en todo, que por ellos quedaron admirados cuantos estuvieron en aquellos días en el Monasterio.

El abad se alojó en la *vestiaria*.

De las ciento diez y ocho camas mencionadas, treinta y seis se distribuyeron por las dependencias de fuera de la Puerta real; detrás de las cámaras abaciales, esto es, desde la cámara del *caragol* (caracol) hasta la torre de las Armas y la cámara de sobre la *teixidoria* (de los telares), había catorce. En las dos torres reales, ocho. La sala sobre la Puerta real, muy adornada, seis.

En la habitación del médico se dispuso una cama; en la cámara de San Juan Bautista, en frente del huerto del abad, cuatro; en la de San Pedro, dos; en la de San Pablo, dos; en la de San Andrés, dos; en la de los Santos Cosme y Damián, en que vivía el enfermero, dos; en la de San Basilio, dos; en la de San Eymundo, una; en las dos cámaras de sobre de San Fabián y San Sebastián, dos; en las de la torre de San Gregorio, dos; en la de San Ambrosio, dos; en la de San Agustín, dos; en la de San Guillén, dos; en las cámaras reales y en la cámara enrejada de Santa Ana, seis; en la enfermería, diez, repartidas en cinco estancias; en la torre de San Esteban, cuatro; en la cámara de San Melquíades, dos; en la zapatería, dos, y en la especiería, tres.

Agradecidos vivamente al recibimiento dispensado, regalaron sus majestades al convento unos riquísimos ornamentos de brocado, compuestos de casulla, dalmáticas con sus estolas y manípulos, dos capas, frontal, toalla para el facistol y tres valiosas albas, obra de D.^a Isabel la Católica, que bordó con sus damas, en parte, durante el sitio de Granada, y en parte, después de ganada la ciudad.

Murió el abad Payo Coello en 10 de noviembre de 1498, y su cadáver fué enterrado en la Sala capitular, bajo lápida que tenemos descrita en su lugar.

Al ocurrir el fallecimiento de este abad, quedó el convento cerca de seis meses regido por el prior fray Miguel Gastó, porque los monjes no se atrevían a elegir nuevo abad, por las pretensiones de algunos influyentes personajes, entre ellos el infante D. Alfonso, hijo natural del rey y arzobispo de Zaragoza, que pretendían regentar en encomienda esta Abadía, hasta que, enterado de ello el rey, escribió a los religiosos y al infante D. Enrique, su primo y lugarteniente en este Principado, la siguiente carta:

El Rey

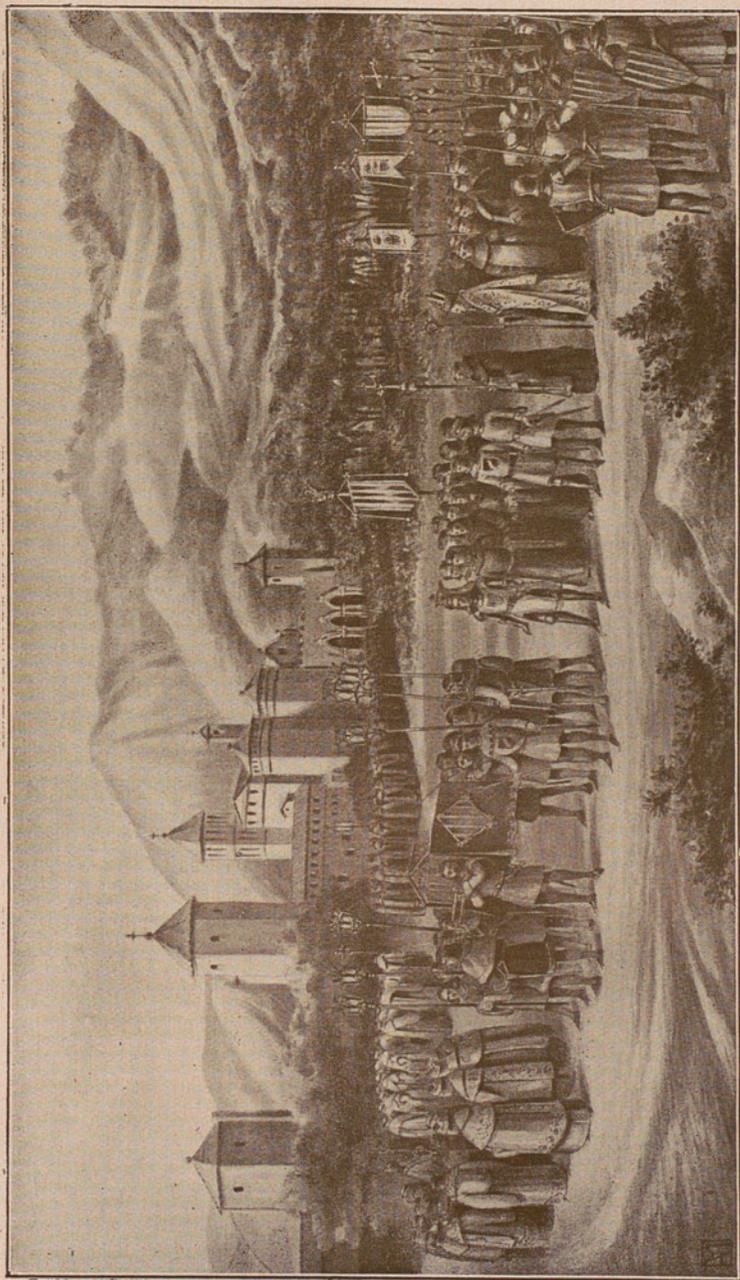
Yo el Rey en su nombre, yo el Rey en su nombre, yo el Rey en su nombre. Sabido hanemos
 la muerte de don frax papa cuello Abbat del Monasterio de poblet que Dios perdona
 de la qual fin dnda hanemos honrado grande enso. porque era persona digna religioso
 e muy assectada al sermno nuestro: plaza a Dios lo reciba en gloria. E asy como
 hanemos sabido que assi el fll arcobispo de Caragoga nro muy caro e muy ama-
 do fyo como otros abbatos con bullas e rrequisitos aplicas han acceptado o
 qm ayan acceptor el dicho Abbadiado para obtenerlo sin comendacion: lo qual ayo
 seria muy molesto, y por todas las cosas del mundo no dardamos lugar a ello
 ante que como es de ma futeccion y voluntat fncorrable queda dicho
 abbadiado sea conferido a religioso digno y dno y bien merecedor de tal digni-
 dad. por lo qual sermimos a los monjes y capitulo del dicho monesterio en-
 cargando y mandandoles que no ostante qualquier acceptacion e otros
 actos por venir de tierras aplicas fechos como nos seamos patron e fundador
 del dicho monesterio se faga a nos por tenencia la presentacion del dicho abbat
 en nombre de nuestro Senor con concordia e concordia fagan su election
 de un abbat segun las reglas e difiniciones de su orden: que sea persona
 digna e tal q nro Senor Dios sea servido y ellos acoplados y el dicho mo-
 nesterio bien regido y gobernado. E fecha la dicha election e nominacion
 nos la envien para que podamos seruir e fuficac nro muy sancto padre
 de la provision e confirmacion de aquello. E rogamos e encargamos vos
 muy affectuosamente que luego en recabido de la presente, enviedes la dicha
 ma lora al dicho monesterio, y vos los sermimos que todas las cosas que neces-
 sarias sean para fazer bien y en concordia la dicha election vos las fardes
 e proveeredes. E asy vos rogamos muy affectuosamente lo fardes: por
 forma que se faga bien e deydamente. E sea fll fufante nro muy caro e
 muy amado primo y lugarde genal la sanon Trinidad sea continuo
 proteccion de valladolid a xxij de noviembre del ayo orbi
 cccc lxxviii

[Large handwritten signature]

[Handwritten signature]

«Iltre. infante nuestro muy caro e muy amado primo y lugarteniente general. Sabido habemos la muerte de D. fray Payo Cuello Abad del Monasterio de Poblet que Dios perdone, de la cual, sin duda habemos habido grande enojo, porque era persona digna, religiosa y muy afectada al termino nuestro : plega a Dios lo reciba en su gloria. & También habemos sabido que así el Iltre. Arzobispo de Zaragoza, nuestro muy caro y muy amado hijo como otros algunos con bullas e reservaciones apostolicas han aceptado o quieren aceptar el dicho Abadiado para obtenerlo in comendam : lo qual a nos seria muy molesto y por todas las cosas del mundo no dariamos lugar a ello, antes queremos y es nuestra intención y voluntad inconmutable que la dicha Abadía sea conferida a religioso digno, idoneo y bien mereciente de tal dignidad, por lo qualscribimos a los monges y capitulo del dicho monasterio, encargando y mandandoles que no obstante qualquiera aceptación e otros actos por virtud de letras apostolicas hechos como nos seamos patron e fundador del dicho monasterio e solo a nos pertenezca la presentación del dicho Abad. En nombre de nuestro Señor con concordia e unidad fagan su elección de nuevo abad segun las reglas e definiciones de su Orde que sea provo, digno e tal que nuestro Señor Dios sea servido y ellos aconsolados y el dicho monasterio bien regido y gobernado. E fecha la dicha elección e nominación nos la envien para que podamos escribir y suplicar nuestro muy Santo padre de la provision e confirmacion de aquella. E rogamos e encargamos vos muy afectuosamente que luego en recibiendo la presente, enviedes la dicha nuestra letra, al dicho monasterio y vos las escrivid que todas las cosas necessarias seran para facer bien y en concordia la dicha elección vos las faredes e proveeredes. E así vos rogamos muy afectuosamente lo hagades por forma que se haga bien y debidamente. E sea Iltre Infante nuestro muy cara e amado primo e lugarteniente general la Santissima Trinidad vuestra continua proteccion. Valladolid XXIII de Noviembre del año mil CCC L XXXX VIII. Yo el Rey.»

Contestaron los monjes a esta orden por medio de un propio, que fué uno de los religiosos más distinguidos del convento, agradeciendo la intervención del monarca y su buena disposición



Entierro de Fernando I. Presiden el duelo su hijo Alfonso V, y el Conceller de Barcelona D. Juan de Fiveller

para que no fueran conculcados los derechos de los electores. Aconsejóles el rey, a fin de evitar que en adelante volviera a repetirse lo ocurrido, que eligieran abades trienales, porque de esta manera cerraban la puerta a los ambiciosos, contra los que tal vez no hallaría el convento en reyes sucesivos el apoyo que en él encontraba. A ello objetaron los monjes que faltaba, para obrar así, tener bula o rescripto apostólico autorizándoles para cambiar los abades perpetuos en trienales, pero que de todas maneras, mientras se tramitaba la consecución de estas bulas, se comprometían todos los electores, cualquiera que fuese electo, a renunciar inmediatamente la Abadía para después que hubiesen transcurrido los tres años, a fin de dejarla vacante en caso de que durante aquel tiempo no hubiese llegado la bula apostólica. Procedieron con esta condición, bajo la presidencia del abad de Benifazá, el día 2 de mayo de 1490, a la elección de nuevo prelado, resultando elegido *fray Antonio Buada abad 45*, que juró acto seguido cumplir lo prometido.

Dos días más tarde, o sea el 4, celebrando de pontifical el abad de Benifazá, *fray Bernardo Llorens*, se hizo la solemne función de trasladar a sus definitivas sepulturas, como había demostrado deseos el rey, los cadáveres reales de D. Fernando I, D. Juan II, de la reina D.^a Juana y de la infanta D.^a Marina, abuelo, padres y hermana del *Católico* D. Fernando.

El cadáver de Fernando de Antequera fué depositado en la tumba que para D. Martín se había construido tiempo atrás, y los de Juan II, Juana Enríquez y la infanta Marina, al que, por encargo del rey Fernando *el Católico*, había fabricado el escultor aragonés Gil Morlanes, en el cual trabajó desde el año 1486, en que se le encargó la obra, hasta 1499, que la dió por terminada. Así dice el acta que de la ceremonia se levantó: «Deseando el Prior y Convento de el Monasterio de Poblet presente el R. Fr. Antonio Buada, electo en Abad de dicho Monasterio, efectuar el entierro de los cuerpos de los Serenísimos Reyes D. Fernando, D. Juan, y D.^a Juana y de la infanta D.^a Marina, Abuelo, Padres y Hermana respectiva del rey D. Fernando, ahora felizmente reynante, conforme a la intención de Su Magestad, Dia Sábado, que contamos 4 de Mayo de 1499, llamado presente,

y interviniente yo Pedro de Clergue por la Real Autoridad Notario de la Villa de Montblanch y presentes por testigos los muy magníficos Ramon Berenguer de Llorach, Señor del Castillo y lugar de Solivella, Mateo de Medianilla domiciliado en la Villa de la Espluga de Francolí, y el Maestro Egidio Morlan Obrero de los Reales Sepulcros a donde han de ser trasladados los dichos cuerpos, celebrada la Misa Pontifical por el R. Fr. Bernardo Llorens Abad del Monasterio de Benifazá, y hechos devotamente por el Prior y Convento de Poblet todos los demás oficios de difuntos, el R. Fr. Miguel Gastó Prior, en nombre suyo y de todo el Convento por manos de los monjes y de el Maestro Morlan pusieron honoríficamente y devotamente los cuerpos de dichos serenísimos Reyes, Reyna e Infanta, en sus regios sepulcros : es a saber, al de el Rey D. Fernando en el sepulcro ya de antes fabricado a la derecha del Altar Mayor cercano a la Silla Prioral, y a los cuerpos del Rey D. Juan, y de la Reyna D.^a Juana, y de la Infanta D.^a Marina, en el sepulcro ultimamente fabricado a la izquierda de dicho altar y mas cercano a la Silla Abadial: de todas las cuales cosas el dicho Prior pidió se hiciese Instrumento para perpetua memoria, etc., etc.»

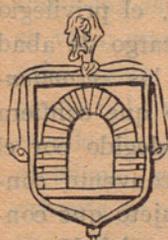
A pesar de las instancias de fray Domingo Porta, delegado de Poblet en Roma, y del mismo rey que escribió en diferentes ocasiones de su puño y letra al Papa Alejandro VI, no quiso este Pontífice otorgar la bula pedida, y, por lo tanto, no podía ser válida la elección llevada a cabo. Reunidos de nuevo los monjes, por consejo del rey, convirtieron en perpetua la designación trienal que habían hecho del abad Buada, pidiendo seguidamente al de Benifazá que dispensara del juramento prestado por aquél, cuando fué elegido trienal, dispensa que fué otorgada en 12 de febrero de 1501.

A mediados del año 1501 se empezaron, por orden del abad Buada, las obras del claustro alto, bajo la dirección de D. Egidio Morlá, que había sido el artífice constructor del sarcófago de don Juan II.

Nota triste y de gran desconsuelo para el abad y el convento todo fué la que tuvo lugar con ocasión de un proceso por herejía celebrado por la Inquisición en Tarragona contra dos monjes

de Poblet, el día 20 de diciembre de 1501, por el que resultaron condenados, a prisión perpetua, fray Tomás Ramírez, y a ser entregado a la curia popular, o sea ejecutado, fray Manuel Galcerán, monje sexagenario que había profesado en tiempo del abad Conill, hacía ya cuarenta y siete años.

Dejó de existir el abad Antonio Buada en 21 de enero de 1502, sin haber recibido las bulas de confirmación apostólica, y, por lo tanto, sin que hubiera podido ingerirse en el gobierno del convento y menos ejercer el cargo de visitador de la Orden con que se había designado al abad de Poblet en 16 de enero de 1499, estando vacante la Abadía. Fué sepultado en la Sala capitular sin losa ni señal, junto a la primera columna de a mano derecha, al entrar.



Fray Domingo Porta, que estaba en Roma, delegado por el Monasterio de Poblet, para obtener del Papa las bulas autorizando elecciones de abades trienales, fué elegido, con carácter de *abad 46* perpetuo, en Capítulo de 8 de febrero de 1502, sucesor del difunto abad Buada.

Viudo D. Fernando *el Católico*, por fallecimiento de su primera esposa D.^a Isabel, ocurrido a 26 de noviembre de 1504 en Medina del Campo, casó por segunda vez con D.^a Germana de Fox, de cuyo matrimonio hubo, en 3 de mayo de 1509, un hijo, con el nombre de D. Juan, que falleció a las pocas horas de su nacimiento. Fué este infante el último heredero de la corona de la Confederación Catalano-Aragonesa, que de aquí en adelante fué unida a la de Castilla, y el último príncipe, también, que recibió sepultura en Poblet, a donde fué trasladado, desde la Iglesia de San Pablo de Valladolid, el día 14 de agosto de 1510.

Murió en la aldea de Trujillo, el día 23 de enero de 1516, D. Fernando *el Católico*; su cadáver fué enterrado en la Catedral de Córdoba, junto con el de su esposa D.^a Isabel, que había estado depositado desde su fallecimiento en la Alhambra, y en su último testamento legó *al Monasterio de nuestra señora de Poblet, donde están sepultados el Rey, y la Reina nuestros Señores, que en gloria*

sean, el ornamento y brocado raso carmesí, y otro de damasco blanco alcarchofado con todos sus complementos.

Había sucedido en el trono de Castilla, al fallecimiento de D.^a Isabel, su hija D.^a Juana, casada con Felipe I, reina que perdió la razón al poco tiempo de coronada, por el sentimiento que le ocasionó la muerte de su marido, por cuyo motivo se hizo cargo del gobierno de sus Estados su hijo D. Carlos I, que contaba solamente diez y seis años de edad, quien vino a regir, también, la Confederación Catalano-Aragonesa por haberla heredado de su abuelo materno D. Fernando. Fué D. Carlos el primero que se tituló rey de España, y más tarde, por fallecimiento de su abuelo paterno, el emperador Maximiliano, colocó sobre sus sienes la corona imperial, que rigió con el título de Carlos V, emperador de Alemania.

Confirmó D. Carlos, en 16 de julio de 1519, el privilegio otorgado por Juan II referente a la provisión de cargo de abad de Poblet, añadiendo que no sólo se opondría a las *encomiendas*, sino, también, a cualquier rescripto apostólico que confiera la Abadía, aun a monje cisterciense, que no sea elegido por el convento, porque es su real voluntad que dicho convento continúe gozando la libertad de elegir abad a aquel sujeto que considere más conveniente al servicio de Dios y bien del Monasterio. Confirmó, también, el privilegio de que fuera el abad de Poblet limosnero mayor de la casa real.

Valiéndose de influencias, por haber sido cantor del infante D. Enrique, duque de Segorbe, un fraile llamado Maestro Menorca, logró del Papa León X provisión apostólica de coadjutor del abad Porta, con el pretexto de la avanzada edad de éste, que contaba cerca de ochenta años. Enterado el monarca, por carta del abad, de la extralimitación del Maestro Menorca, ordenó que no se admitiese tal provisión, añadiendo *que nunca se dará lugar a la dicha coadjutoria ni a otra cosa que sea en perjuicio de la casa.*

Tuvo lugar, durante la Abadía de D. Domingo Porta, el entierro de D.^a Guiomar de Portugal, esposa del infante D. Enrique de Aragón, llamado *el Infante Fortuna*, fallecida en agosto de 1516, en Segorbe, cuyo cadáver, sin embalsamar, por vo-

luntad expresa de la finada, trajo a Poblet el obispo de aquella Diócesis, acompañando una carta del infante en la que se ordenaba que no se abrieran ninguna de las dos cajas en las que iban encerrados los restos de la difunta infanta.

En el año 1522 murió el *Infante Fortuna*, que había legado, en testamento otorgado a 2 de enero del propio año, al Monasterio de Poblet, muchas alhajas de gran valor para después de la muerte de su hijo el duque D. Alfonso de Aragón. Su cadáver fué enterrado en este Monasterio al lado del de su esposa.

Fué D. Domingo Porta doctor en Sagrada Teología, catedrático de la Universidad de Lérida, hombre de mucha cultura, procurador general de la Orden por designación del abad del Císter y del Capítulo general del año 1503, consejero de Fernando *el Católico*, que le distinguió siempre, pidiéndole opinión en todos los asuntos, hasta en los más íntimos y trascendentales de su vida; mandó construir el muro almenado que desde el río Seco sube hasta la puerta de Prades; acabó la canalización de las aguas del Monasterio y muchas otras obras en las que se ve su escudo de armas, que consiste en una tarjeta atravesada por el báculo, en la que hay esculpida una puerta. Falleció a los ochenta y cuatro años de edad, el día 23 de mayo de 1526, y su cadáver fué enterrado en la Sala capitular.



Fué elegido para ocupar la vacante, en 4 de junio de 1526, *abad 47, fray Pedro Caxal*, que presintiendo seguramente lo que más adelante le sucedió, adoptó un escudo de armas en el que se representaba a una oveja tendida en tierra dominada por un lobo que la muerde en el cuello y un perro que muerde al lobo, y alrededor una inscripción que dice : «*Attendite vobis, & universi gregi vestro.*»

(Atended a vosotros y a toda vuestra grey.)

Con muy buen pie entró a gobernar este prelado el Monasterio, y muy distinguido fué de sus superiores. El abad del Císter, le dió comisión para visitar todos los Monasterios de la corona de Aragón, y muy bien debió cumplir su cometido, cuando el

mismo abad del Císter, dos años más tarde, en 1529, le nombró comisario general con poder especial de juntar Capítulos provinciales y establecer las leyes que le pareciesen más proporcionadas a la mayor observancia de la disciplina regular y buen gobierno de aquellos Monasterios. Recibió igualmente en 5 de enero de 1528 encargo especial del rey Carlos I de España y V de Alemania, de visitar el Monasterio de Santa María de Bellpuig de las Avellanas, de canónigos promostatenses, y mandó a sus reales ministros asistiesen en cuanto fuese necesario al abad de Poblet en la ejecución de aquellos encargos.

Compró para el Monasterio varias posesiones en Tarasó, en Montblanquet, en Blancafort y en Vimbodí; llevó a cabo muchas obras, entre ellas las del dormitorio de los monjes, que hasta entonces era solamente un salón grande, y entre las camas de los religiosos, sólo mediaba una cortina, lo dispuso — dice Fines- tres — *con tabiques en forma de celdas harto pequeñas, y bien proporcionadas a la estrechez de la observancia regular, pero más a propósito que las cortinas para la honestidad religiosa.* Mandó cubrir de tejas el techo de la Iglesia mayor y dormitorio de monjes ancianos; hizo construir el horno y sus dependencias, la fuente o surtidor que había frente a la botica, los vestimentos para las funciones solemnes de difuntos, con todo el complemento de pontifical; dos capas de terciopelo carmesí y el relicario de San Juanuario, y por sobre de todo, el espléndido, hermoso y nunca bien ponderado retablo del altar mayor, orgullo del Monasterio, obra que por sí solo era capaz de hacer recordar con veneración, a través de los siglos, el nombre del varón que supo llevar a término la construcción de un monumento de tanto gusto y tan perfectamente acabado.

Pocos abades, dice un historiador, se encuentran en el abadiologio de Poblet que puedan contar las excelsas cualidades y extraordinarias dotes que adornaban a don Pedro Caxal. Pero tampoco se encuentra otro que con idénticas cualidades y hasta faltado de buenas dotes haya sido, como fué él, tan castigado por una desgracia más triste.

Este hombre, que tan distinguido fué por su rey y por los superiores de la Orden, que tanto se afanaba por el engrandeci-

miento del Monasterio, como lo demuestran las obras llevadas a cabo en sólo cinco años de mandato, este hombre, en fin, que tantas bellas cualidades le habían apreciado sus hermanos al elevarle a la sede de Poblet, *se vió de momento acusado por los monjes jóvenes, que habían tomado a mal la distribución en celdas del gran dormitorio, obra que llevó a cabo el abad para evitar abusos*, como lo había pretendido ya el abad Conill, recabando del Papa Eugenio IV autorización para ello, y los que quería seguramente cortar, con su orden dada en 1442, prohibiendo, bajo pena de excomunión, entrar ningún monje en celda de converso, ni éstos en los dormitorios de las celdas de los monjes.

Tal maña se dieron los acusadores del abad, que lograron encerrarle en la cárcel del Monasterio, mientras fray Pedro Rausich, que fué después abad de la Real de Mallorca, y fray Pedro Bouqués, que fué más tarde abad de Poblet, con cartas escritas por el prior, se presentaron al emperador Carlos y escribieron al abad general del Císter, contándoles tantas cosas, que, como dice Finestres, todo indica que los mismos monjes de Poblet procuraron la deposición del abad Caxal.

Lograron, por fin, que el abad general del Císter nombrara al abad de Santes Creus, D. Bernardo Tolrá; a D. Martín Degués, abad de Fitero; a D. Gaspar Verver, abad de Valdigna, y a D. Miguel Garrar, abad de Santa Fe, para examinar el proceso actuado por Pablo Renard, escribano de Barcelona, sentenciando dichos delegados en 15 de noviembre de 1531 que D. Pedro Caxal quedaba convencido de relajador de la observancia regular y dissipador de los bienes del Monasterio, y en pleno Capítulo fulminaron sentencia de privación de la Abadía y de reclusión perpetua, sentencia que, según dice Finestres, aceptó inmediatamente con toda humildad, y la ratificó la mañana siguiente, prestando la obediencia al abad nuevamente electo, delante de dichos comisarios.

Grave fué la pena impuesta al desdichado abad, si tenemos en cuenta que otros anteriores y posteriores a él hicieron, también, grandes dispendios, más aún, dejaron el convento sumamente cargado de deudas, como el abad Estañol, que vimos que

entre pleitos y otros gastos llegó a empeñar el convento por más de 300,000 sueldos, y a este abad se limitó la comunidad a aceptar la dimisión que por propia voluntad presentó; y aun menos le sucedió al abad Trilla, que a pesar de haber dejado el convento empeñadísimo por causa de los pleitos por él sostenidos, el mal tiempo y el mal gobierno, según cuentan los antiguos notadores de la casa, fué llamado Hector populetano y gobernó el Monasterio hasta su muerte. Más de 22,000 libras barcelonesas, de las cuales, y otras muchas más, se hallaba cargado el Monasterio, pagó su sucesor el abad Merola.

A nadie se le ocurrió la idea de motejar al abad Delgad con los denigrantes calificativos de delapidador y relajador de la Orden, ni mucho menos la de destituirle y encerrarle perpetuamente en una cárcel, como se hizo más tarde con el infortunado Caxal, a pesar de haber dejado el Monasterio en situación precaria y embrolladas las rentas de las Baronías, y éste sí que lo había hecho en beneficio propio y de los miembros de su aprovechada familia. Tampoco se destituyeron los abades Albert y Virgili, que más adelante, en pleitos y mala administración, dejaron, no sólo exhaustas las cajas del Monasterio, sino abrumado con grandes deudas, que tuvo que saldar el sucesor D. José Rosers, al que se le dió el nombre de restaurador de Poblet.

Hay que tener en cuenta que los abades que regían los Monasterios de Fitero, Santes Creus, Santa Fe y Valldigna habían sido hacía poco tiempo severamente amonestados y castigados por ciertos vicios y relajaciones de costumbres y de la Orden, evidenciados en sus visitas por el malogrado Caxal. Es humano pensar que estos señores se la guardaban al abad de Poblet, y que en cuanto cayó en sus manos, con razón o sin ella, descargaron toda su furia sobre la cabeza del que ha poco les había puesto en la picota.

Era Caxal persona correctísima, de puras costumbres y observadora de la Orden, y por ello quiso corregir en su Monasterio los vicios que había intentado evitar en los otros cenobios, echando mano para ello de la bula concedida cien años antes al abad Conill.

El R. P. Maestro D. Juan Sada, del Monasterio de Piedra,

en su traducción de *La Regla de San Benito explicada según su verdadero espíritu*, en la pág. 17 del tomo I, reconoce, también, que *no fué por dilapidador* que fué depuesto el venerable abad Caxal, sino por haber hecho uso de un privilegio que se oponía a la Regla del Cister. Dice así el mencionado P. Sada, en 1792: «En 1531 depusieron a D. Pedro Quexal, abad de Poblet, con comisión del de Cister, los abades de Fitero, Santas Cruces, Santa Fe y Valdigna, por haber usado un privilegio concedido cien años antes por Eugenio IV al dicho Monasterio para dividir la cuadra del dormitorio en las pequeñas celdas que hoy día perseveran; y aunque la sentencia dice, en general, que lo deponen por disipador de la disciplina monástica, la tradición constante de aquella venerable comunidad es que esta relajación la motivó. El sabio historiador de Poblet dificulta que, mediando privilegio pontificio, fuera depuesto por ello, pero ya queda visto que su uso lo depone en las definiciones antiguas, *ipso facto*, y así los jueces no tuvieron que deponerlo, sino de declararlo depuesto.»

En un trabajo que estamos ultimando, y que verá la luz, Dios mediante, después de publicado este libro, tratamos extensa y claramente de este asunto, y en él aportamos datos y damos razones, que no creemos propios de insertarlos en esta obra. Es hora ya de vindicar la memoria del tan inicuamente difamado abad Caxal, uno de los más grandes y el más infortunado de los abades del poderoso casal populetano.

No hallarían tan desprovista de razón la obra de Caxal los abades sucesores, cuando continuaron hasta la destrucción del Monasterio las celdas construídas en el gran dormitorio de novicios que eran *más a propósito para la honestidad religiosa*.

El proceso actuado, tan pronto como se hubo cumplido la sentencia, desapareció del Monasterio, de manera que a nadie fué dable enterarse de los verdaderos motivos y fundamentos que justificaron tamaña pena, y en el archivo sólo se conservó la sentencia.*

Al finalizar el año 1533, los parientes y amigos del abad

* Actualmente está archivado este documento en la notable biblioteca que D. Eduardo Toda posee en el reedificado Monasterio de Escornalbou.

Caxal quisieron libertarle de la cárcel, y, a tal objeto, asaltaron el convento en la noche de Navidad, sin que, a pesar de sus esfuerzos, pudieran lograr la libertad del cautivo. Murió en la refriega, junto al Palacio del abad, fray Pedro Mas, converso.

El abad Lerín, que gobernaba entonces el convento, por haber sido elegido el mismo día que fué depuesto Caxal, comunicó este suceso al emperador Carlos, pidiéndole al propio tiempo que para tranquilidad del Monasterio mandara trasladar al preso a un castillo en donde extinguiera la condena. Accedió inmediatamente el monarca, y D. Pedro Caxal fué llevado al odioso castillo de Játiva, en donde acabó sus días, en 1543, en la misma cárcel que el noble y desdichado Jaime, conde de Urgel.¹ Su cadáver fué sepultado en el claustro del Monasterio de Nuestra Señora de Montsant, que era entonces de religiosas cistercienses y que más adelante fué Priorato del Real Monasterio de Valldigna.²

1. En esta cárcel murieron D. Jaime de Urgel, en 1433, heredero de Aragón; D. Jaime de Aragón, hijo del duque de Gandía, en 1465; el conde de Pallars, D. Roger, en 1503; el marqués de Maristany, el abad Caxal y D. Diego de Borja, hermano del duque de Gandía, que fué decapitado, y algunos otros. En ella estuvieron presos diez años D. Alfonso, infante de la Cerda, nieto de Alfonso el Sabio; D. Jaime IV de Mallorca; D. Fernando de Aragón, duque de Calabria, herederos, el primero, de Castilla; el segundo, de Mallorca, y el tercero, de Nápoles.

2. El Real Priorato de Montsant, de la Orden del Císter, situado en la parte oriental de la falda del castillo, fué antiguamente Monasterio de religiosas Agustinas, fundado por D. Jaime I en Alcira, en 1273, y trasladado a este lugar en 1320 por su nieto el rey Jaime II, con el título de Santa María Magdalena, del Monte Santo de Játiva, con hábito cisterciense.

Después del Concilio de Trento, en el que se estableció por punto general la clausura en los conventos de Monjas, fueron trasladadas, por haberse negado a aceptar este decreto, las trece monjas que formaban la comunidad, al Monasterio de la Virgen de Gracia o de la *Zaydia*, a extramuros de Valencia, y el edificio fué ocupado por los monjes de Valldigna, a quienes fueron a parar todos los bienes, derechos, acciones, censos, recetas, frutos y derechos enfitéuticos de la antigua comunidad, tomando desde entonces el nombre de Priorato de Montsant.

Allí vivieron los monjes de Valldigna hasta que se publicó el decreto de exclaustación, y en vista del abandono en que quedó el Monasterio, el Ayuntamiento de la ciudad, con las licencias necesarias, dicen que instaló allí un asilo para la mendicidad y para las viudas pobres de la población que no pudiesen pagar albergue; y al no recomponer los desperfectos del edificio, fué arruinándose hasta quedar inservible.

Todo el edificio ha desaparecido, pero hoy, dice Sarthou, sobre lo que fué cuna y sepulcro del cenobio muerto, una mano piadosa tiende y cultiva un sudario inmenso de flores perennes, que constantemente elevan al cielo sus perfumes.

Treinta de los setenta novicios que había en el convento durante la Abadía de Caxal dejaron el hábito y salieron del convento en la época del sucesor Fernando Lerín.



A la mañana siguiente del día que fué de-
puesto D. Pedro Caxal, presidiendo el Capítulo el
abad de Santes Creus, D. Bernardino Tolrá, fué
elegido D. Fernando de Lerín como abad trienal,
por opinar el convento que no siendo perpetuos
los abades, se evitarían los inconvenientes que
acababan de experimentar. Al tener noticia el
emperador de esta elección, y antes de pedir la confirmación al
Papa, ordenó que el Consejo de Aragón y de Castilla informase
sobre la conveniencia de que fueran temporales o perpetuos los
abades de Poblet. Informó el Consejo que debían ser los abades
perpetuos, y que podía evitarse que gastasen despóticamente las
rentas del Monasterio, con tal de conseguir del Papa una orden
que, a más de obligarles a guardar inviolablemente las Constitu-
ciones de la Orden y Estatutos del Monasterio, les prohibiese
cualquier administración de rentas sin intervención y consejo de
los monjes ancianos. Comunicó don Carlos esta resolución al
convento, en virtud de la cual, reunida de nuevo la comunidad,
convirtió en perpetua la elección temporal que había hecho de
D. Fernando Lerín, siendo así el *abad 48*.

Catorce años gobernó el Monasterio el abad Lerín, durante
los cuales, entre otras obras de menos importancia, se levantó
el pórtico de la primera puerta del Monasterio, los abrevaderos
de la plaza exterior, los almacenes de granos situados en los bajos
de la habitación del portero, uno de los arcos de los ángulos de
la parte de Mediodía del claustro alto, como lo denuncian sus
armas, representadas por un jarro con un ramo de azucenas en
tarjeta atravesada por el báculo, que se ven grabadas en ellos.
Obra eran del tiempo de este abad las grandes cortinas que tapaban
el retablo del altar mayor en tiempo de Cuaresma.

También el abad Lerín se mostró más atento al servicio real
que a los intereses de Cataluña, llegando, en cierta ocasión (año
1544), a pagar voluntariamente al monarca una contribución

de 600 escudos «para defender al Principado de las inquietudes que le ocasionaban algunos sediciosos y alborotadores de la propia nación».

Nunca excusó los llamamientos del rey, y en seguida que tuvo noticia de la muerte de la reina, acaecida en Toledo el día 1.º de mayo de 1539, mandó celebrar solemnes funerales en la Iglesia mayor del Monasterio, para el eterno descanso de su alma, y Bruniquer, en sus *Rúbricas*, hace constar que D. Carlos I, al recibir al abad Lerín en Barcelona, a mediados de octubre de 1542, le dijo que «*sempre havia goig de parlar ab ell e de ferli mostra de reyal benevolença*» (que siempre tenía gusto de hablar con él y de demostrarle su real benevolencia).

Dejó de existir el abad Lerín el día 24 de noviembre de 1545, y su cadáver fué enterrado bajo losa en la Sala capitular.

Fray Gabriel Forés ocupó, el día 4 del mes siguiente, *la 49 Abadía*; era profesor en Derecho, hombre magnánimo, de gran corazón y nobles sentimientos, que hizo patentes, en 10 de junio de 1546, perdonando a los vasallos del lugar de Sisquella todas y cualquiera penas, civiles y criminales, corporales y pecuniarias, de cualquier especie que fuesen, gracia que igualmente concedió a los de Vimbodí el día 14 del propio mes y a los de Tragó y Torreda en los días 18 y 28, respectivamente, del mes siguiente.

A petición del emperador Carlos I mandó el abad Forés a la plaza y castillo de Perpiñán provisiones de granos de la cosecha del Monasterio, por valor de 2,965 libras barcelonesas, de cuya cantidad le firmó recibo el virrey de Cataluña, marqués de Aguilar, a 5 de marzo de 1546, y en 31 de octubre del año siguiente ordenó el rey que se abonara esta deuda al abad y convento de Poblet.

Pasando la visita pastoral en el Priorato de San Vicente, de Valencia, enfermó gravemente, y murió el abad Forés el día 16 de septiembre de 1546, recibiendo de momento sepultura en aquel Priorato, y más tarde fué traído su cadáver a Poblet y enterrado en la Sala capitular, sin losa que cubriera su sepultura, en el espacio que hay entre las de los abades Porta y Alferich, en la actualidad, y que correspondía a las de Lerín y Alferich antes de la profanación. Las lápidas de la Sala capitular, como hemos

dicho en otra ocasión, no guardan hoy el mismo orden que guardaban antes de la destrucción, por haberse alterado cuando se restituyeron a sus sitios después de haber sido profanadas las sepulturas.



Pasados once días de la muerte de D. Gabriel Forés, fué elegido, a 27 de septiembre de 1546, *abad* 50 de Poblet *fray Pedro Bouqués*, varón de gran ciencia, de pequeña estatura, de vivísimo ingenio y gracioso cuentista valenciano, servidor leal del rey y uno de los comisionados que fueron a Madrid a pedir la confirmación de la sentencia de Caxal y su traslado a un castillo.

Felipe II, que había heredado la corona de España por abdicación de su padre el emperador Carlos I y V de Alemania, al retirarse al Monasterio de Yuste, en donde falleció a 21 de septiembre de 1558, comisionó, con autorización del abad general del Císter, al abad Bouqués, para que girara una visita de inspección a ciertos y determinados Monasterios de la Orden de San Bernardo, para que sean *reducidos a la buena Orden y Regla de dicha religión y que se reformen algunos Prelados y religiosos de la mucha soltura y mal ejemplo que dan con su mala vida*, según le decía en la carta que, por encargo del rey, le escribió desde Valladolid, con fecha 14 de diciembre, la princesa gobernadora.

Muchos y muy serios disgustos ocasionó al abad esta comisión, por hallarse amparados aquellos Monasterios por D. Fernando de Aragón, arzobispo de Zaragoza, obstinado contendiente y enemigo de Poblet, que en varias ocasiones hizo repetidas diligencias para prender al abad y a su secretario, llegando a citarle para que compareciese ante su tribunal, jurisdicción que no aceptó el abad, alegando que ni era juez competente el arzobispo ni podía él admitirlo sin contravenir muchos decretos apostólicos y los privilegios de la Orden. En vista del mal cariz que iba tomando el asunto, optó el abad Bouqués por retirarse a Poblet, desde donde escribió al rey todo lo que le había sucedido en cumplimiento de la misión por él confiada. Acudió D. Felipe en queja al abad general del Císter, quien dió poderes, por carta de 16 de

abril de 1560, a los abades de Poblet y Santes Creus para convocar Capítulo provincial de todos los Monasterios del reino y en él se viesen y reformasen los desórdenes pasados y examinasen todos los procesos hechos contra abades, abadesas y demás religiosos, y se castigasen, según razón y justicia, los culpados. Ejecutóse en esta forma, y el abad Bouqués tuvo la gloria de que el Capítulo aprobara y confirmara todos los procesos judiciales que hasta entonces había tramitado.

Visita de Felipe II a Poblet

Un manuscrito del siglo XVI, que se conserva en la Biblioteca-Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú, describe la visita de Felipe II al Monasterio de Poblet de la manera siguiente, que traducimos al castellano, de lengua catalana en que está escrito:

El día 28 de marzo de 1564, miércoles de Semana Santa, llegó a Poblet D. Felipe, rey de España, que venía de Barcelona, en donde había dado fin a las Cortes que fueron comenzadas en Monzón. Cuando el abad supo que el rey estaba cerca del Monasterio, se vistió de pontifical, con socios, ministros y cantores con capas pluviales y cetros, y salió con toda la comunidad hasta la Puerta dorada, en cuyo atrio, que estaba ricamente adornado, se detuvo hasta la llegada del rey. Doce monjes de los más principales se adelantaron hasta la puerta de la clausura exterior a recibir al monarca, que acompañaron, sujetando dos de ellos el caballo por la brida, hasta la capilla de San Jorge, frente a la cual se apeó. Inmediatamente abrióse la Puerta dorada, y entrando en el atrio, se arrodilló en un sitial de brocado, que al efecto estaba dispuesto; adoró el *Lignum Crucis* que le presentó el abad, y bajo palio, que llevaban seis monjes, entre el abad y socios, se encaminó a la Iglesia, seguido de la comunidad, que entonaba el *Tedeum Laudamos*, cuyo cántico prosiguió con acompañamiento de órgano en el interior de la Iglesia, hasta que llegaron al presbiterio, en donde el rey oró brevemente y el abad

dió la bendición. Finida esta ceremonia, quitóse el abad la mitra, y arrodillado en tierra, suplicó a S. M. que permitiera que la comunidad le besara la mano, y el rey, que había escuchado esta petición con la cabeza descubierta, se sentó junto a las tumbas delante de la capilla real, en donde estaba el facistol del diácono, y allí fueron los monjes y novicios a cumplimentarle, sin poderle besar la mano, porque se negó a sacarla de debajo de la ropa.

Retiróse luego D. Felipe a las *Cámaras reales*, donde tenía preparado su aposento, y una vez hubo descansado, bajó por un magnífico puente que ex profeso se le había construído, al huerto del Prior, sitio que le gustó mucho, por ser lugar apartado, y en donde disfrutaba, en cuantas ocasiones estuvo, conversando con fray Jaime Martorell, monje hortelano muy bien hablado y práctico en la lengua castellana, como dice el manuscrito.

Había el abad mandado quitar las cortinas del retablo mayor, adornar el altar con todas las reliquias y cubrir las tumbas con los más ricos paños, para hacer más solemne la entrada del rey, pero éste, agradeciendo mucho la buena voluntad del convento, mandó cubrir el retablo y quitar los adornos como requería en tiempo de Pasión. Al anochecer bajó a oír Maitines y Laudes en la capilla real, que se hallaba ricamente adornada de brocado, colocándose junto al armario de los cálices, que estaba en el lado de la epístola, y de los cirios que llevaba en su recámara, mandó dar uno a cada monje para que viesen mejor al cantar el Oficio.

A la mañana siguiente volvió al mismo sitio a oír misa, y después acompañó al Santísimo Sacramento, llevando una vara del palió, hasta la capilla de San Benito, donde estaba el Monumento. Acabadas las vísperas, fué S. M. al Refectorio con todo el convento y ministros revestidos y cruz alzada; allí cantó el diácono el Evangelio *Ante diem festum Paschae*, y cuando llegó el paso *Posuit vestimenta suo*, el rey dejó el sombrero, la capa y la espada, y ceñida una toalla, lavó los pies a trece pobres y les dió muy buena comida, sirviendo él en persona; luego dió once reales, paño morado para capa y sayo y tela para dos camisas a cada uno. Por la tarde volvió a oír Maitines y dió un cirio a cada fraile, como en el día anterior.

El Viernes Santos mandó sacar una cruz que llevaba, rica-

mente guarnecida, en la que había encajada una buena porción de *Lignum Crucis*, para que la adorasen en el presbiterio, según costumbre de la Iglesia. No quiso el rey adorar hasta que lo hubieron hecho todos los monjes y demás eclesiásticos que había allí; acompañó también al Santísimo, de vuelta del Monumento, al altar mayor, y por la tarde, como en los días anteriores, bajó a oír Maitines y dió cirios a los monjes.

El sábado por la mañana confesó y comulgó en la Iglesia de San Esteban, y después fué a la Iglesia mayor, hizo bendecir un cirio grande que llevaba para cirio pascual, y asistió a todo el oficio del *Exultet*, misa y vísperas. Después de comer bajó de nuevo a la Iglesia, enterándose de los reyes que en ella había enterrados, y a los pocos momentos se despidió de la comunidad que salió a acompañarle hasta el atrio, en donde el abad le besó la mano y partió en dirección a la Cartuja de Escala Dei, en donde pernoctó, y al otro día partió para Tortosa y Valencia.

Compró el abad Bouqués las tapicerías de raso de la historia de Sansón y otras de menos valor, las cortinas de raso rojo para adorno de la Iglesia. Mandó labrar una custodia de plata dorada para el Santísimo Sacramento, dos candelabros, un jarro y otras piezas de plata y fabricar cuatro paños muy costosos para cubrir las sepulturas de los duques de Segorbe en los días de grandes solemnidades; dejó muy adelantadas las obras de la cocina y edificios de la parte posterior de la misma, y las del pozo de la primera plaza. Empezó grandes reformas en la granja de Riudabella, con intención de dedicarlo a colegio de monjes, obra que no pudo ver acabada porque le sorprendió la muerte, y que no se cuidaron de acabar ninguno de los abades que le sucedieron. En ninguna de dichas obras permitió que se pusieran sus armas, que eran tres herraduras en tarjeta atravesada por el báculo, porque decía que era el convento y no el abad el que las costeaba, fué lugarteniente del abad comanditario de Escarpe, D. Juan Castellví, para que, en su nombre, gobernase su Monasterio y los lugares de su jurisdicción.

Habiendo caído en desuso la orden dada por el abad Conill hacía un centenar de años de que ningún fraile entrase en las celdas de los conversos ni éstos en los dormitorios de los monjes sin licencia del abad o del prior, el abad Bouqués, en 1548, tuvo que repetir la orden, amenazando con pena de excomunión al que faltase a lo ordenado.

Entre los novicios a quienes vistió el hábito el abad Bouqués en 1547, había uno llamado Juan Bartolomé, de Vilaroja, que después de muchos meses de permanecer en el Monasterio, confesó al abad que era una mujer doncella, que por devoción al convento había tomado aquel nombre, pero que temiendo ser descubierta por los connovicios por las señales propias de su sexo, que ya no podía ocultar por más que se recatase, pidió que se la despachara sin descubrir el secreto, como así lo hizo el abad con toda prudencia.

Se tomó entonces el acuerdo de no admitir ningún novicio sin ser sometido antes a pruebas que determinasen claramente su sexo.

Vendió, con autorización del Papa, la granja de Sérvoles y el lugar de García, en el término de Tortosa, y diferentes juro que el convento percibía en aquella ciudad y sus términos, y con su producto compró los lugares de Algerri, Box, la Figuera, Almenara, Penal y Lunell, poniendo el Monasterio a tal altura, que, según fray Angel Manrique, no había en el Principado de Cataluña, después de los duques de Cardona, jurisdicción más dilatada que la de Poblet.

En enero de 1550 llegó al Monasterio, acompañado del conde de Aytona y otros muchos caballeros, el cadáver de D. Alfonso de Aragón y Cardona, hijo del duque de Segorbe y conde de Ampurias, D. Alfonso y de D.^a Juana Folch, duquesa de Cardona y marquesa de Pallars, que había fallecido el día 23 del propio mes en Arbeca, cuando no había cumplido todavía catorce años de edad. Fué sepultado con hábito cisterciense, junto a la sepultura de sus abuelos el infante Fortuna y D.^a Guiomar de Portugal.

También recibieron sepultura bajo los arcos reales, durante la Abadía de fray Bouqués, D.^a Guiomar de Aragón, que falleció

de sobreparto en Mora, a 27 de enero de 1557, y fué conducida a este Monasterio con su recién nacida hija D.^a Marina, que no la sobrevivió. El padre de los anteriores, D. Alfonso, que murió en el convento de Nuestra Señora de Puig el día 16 de octubre de 1562 y llegó a Poblet el 29 del propio mes, acompañado de más de tres mil personas, a las cuales, sin excepción de sexos, dejó entrar el abad en el convento para dar mayor solemnidad a la función.

Haciendo la visita pastoral por la Diócesis de Tarragona por encargo del cardenal arzobispo, el obispo D. Francisco Roures enfermó gravemente en el Monasterio de Escala Dei, y era tanta su devoción por Poblet, que mandó, después de haber recibido el Viático, que le llevaran en andas a este convento, en el que murió el 24 de marzo de 1558, siendo sepultado en el suelo del brazo derecho o de la epístola, del crucero de la Iglesia mayor.

Murió, también, en este tiempo el sabio doctor D. Juan de la Peña, que servía de médico en el Monasterio, sin más recompensa que su manutención. Después de muchos años de estar en el convento, vistió hábito de novicio en 1555, profesó en 1556 y falleció en 24 de agosto de 1558, siendo su cadáver enterrado en el pavimento de la Iglesia, junto a las gradas del Coro.

El Monasterio de Poblet había en este tiempo, al igual que otras muchas poblaciones de Cataluña, según dice el médico Antich Roca, de Gerona, en su aritmética impresa en Barcelona en el 1564, acuñado su moneda especial para las transacciones particulares entre los súbditos de sus dominios y los particulares de las villas y ciudades vecinas. (En ningún museo ni colección particular de los que hemos visitado hemos tenido la fortuna de ver ninguna de las citadas monedas, ni en documento alguno, aparte del mencionado, hemos encontrado ningún indicio de estas monedas.)

A los sesenta años de edad y cuarenta y dos de hábito falleció el abad Bouqués, recibiendo su cadáver sepultura en la Sala capitular, en la forma y sitio que tenemos indicado.



Nuevamente intentaron algunos monjes, a la muerte del abad Bouqués, nombrar abades trienales, o sea por tres años, pero tuvieron que desistir de ello porque los frailes del Priorato de San Vicente, de Valencia, que tenían voto, se opusieron terminantemente a esta innovación; fué, por lo tanto, elegido *abad 51* perpetuo *D. Juan de Guimerá*, hijo del Carlán de Belltall; graduóse de doctor en Sagrada Teología en la Universidad de Barcelona, en el año 1565, o sea un año después de haberse posesionado de la Abadía de Poblet.

En el año 1577 recibió del rey Felipe II encargo de dirigir y activar las obras proyectadas de un canal que, arrancando del río Segre, regara todo el campo de Urgel; pero no habiendo llegado a sus manos los poderes y nombramiento, que se extraviaron en Barcelona, no se llevó a la práctica tan beneficioso proyecto hasta tres siglos después.

Fuego en el Coro

El día 9 de noviembre de 1575, después de completas, y cuando ya todos los monjes se habían retirado a descansar, una vela que, con seguridad, se dejó encendida inadvertidamente, prendió fuego a las sillas del Coro, y con la rapidez del rayo se propagó, no sólo a todos los sitiales y entarimados, sino hasta el órgano que estaba encima, y tanto fueron las llamas, el humo y el crujido de las maderas, que llegó el ruido al dormitorio, despertando a los frailes, que a la vista de semejante siniestro se levantaron azorados, y a los gritos de ¡fuego en la Iglesia! hicieron que compareciera toda la servidumbre del Monasterio, que se afaná denodadamente transportando agua para dominar el voraz elemento que había consumido ya todo el Coro, el órgano y que amenazaba propagarse a las tumbas reales y derrumbar la bóveda de la Iglesia.

Después de titánicos esfuerzos lograron extinguir el fuego, cuando era entrada ya la madrugada, conseguido lo cual, dijeron Maitines en la Sala capitular, despachando inmediatamente un monje portador de la triste nueva al abad, que se hallaba en las casas de Barbens.

Sólo se salvaron del fuego la silla del prior y otra en el Coro de monjes y tres en la parte de novicios o monjes jóvenes; todo el resto del Coro y órgano quedó reducido a cenizas.

Enterado el abad del desastre, regresó inmediatamente al Monasterio, y al ver con gran contento, aparte del hondo sentimiento que le había causado la catástrofe, que se habían mantenido intactas las sepulturas reales, mandó levantar acta de que nada habían sufrido éstas y la remitió inmediatamente a la Corte para enterar al rey de la verdad de lo sucedido. Inmediatamente se entonó un *Tedeum laudamus* en acción de gracias por no haber tenido mayores proporciones el incendio, y en vista de que tanto la Iglesia como el retablo del altar mayor y los sepulcros de los reyes habían quedado completamente ennegrecidos por el humo, dió las oportunas órdenes para que se buscaran operarios aptos que se pusieran en seguida a reparar tales desperfectos.

Quiso la casualidad que a los pocos días llegara al Monasterio un afamado escultor, y aprovechando esta coyuntura, contrató el abad con el maestro Ramírez, que así se llamaba aquél, la limpieza del retablo, de las sepulturas, de algunas piezas de plata y la construcción de la nueva sillería del Coro.

Mandó, asimismo, el abad repicar toda la Iglesia, para lo cual tuvieron necesidad de montar grandes andamiajes y suspender el culto en el altar mayor; mientras duraron las obras, se celebraron los divinos Oficios en la Sala capitular, en donde se levantó un entarimado, como si fuera el presbiterio, al que se subía por cuatro gradas, y sobre de él montóse un altar que correspondía al sitial de la presidencia. Un pequeño órgano, comprado a las monjas de San Hilario, de Lérida, que situaron sobre la tumba del abad Conill, y tocado por el organista desde el entarimado, acompañaba los cánticos de la congregación.

Al limpiar la bóveda de encima del Coro notaron los opera-

rios que habían algunos sillares que amenazaban desprenderse, y advertido de ello el abad, ordenó su reparación, trabajo que aumentó en 60 libras barcelonesas el presupuesto que para las obras se había convenido. El día de San Bernardo se cayeron dos operarios desde lo alto del andamio en que trabajaban, al pie de la escalera del noviciado, sufriendo uno de ellos graves contusiones y la fractura de tres costillas, saliendo mejor librado el otro, con sólo ligeras contusiones. A un castigo divino atribuyeron los monjes semejante desgracia, por haber trabajado los obreros, a pesar de haberles indicado la necesidad de hacer fiesta, en día tan señalado como la festividad de San Bernardo, patrón de los frailes del Císter.

El día 25 de junio de 1576 se principiaron las obras de repicado de las paredes y bóvedas de la Iglesia, y antes de acabar el año quedaron completamente terminadas. Con gran actividad se llevó, también, a cabo la construcción del nuevo Coro, y por acuerdo de la mayoría del convento, a fin de dar más visibilidad a las sepulturas reales, se situó algo más atrás de lo que estaban anteriormente, que venía apoyado en los pilares que descansan los arcos sepulcrales.

Los trabajos de escultura de cada una de las sillas del nuevo Coro costaron 10 libras barcelonesas, según rezan los manuscritos de la época.

Visitaron el Monasterio, durante la Abadía de Guimerá, los arzobispos de Tarragona, cardenal Cervantes, en 1573, y D. Antonio Agustín, en 1577, y que por cierto éste aclaró el error que se padecía desde largo tiempo en Poblet de prestar culto a una reliquia de san Atanasio, creyendo que era de san Basilio, a pesar de que en griego constaba en un letrero que pertenecía a aquel santo.

También estuvo en Poblet, en diciembre de 1575, el duque de Segorbe y de Cardona, D. Diego Fernández de Córdoba, marqués de Comares y alcalde de los Donceles, esposo de D.^a Juana de Aragón y Cardona, duquesa de Segorbe y de Cardona, acom-

pañado de sus hijos D. Luis y D. Alonso y gran cortejo de caballeros andaluces.

Un manuscrito de Bernardo Joseph Llobet, titulado *Epítome de la Casa de Cardona*, que se guardaba en la librería del Monasterio, llamada de D. Pedro A. de Aragón, describía detalladamente esta visita. Compendiada, viene a explicar que el duque se hallaba el 17 de diciembre de 1575 en su villa de Prades, y que después de mediodía, sobre la una, salió de allí, junto con sus hijos y séquito, en dirección a Poblet; que cuando faltaba un cuarto de hora para llegar al Monasterio, se encontró con un hermano del abad Guimerá, que fué a recibirle con ochenta arcabuceros. Cruzados los saludos de rúbrica, se encaminó la comitiva hacia el Monasterio, y volviéronse a Prades los arcabuceros que hasta entonces les habían acompañado. A unos cuatrocientos pasos de la Iglesia aguardaba la llegada del duque el abad, con noventa monjes y cuarenta conversos. Apeados los visitantes, abrazáronse cordialmente el duque y el abad, y entonando el convento el *Miserere*, llegaron al altar mayor, que estaba ricamente adornado con todas las reliquias, joyas y riquezas que había en el Monasterio, que eran muchas y grandes.

Colocado el duque en la capilla real, en rico sitial de brocado, hizo sus oraciones adorando el *Lignum Crucis*, que le presentó el abad, y acabada la oración, fué acompañado a las mismas habitaciones que había ocupado Felipe II, adornadas con ricas tapiicerías y un dosel de tela de oro y terciopelo carmesí. Fueron, también, aposentados en ricas habitaciones sus hijos y los demás caballeros del acompañamiento, en cámaras adecuadas a su rango. Se les sirvió luego, por ser día de ayuno, una cena de colación, pero muy abundante y regalada. Al día siguiente, que era domingo, el abad, en compañía de treinta monjes, fué a las cámaras del duque para acompañarle a oír misa. Llegada la comitiva a la Iglesia, quedóse D. Diego en el sitial donde había rezado el día anterior, el mismo que había servido, también, para Felipe II, y a sus hijos se les reservó sitio ricamente adornado con colgaduras, en la parte izquierda del altar mayor. Celebró de pontifical el abad, y dióse el evangelio y la paz al duque, en el mismo orden que se hacía al duque D. Alfonso, su suegro. Aca-

bado el Oficio, el convento acompañó al duque y a sus hijos hasta sus aposentos, y aquel día comieron con ellos el abad, dos hermanos suyos, D. Francisco de Rebolledo y otros caballeros de la ciudad de Tarragona, que habían venido a cumplimentarles. Todos los gastos corrieron a cargo del abad.

Al día siguiente, lunes, después de oír misa, partió D. Diego con sus hijos y acompañamiento, en dirección a la villa de Arbeca, acompañándole el abad hasta una hora más allá del Monasterio, seguidos de ochenta arcabuceros de Poblet, los cuales siguieron custodiando a S. E. hasta que encontraron los letrados de Lérida, con D. Francisco Perellós y cien arcabuceros.

En cumplimiento de los legados hechos por el infante Fortuna, dió al año siguiente al Monasterio unos riquísimos vestidos de brocado carmesí, compuestos de casulla, dos dalmáticas con escudos reales, capa pluvial y toalla para el facistol del diácono; dos retablos de plata, en uno de los cuales había la imagen del Salvador, rodeada de serafines, y en el otro, la imagen de Nuestra Señora, con su hijo en brazos; dos imágenes de plata dorada de san Juan Bautista y san Andrés Apóstol; cuatro paños de tapicería que contenían los Misterios del Credo, y en 1580 remitió un pedazo de *Lignum Crucis* engastado en oro; un atril de plata para el altar mayor, y un frontal riquísimo de seda y oro.

Muy apurado se vió en varias ocasiones y, sobre todo, en 1582, el abad Guimerá para reprimir los disturbios internos por haber en Poblet, como en los demás Monasterios de Cataluña, gran antagonismo entre los frailes catalanes y los castellanos, que desde los tiempos de Fernando *el Católico* se habían ido infiltrando en los cenobios catalanes. Ya en 1545, el príncipe Felipe había intervenido en favor de los monjes catalanes, encargando al general de la Orden que «*para quitar todo escándalo, hagais bolver todos los monges y Religiosos que de aquellos Reynos estavan en la dicha casa y sacar de allí a los extrangeros*» (el rey llama extranjeros a los castellanos que estaban en Cataluña).

Andaba por estos tiempos muy relajada la disciplina y la moral en Poblet, bien lo demuestran los hechos anteriormente mencionados y las órdenes severísimas que dictó el abad el día

28 de marzo de 1581, leídas en pleno Capítulo, contra los frailes sodomitas que había en el convento.*

Construyó el abad Guimerá, por su cuenta, el suntuoso altar del Santo Sepulcro, y dispuso que a los enfermos del Hospital de pobres se les diera en adelante toda clase de asistencia de medicinas, médico y cirujano hasta la muerte o convalecencia. Reparó el castillo de Verdú, las granjas de Riudabella y Milmanda, renovó los caños subterráneos que conducían las aguas al Monasterio, levantó la cruz de piedra de la plaza exterior y otras muchas obras en las que se veían sus armas, que eran dos fajas rojas en campo de oro y las iniciales P. O. de Poblet. Hizo para la Iglesia cuatro cálices de plata dorada, una cruz para tener la sacra, dos candeleros de plata para los acólitos, unos vestidos de brocado blanco y otros de menos coste, algunos reposteros, las vidrieras de las cinco capillas del ábside, una cajita de plata para guardar las sagradas formas en el altar mayor, mandó pintar el Sagrario y renovó la muralla de la huerta, que las aguas habían derribado en gran parte.

Cuidadoso mostróse, también, este abad con los útiles de la cocina y refectorio, mandando renovar las mesas y suprimir los vasos de vidrio con que bebían los monjes y volver a la antigua costumbre de usar tazas de madera, que se guardaban en los cajones que, ex profeso, se habían construido en las nuevas mesas. Cambió los *pixels de terra* o jarros, que de tiempo inmemorial venían usándose, por *cetres* o jarros de cobre para el vino y de estaño para el agua, hizo buena provisión de vajilla para la cocina y substituyó los viejos *grasolets* de tierra por candiles de estaño.

Era vieja costumbre, en verano, de que una tercera parte del convento fuera a comer debajo de un emparrado que había en el huerto del Prior, pero como en alguna ocasión habían tenido que abandonar la comida sorprendidos por algún chubasco que de improviso descargaba, el abad Guimerá mandó construir en aquel sitio un espacioso cubierto que les librara de tal contingencia.

Murió el abad D. Juan de Guimerá el día 4 de enero de 1583,

* Se guarda este curioso documento en la Biblioteca de Escornalbou, vol. *Comunitat*.

recibiendo sepultura en la capilla del Santo Sepulcro, en la forma que tenemos reseñada anteriormente.



Abad 52. A D. Francisco Oliver de Botaller eligió el convento a 14 de enero de 1583, para ocupar la silla vacante; fué doctor en Teología, vicario general de la Orden en toda España y diputado eclesiástico por Cataluña durante tres trienios; acérrimo defensor de los derechos de Cataluña, digno y virtuoso varón y sin disputa uno de los más ilustres y distinguidos abades que

tuvo el Monasterio de Poblet.

Había sido ya propuesto por Felipe II, en 7 de abril de 1574, para el cargo de abad de Escarpe, pero no pudo conseguir las bulas por que tenía aquella Abadía en encomienda D. Alejandro Bernich.

Tenía este señor impedimento para poder ocupar ningún cargo ni dignidad eclesiástica porque era hijo natural del vizconde D. Luis Oliver, soltero y de mujer también soltera. A los doce años de haber profesado, o sea en 1568, recurrió al Pontífice Pío V para obtener la dispensa de legitimidad, y el Papa sometió la causa a Carlos Borromeo, cardenal de Santa Práxedes, penitenciario apostólico, hoy santo canonizado, el cual, en 4 de mayo de 1568, encargó al abad Guimerá que si era verdadero lo contenido en la súplica, y no encontrase otro defecto canónico y sufragase el suplicante los debidos méritos, dispensase y declarase a D. Francisco Oliver y Botaller habilitado para obtener cualquiera dignidad, menos la suprema de la Orden.

Después de haber sido llamados varios testigos a declarar y de haber comprobado todos los extremos que en su instancia exponía D. Francisco Oliver por sentencia dictada en 18 de agosto de 1569, fué declarado habilitado para desempeñar cualquier dignidad, menos la de abad general del Císter. Poco después obtenía la Abadía de Escarpe, presentada por el rey Felipe, y más tarde, la de Poblet, por elección del convento.

D. Antonio de Bofarull consagra a su memoria las siguientes líneas:

«Nunca una obra grande merece los aplausos de todos los que la contemplan, por mucho que sea su mérito.

Por esto los hombres de medianos conocimientos, aun cuando tengan un crecido número que les alaben, se ven contrariados por los que valen más que ellos.

Por esto, también, cuando aparece un hombre que en realidad es eminente, tiene, aparte de sus muchos imitadores, una porción de émulos que se levantan para censurar sus hechos; todo lo que es en mayor o menor escala, según sea el rango que ocupa en la sociedad.

Así sucedió con el abad de Poblet D. Francisco Oliver, pues apareciendo como hombre especial en su época y su país, mereció cargos de gran importancia, que desempeñó con suma brillantez, por lo que tuvo a un mismo tiempo gran número de favorecedores y no pocos contrarios.

Era en ocasión que el Principado empezaba a gemir, experimentando los primeros tiros de los reyes, que, apartados en lejana Corte, se avenían mal con los fueros de que aquél estaba celoso. No valía que Fernando *el Católico* se hubiese arrepentido, aunque tarde, de haber descuidado a Aragón, y que para establecer de nuevo este reino independiente se casase en segundo matrimonio con D.^a Germana, para ver si tendría un sucesor que el cielo no le concedió. No valía que Carlos V y D.^a Juana mirasen con predilección a Cataluña, hasta el extremo de conceder a los concellers de Barcelona que pudiesen cubrirse en su presencia. Felipe II, bien o mal aconsejado, o mejor su Gobierno, exigía de Cataluña cosas que no podía cumplir, pues eran las tales hijas de usanzas castellanas y, por consiguiente, novedades de mal efecto para el país; mas no lo hubieran sido a haberse meditado de antemano la imposibilidad que resultaba de querer equiparar aquéllas con las costumbres catalanas.

El primer Cuerpo civil que entonces intervenía en los asuntos de todo el Principado era lo que se llamaba Diputación o Generalidad de Cataluña, compuesta de tres brazos, a saber : el militar o de caballeros, el eclesiástico y el real o de ciudades, quienes elegían tres diputados permanentes que les representa-

ban en todo; y como en tal ocasión se viese agobiado tal Cuerpo con las novedades a que antes se alude, llamó un refuerzo en su ayuda, y, a tal efecto, instituyó unas Juntas anexas, que se componían de diez y ocho personas (*divuitenes*) ínterin se ponía remedio a los males que amenazaban.

Pero sucedió como en todas las instituciones que quieren variar su primitiva y radical forma : la esencia de su principal objeto se debilita, y a poco no hay remedio posible que la restaure. Las diez y ochenas se absorbieron más facultades de las que les requería, y lo que había de ser ayuda vino a ser estorbo para la generalidad, quien, por otra parte, no podía expulsar aquéllas del todo, hasta ponerse bien con el poder supremo.

En tales apuros, hubo nueva elección de diputados, y fué cuando el brazo eclesiástico nombró por su representante al abad Oliver, que empuñaba el báculo de Poblet.

— Está bien — dijo Oliver al saberlo —; por mi parte haré cuanto sea justo y en bien del Principado. Al César, lo que es del César, y a Dios, lo que sea de Dios. Yo defenderé a quien tenga razón, y ya sea la misma Generalidad o el mismo rey quien falte, no por esto se cerrará mi boca. Ya sabéis mi comportamiento en los asuntos del Monasterio y de la Orden.

Y por este estilo seguía Oliver hablando de su nuevo nombramiento con dos amigos monjes, dando un giro a la conversación de un modo que vino a rematar por último en debate sobre cuál era el verdadero título que le correspondía al rey de España en Cataluña.

Las últimas palabras escuchólas con gran atención el portero del Monasterio, y a su tiempo dieron el resultado que se verá.»

«Era el año 1585, siendo todavía diputado Oliver, cuando éste recibió una carta del rey en la que le decía, desde Zaragoza, que deseando visitar el Monasterio, se sirviese dar orden para que se le previniera y aderezase aposento, manutenciones y demás para él y su sobrino el duque de Saboya, con la corres-

ponente comitiva; arreglando, asimismo, los caminos para que los coches y carros pudieran pasar con toda comodidad.

Acompañaba tal carta otra del conde de Chinchón, que prevenía lo mismo, y que dió que pensar a los monjes, por cuanto en ella decía dicho personaje «que a él ya podían admitirle en su congregación, pues no haría entre ellos más que lo que le correspondía como religioso», con lo que quería significar que en efecto era religioso, pero militar de la Orden de Santiago.

Tales avisos bastaron para que el abad previniese, con toda la acostumbrada grandeza de Poblet, el recibimiento que correspondía a Felipe II de Castilla y I de Aragón, en lo que se hicieron tantos obsequios al monarca, que hasta se le permitió llevarse ciertos pergaminos curiosos del archivo, de que estaban muy celosos los pobletanos.

Sin embargo, la sola prevención del abad y las innumerables órdenes que dió para que el rey Felipe estuviese bien servido, bastaban ya para que sus émulos empezaran a difamarle, diciendo que halagaba al monarca y olvidaba el Principado. Mas como la crítica no era fundada, del mismo modo que antes inventaron tal calumnia, la forjaron luego al revés, señalándole como partidario de los diez y ochenas.

Lo que dió lugar a esto fué el siguiente suceso, a que antes se ha aludido:

Al llegar el rey a Poblet, era costumbre aguardarle en el atrio el abad con los monjes, según se ha manifestado otras veces, y tan pronto como el portero divisaba el primer correo que precedía a la comitiva, pasaba aviso a aquéllos para que estuviesen prevenidos.

Esta vez, el correo iba a corta distancia del rey, y como divisase a todos el portero, dióle el capricho de cerrar la puerta, dando así margen a un suceso, con el que creía complacer a su superior.

Al observar esto el rey, mandó a su correo que adelantase y llamara a la puerta, y obedeciendo el oficial pasó en seguida a ejecutar lo que su rey mandaba.

— ¿Quién es? — preguntó el portero desde dentro.

— El rey de España — contestó el correo.

— No le conocemos aquí.
— ¡Cómo no! — gritó el correo. — ¡Abrid al rey D. Felipe II, rey de España!

— Os digo — insistió el monje — que no podemos abrir en esta ocasión al rey de España, por esperar a otro soberano.

Al oír tales palabras, el oficial iba sin duda a propasarse, mas, levantándose del coche el rey Felipe, hizo una seña a aquél para que callase, y gritó luego en alta voz:

— ¡Abrid al conde de Barcelona!

— Esto sí, señor — dijo entonces el portero —, y abriendo de par en par la puerta, fué corriendo al atrio para avisar a los monjes, quienes entonaron el *Tedéum* tan pronto como S. M. puso el pie en el Monasterio.*

Todos los obsequios que durante la permanencia de Felipe en Poblet se hicieron, por demás sería referirlos, así como las conversaciones que mediaron entre él y el abad acerca los asuntos de la Orden y el bienestar del Principado. Lo que es cierto, que al despedirse Oliver de su monarca dijo las mismas palabras que pronunció al elegirle diputado, y de ello quedó tan satisfecho el rey, que le dió palabra de tener siempre su opinión en mucha estima.»

El resultado del carácter que manifestaba el abad y las pruebas de que era un hombre verdaderamente grande, vinieron a descubrirse luego, pues apenas marchó el rey, continuaron las calumnias con más empeño que nunca, y de ellas salió siempre victorioso Oliver, ya fuese tocante en asuntos de la Orden, ya respecto a la felicidad de Cataluña.

Primeramente dió que hablar ya al vulgo la orden de Sixto V, mandando que ciertos religiosos de Montserrat pasasen a hacer penitencia en Poblet, pues se atribuía a rivalidad del Monasterio; mas, de tal modo los recibió Oliver, como lo atestiguó en una carta escrita al mismo rey, que pronto los mismos rivales se vieron en la precisión de ensalzarle.

El nuncio apostólico en la Corte instaba para que se refor-

* *Dichos y hechos de el Sr. Rey Don Phelipe segundo, el Prudente, etc.* Baltasar Porreño (Madrid, Impr. Convento de la Merced, 1748; p. 325) hace también mención de este hecho.

masen los Monasterios cistercienses como en Flandes e Italia, y al ver que en los del país no se verificaba, acaso la maledicencia procuró, también, herir al abad; mas, con otra carta del rey, descubriéronse bien los deseos de reforma que solicitaba Oliver, pero Felipe, en vista de las mismas observaciones e interesantes datos sobre reformas que se descubrían en las cartas de aquél, contestóle esta vez poniéndole el sobre de esta manera: «Al abad de Poblet, reformador general de la Orden de San Bernardo.»

Si en esto fué feliz Oliver, no lo fué menos en otra emboscada que le pararon sus enemigos para disgustarle con el rey, pues lograron que el gran maestro de Malta, contraviniendo a las constituciones de Cataluña, proveyese las encomiendas de estos Estados en personas que no eran catalanas. Revestido aquí de toda su dignidad, Oliver corrió a Madrid, haciendo el viaje por su cuenta, y logrando de Felipe que el pleito se siguiese en la curia romana, tuvo la suerte, no sólo de convencer al rey, sino de quedar triunfante y de ver levantadas cuantas censuras y excomuniones habían fulminado los nuncios apostólicos.

Antes de salir de Madrid, dícese que habló al rey de esta manera:

— Señor, espero no tener que verificar otro viaje por injusticias, mas, si fuere preciso, bien podréis hospedarme en vuestro palacio, pues no he de moverme de él hasta alcanzar de vos remedio.

Aludía entonces Oliver a Cataluña, donde, al llegar, encontró de nuevo apoderados de los negocios a las diez y ochenas; y como en aquella ocasión y con más empeño que nunca tratase de destruirlas, fiadas aquéllas en que no había de volver el abad a la Corte, acusáronle a Felipe diciendo que el diputado eclesiástico era el que más le diservía, suscitando partidos y hasta, so capa de embellecer la ciudad, levantando una fortificación en la plazuela de San Jaime (¡extraña coincidencial!) para fomentar los tumultos, como punto céntrico y proteger a los amotinados.

El edificio que iba a levantarse era el ensanche del palacio de la Diputación, cuya fachada se ostenta todavía en la actual Plaza de San Jaime, llevando en ello sólo la idea de mejora

pública, como lo ostentó ya en Poblet el distinguido abad mandando fabricar el palacio y otras obras estimables.

Apurado, pues, Oliver mandó levantar el plano de la nueva obra, emprendió otra vez el camino para Madrid, y una mañana, al salir de su cámara Felipe II, presentóse repitiendo las mismas palabras de su última entrevista, y añadiendo que no se movería de allí hasta que S. M. hubiese proveído en sus negocios.

«Al volver de la Corte el abad, las diez y ochenas quedaron destruidas, la paz asegurada, Cataluña protegida por el rey y la obra de la Diputación pasó adelante, disponiendo los diputados sucesores que en el frontis de dicho palacio y en el interior de la capilla que se distingue en el balcón del centro se ostentasen los bustos (todavía existentes) de los tres diputados en cuya época se levantó aquella fábrica : uno de ellos es el abad de Poblet, D. Francisco Oliver.

¡Quiera Dios que tan celoso e ilustrado catalán tenga imitadores de sus hechos!»

De la manera siguiente, el antiguo manuscrito a que nos hemos referido repetidas veces describe la estancia de D. Felipe en Poblet en abril de 1585.

Memoria de quando don philippe nuestro señor paso por poblete con las infantas y duque de Saboya assistint abbad de dit monestir fray Francisco Oliver. 1585.

Sábado a 13 de Abril del año 1585 paso el Rey don philipe 2, nuestro señor por poblete adonde se hizo lo siguiente.

Primeramente lo salieron arecebir don abad vestido de pontifical contodo este Sto. convento ala puerta daurada adonde adoraron la vera crus su mag, el principe, la Infanta Major, el duque de saboya y su muger la infanta : y de allí le llevaron en prosesion asta el altar mayor adonde le fueron todos abesar la mano, la qual no quiso dar su magestat, y ansi le besaron la roba juntamente con el principe y luego los llebaron a las cambras reales y los aposentaron cada uno de por si, donde estubieron asta segundo dia de pasqua que se contaron a, 23, de abril de dicho anyo.

Jueves Sto. hizieron el mandato, el Rey, y el principe y el duque de saboya, dieron de principio seys servicios de fruta, y, 15, de pescado, y 10, de postre que son todos, 31. servicios, hizose el mandato en el refitorio mayor el principe ponía el agua en el bacin y caygo en terra por causa que el panyo que traya cinydo le travo.

Tambien hizieron mandato las infantas en la claustra de sancto stevan y tambien lo hizieron muy lindo de todo.

El dicho dia predico don abbad, y el viernes predico el padre fray tarros y el día de pascua el padre fray ferrer y este dia dio de senar el abbad a las infantas en el huerto del prior dio a sus altezas de todos servicios. 62. asi de volateria como de confituras.

Su magestad traya. 31. caballos de coche para si, y el principe y las infantas, 44, acas, 70 caballos de armas y tres sillas de oro picado.

Y a continuación pone una lista de las damas, grandes títulos y caballeros que acompañaban a S. M., así como el número de soldados de la escolta y el de mujeres de servicio, que, en suma, pasaban de quinientas personas.*

Formaba parte de la comitiva que acompañaba a Felipe II durante este viaje a Aragón, Cataluña y Valencia, en calidad de archero de la guardia del Cuerpo Real, el notario apostólico holandés Henrique Cock, que dejó un manuscrito, actualmente en la Biblioteca Nacional de París, en latín y castellano (la primera carilla de cada foleo, en esta lengua, y la segunda, en un latín bastante bárbaro) titulado «Anales del año ochenta y cinco, en el qual el Rey Cathólico de España don Philipe con el Principe Don Philipe su hijo se fué a Monçon a tener las Cortes del Reino de Aragon», manuscrito que, por Real orden de 11 de octubre de 1876, siendo presidente del Consejo de Ministros D. Antonio Cánovas del Castillo y ministro de Fomento el conde de Toreno, publicaron D. Alfredo Morel-Fatio y D. Antonio Rodríguez Villa con el título de «Relación del viaje hecho por Felipe II, en 1585, a Zaragoza, Barcelona y Valencia, escrita por Henrique Cock, notario apostólico y archero de la Guardia del Cuerpo Real».

* Manuscrito que se guarda en la Biblioteca-Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú.

Minuciosamente detalla el manuscrito el itinerario seguido por el rey en aquellas jornadas, exponiendo cuánto de notable vió por el camino el autor, pero nos sorprende en gran manera la descripción que hace de nuestro Monasterio de Poblet, sobre todo cuando dice que «*En el mismo Monasterio no hay cosa que ver que merezca de ser escrita*»; luego, al hablar de la biblioteca, dice que de «*Libros viejos había hartos en derredor del claustro, mas, muy inútiles y sin provecho*. Mal podía el peregrino cronista aquilatar el valor de tales libros en sólo unas horas de la mañana del lunes, día 15 de abril, que, según él mismo nos dice, pasó en el Monasterio. Con el mismo desenfado que habla de los libros, habla, también, de todo lo que al Monasterio se refiere.

No podemos resistir la tentación de dar a nuestros lectores copia exacta de la descripción que hace de nuestro célebre monasterio, precisamente en una época en que todavía estaba magníficamente conservado y había en él un abad tan insigne como D. Francisco Oliver de Botaller, diputado eclesiástico de la Generalidad de Cataluña.

Dice así el texto : «... y para que ínterin no gaste el tiempo en balde, lunes a quince, me fuí a Poblet, para que vista esa Abadía Real, fuese a ver la vieja ciudad de Tarragona, colonia de los romanos.»

«Poblet es un real y insigne Monasterio, por ventura ansi nombrado por los muchos pueblos que tiene en su poder, porque tiene noventa y más pueblos que obedescen al abad. Está este situado al raiz de la sierra de Prades, que mira al norte, y muy afamado por las sepulturas de los reyes de Aragon y duques de Segorbe que hay en él, cuyos huesos aguardan en su templo el dia del juicio en doscientos lugares. Don Ramon Berenguél, último conde de Barcelona, que recibió con doña Petronilla al reino de Arragon en dote del rey Ramiro, fraile y despues rey, puso los primeros fundamentos deste monasterio cerca del año del Señor mil ciento y cincuenta y tres, para que por el y sus sucesores celebrasen alli cada dia las honras. Por este tiempo envió allí San Bernardo un varon de incorrupta fe y vida, llamado Gerardo, para que fuese prefecto del dicho monasterio. Florescia por entonces la regla de San Bernardo nue-

vamente instituida, la cual despues tomó nombre de Cistel, del lugar donde primero se fundo. Crescio tanto este monasterio, con el culto de los reyes sucesores, que en toda la provincia tarraconense no hubo su igual. Entre los religiosos que han vivido alli fueron don Fernando, hijo del rey don Alonso, y un santo llamado Bernardo, de que escribe Beuther, valenciano, el cual, como fuese hijo segundo de un Raiz de Carlet, noble moro, haciendo camino una noche erró y vino para á este monasterio, donde, viendo la santa y buena vida los frailes deste tiempo sirviendo á Christo, se convirtió á la fe y tomó alli al hábito. Cuenta Beuther que riño una vez tanto con un mesonero, que habia sido fraile de Poblet y habia dexado la órden y hábito que el dicho mesonero le prometió volver a la órden con tal condición que le alcançase perdon del Abad y que con penitencia le recibiese como á un hijo pródigo. Promételo el santo : entre tanto murió el mesonero y fue enterrado como es la costumbre de la tierra. Vuelto despues el santo con el perdon que le alcançó, entendió cómo era muerto y ruego mucho que se le mostrasen, diciendo que le habian de enterrar en Poblet como á religioso. Los vecinos respondian que habia sido persona baxa y mentirosa, pero al fin tanto puedieron los ruegos del santo, que desenterrado el cuerpo, lo hallaron con habito de Cistel, y llevandolo sobre sus espaldas hasta Poblet, procuro de enterrallo alli, maravillándose todos del suceso. Claresçio este santo de muchas limosnas, y al fin con dos hermanas que habia convertido á la fe, siendo puesta emboscada de los moros, fue coronado mártir. El rey don Jaime le dexó con mejor sepultura en su tiempo.» «Los reyes sepultados son éstos : al mediodía del templo Alfonso segundo, Juan primero y segundo; al norte, Diego primero, Pedro cuarto y Ferdinando primero. Sus enterramientos son en lugar alto, bien dorados, á modo de los antiguos. Está alli un epitafio de la ilustrisima doña Beatriz, infanta, mujer que ha sido del ilustrisimo don Enrique, infante de Aragon y Sicilia, al lado derecho del altar, escrito en versos; donde ansimismo está colgada una cadena de hierro y una cinta de esparto que solia levar, haciendo penitencia en su cuerpo desnudo, porque era de santa vida, y mujer de que con razon

se puede hablar. En el mismo monasterio no hay cosa que veer que merezca de ser escrita : en su claustro hay una fuente donde la agua sale por treinta y un canales. Libros viejos habia hartos en derredor del claustro, más muy inutiles y sin provecho. Hay alguna artilleria en el monasterio, con que se guarda de los bandoleros que alli algunas veces acuden, y parece ser muy fuerte y que podria defenderse contra algunos enemigos por algun tiempo.»

Resultan, también, en el manuscrito, verdaderamente fantásticos los nombres castellanizados de nuestras poblaciones; a Soses, antigua Soes de la Veguería de Lérida, la llama Sous; a Lérida, dice que los catalanes la llaman Leyde; a Puigcerdá, Puigcerdan; a Vinaixa, Vinoja; a Vimbodí, Vimbodín; a Poblet, Poblete; a Espluga de Francolí, Francolín; a Vilavert, Villaverde; a Picamoixons, Picamojones; a Valls, Valles; a Serral, Sedreal; a Barberá, Barberán; a Vallbona, Valbuena; Martorell llama a Martorell; Moniuvi, a Montjuich; Espargera, a Esparraguera; al Monasterio de San Jerónimo de Hebrón le titula de Labrón; al de Valldoncella, Val de Doncellas; a Collbató, Collbatón; a Monistrol, Ministrol; a fray Garín le endilga Guarino; a Badalona, Bedelona; a Masquefa, Mesquifa; a Montmanent, Montmenau; a Agramunt, Agramonte; a Bellpuig, Belpucho; a Golmes, Volmes; a Liñola, Liniola; a Castelló de Farfània, Forfània; etc., etc., así es que leyendo la relación de este viaje, no sabe uno si se encuentra en Cataluña o en un país desconocido.

A consecuencia de una visita practicada al Monasterio de Montserrat por ciertas perturbaciones internas habidas en aquel Monasterio, fueron castigados y desterrados a Poblet algunos monjes, que llegaron a este cenobio en 1586, con cartas de Felipe II para que fueran admitidos en él y tratados caritativamente, conforme a la Orden, a donde iban, dice la carta, por mandato del obispo de Vich, visitador comisionado por el Papa Sixto V para cumplir las penitencias impuestas. Cuando salieron de Poblet, una vez extinguida la pena, los frailes monserri-

tinios escribieron al rey dándole cuenta del buen trato que habían recibido y de lo muy agradecidos y reconocidos que quedaban de la comunidad toda, y especialmente de su abad.

Muchas obras emprendió en el Monasterio el abad Oliver, en las que descuellan sus armas, que consisten en un olivo y una bota, siendo las principales el nuevo Palacio abacial, donde desde entonces tenían su habitación los abades; la pared del trascoro, el órgano, que, a pesar de ser muy grande, se empleó menos de un año en su construcción, y muchos otros útiles del culto, así de plata como de valiosas telas. Durante su Abadía fué duramente castigado fray Fortuny, *per anar sempre amb pedrenyals per llochs de seglars y per haver trencada la clausura moltes vegades y esser consuetudinari blasmador del nom de Deu publicament y haver comesos altres insurts escandalosos.*

Falleció Oliver, siendo diputado, en el Priorato de Nazaret, de Barcelona (lo que fué más tarde convento de Valldoncella) el día 17 de mayo de 1598. Su cadáver fué trasladado a Poblet, y recibió sepultura en la Sala capitular, en el sitio y forma que tenemos reseñado.



Abad 53. Contaba por lo menos setenta años de edad *D. Juan Tarrós* cuando fué elegido para ocupar la vacante que dejó el abad Oliver; era maestro en Teología, había ejercido el cargo de rector del colegio que Poblet tenía en Lérida, y fué muy estimado de sus superiores, que en diferentes ocasiones le confiaron la resolución de asuntos importantes para la religión y la Orden, actuó de expurgador, por encargo de los inquisidores de Barcelona, de los libros, así del común como de los particulares, conforme al nuevo expurgatorio, delegado por el abad Oliver, en veces de vicario general de la Orden, para visitar los Monasterios de San Hilario, de religiosas cistercienses, y delegado por el mismo abad para tratar con el obispo de Lérida graves negocios sobre la reforma; procuró descargar al Monasterio de las deudas en que lo halló cargado; dejándolo bien abastecido con 14,000 cuarteras de trigo y 4,000 de cebada.

Sólo cuatro años gobernó el Monasterio el abad Tarrós, pero, a pesar de tan corto espacio de tiempo, llevó a cabo diferentes obras, como son las cornisas de la Iglesia de San Jorge y del Palacio del rey Martín, unos cetros de plata para los cantores, tres grandes paños de grana, con las armas de los duques de Segorbe y de Cardona, para cubrir sus sepulturas en los días de grandes solemnidades y muchas otras cosas en las que se veían sus armas, formadas por tres terrones y un pájaro descansando sobre el del medio.

Durante su Abadía tuvo lugar la segunda invención de los cuerpos de los santos mártires Bernardo, María y Gracia, y como que había sido san Bernardo monje de Poblet, pretendió el abad que fueran los citados cuerpos trasladados a este Monasterio, para lo cual fué a visitar personalmente al rey Felipe III, que se hallaba en Denia, pero éste no quiso determinar cosa alguna, y Tarrós se volvió con sólo la esperanza de llegar algún día a conseguir su deseo.

Murió el día 11 de diciembre de 1602 y fué enterrado en la Sala capitular, dejando muy bien abastecido el convento, pues había en sus graneros 15,000 cuarteras de trigo y 4,000 de cebada.



A 23 de diciembre de 1602 fué elegido *abad* 54 D. Simón Trilla, que con anterioridad había ocupado los cargos de pitancero, subolsero, bolsero mayor, camarero del abad Oliver de Botaller, síndico del convento y confesor de las monjas de Vall-doncella.*

Apenas tomó posesión del cargo prosiguió con

* Hablando de este abad y del anterior, el monje fray Simón Aliberch escribía a fray Juan de Saint-Beraud, prior de Fuenfría, el día 10 de julio de 1604, la siguiente carta:

«Sanctus Bernardus protegat te, charissime frater in Cto. Ego volebam per prius scribere te, post mortem nostri sancti abbatis Joannis Tarrosius. O sancte vir! Hujus memores omnes monachi, laudamus etiam nunc sanctitatem et bonitatem suam, quia defensor fuit strenuus nostrae Congregationis, curam habuit structuræ cenobii nostri, et vadit ad Patrem relinquens prosperum statum domus populetanae. Nunc habemus Fr. Simonem Trilla, qui jam aedificavit sanctum sacellum in honorem B. M. V. xipresii, propter miraculum habitum temporibus remotis. Deus conservet eum. Nos sumus in plena quiete et in pleno fervore concinantes semper, ut est mos, laudes nostrae Excelsae Virginis Mariae. In sua protectione manete etiam vos. Datum in Populeto, die x. Julii anni Nativ. MDCIV. Ego Simon Aliberch ad Joannem fratrem Fontis Frigidæ.»

ahinco la demanda entablada por su antecesor de conseguir para su Monasterio los cuerpos de san Bernardo y de sus hermanas, llegando, por intercesión de Felipe III, a un amigable convenio con los trinitarios y la villa de Alcira, por el cual se acordó que los cuerpos de los santos quedasen en Alcira y se diesen a Poblet una canilla y un pedazo de la cabeza de san Bernardo y otras reliquias grandes de santa María y santa Engracia.

Fué el mismo abad Trilla a recoger las preciadas reliquias, regresando con ellas al convento, que las recibió procesionalmente el día 2 de septiembre de 1603, día en que desde entonces se celebró la fiesta de dichos santos mártires. Fueron guardadas estas reliquias en dos relicarios de plata dorada que a ex profeso se hicieron construir.

Obtuvo este abad, en 11 de diciembre de 1606, un breve del Papa Paulo V, por el que, tanto él como el monje por él delegado, podían, por razón de jurisdicción, mezclarse en causas criminales de los vasallos, sin incurrir en irregularidad alguna ni otra censura eclesiástica, aunque se siguiera efusión de sangre o mutilación de miembros, con tal de que se abstuvieran de dar su voto en tales sentencias.

A pesar de que la Orden prohibía terminantemente entrar mujeres en la clausura, D.^a Catalina de Moncada obtuvo un breve del Papa, fechado en 11 de junio de 1609, para entrar cuatro veces al año acompañada de las mujeres de su comitiva en la Iglesia de Poblet, para asistir al sacrificio de la misa y demás oficios divinos.

En el año 1607, algunos monjes, con segundas intenciones o intereses particulares, empezaron a trabajar denodadamente para introducir en los Monasterios de la corona de Aragón cierta congregación o nueva manera de vivir, dándose tal maña, que, olvidándose de las excomuniones de la Orden contra ellos fulminadas, lograron que el Real Consejo les ayudara de tal manera, que obtuvieron muchas cartas del rey para el general del Císter y una orden de éste mandando que todos los abades y procuradores de los Monasterios de dicha corona se juntasen en Zaragoza el 27 de enero de 1613 para constituir la nueva congregación. Asistieron a esta Junta, por parte de Poblet, el abad

Trilla y el procurador fray Juan García, quienes, al ver que se trataban en ella asuntos tan perjudiciales para su Monasterio, como eran el de despojarles del cargo de vicario general de la Orden, que hacía más de un siglo venían usufructuando los abades de Poblet, y la superioridad de los Monasterios de Piedra, Benifazá y la Real de Mallorca, que les competía desde el tiempo de sus respectivas fundaciones, se apelaron y discutieron, dando por nulo todo lo que se tratara acerca de esta materia, en la Junta celebrada el 6 de febrero de dicho año.

Haciendo caso omiso de la protesta de Poblet, obtuvieron los reformadores un breve del Papa confirmando la nueva congregación, siendo portador de dicho breve fray Bartolomé Jolí, procurador general en Roma, quien, al principio, era contrario a la reforma y defensor entusiasta de las preeminencias e inmunidades de la Orden, pero luego, con dádivas y promesas, no sólo consintió, sino que fué el más acérrimo defensor de la innovación.

Reunió fray Jolí, a 8 de diciembre de 1617, a todos los abades y procuradores, a fin de poner en ejecución dicho breve apostólico, pero fray Gaspar Benestrull, que en esta ocasión asistía, junto con el abad Trilla, como procurador de Poblet, se apeló de nuevo delante dicho comisario, por cuya apelación fué hecho prisionero, y no logró su libertad hasta que hubo renunciado a ella. Una vez libre el procurador, apeló, *coram authentica persona*, esto es, delante del corrector de la Victoria; el arzobispo de Tarragona privó a dicho corrector y a sus frailes por haber aceptado dicha apelación, de confesar y predicar, y de esta manera lograron que fray Bonastrull se retractara de nuevo.

En mayo de 1618 se celebró Capítulo general en Císter, al que asistieron por dicha congregación fray Beltrán, abad de Benifazá, y fray Escartín de Rueda; por Poblet, fray Juan Vallespinosa, y por Santes Creus, fray Juan Carreres, que discutieron detenidamente el asunto, y oídas las razones aportadas por ambas partes, el Capítulo autorizó a los Monasterios de Poblet y Santes Creus para proseguir la causa en Roma.

A tal efecto, el convento de Poblet mandó a la ciudad santa

a dicho fray Juan Vallespinosa, que entabló en debida forma un pleito, que dió lugar a una serie interminable de incidentes que prolijamente relata un manuscrito que se guarda en la Biblioteca-Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú.

Llegó a apasionar de tal manera los ánimos de los monjes este pleito, que algunos de los sediciosos de Poblet, uniéndose a los de otros Monasterios, esparcieron por los tribunales eclesiásticos y civiles algunos memoriales contra el convento de Poblet y del abad Trilla, y de tal modo se insurreccionaron algunos, que el abad se vió obligado a dictar, en 3 de marzo de 1613, una disposición, prohibiendo, bajo pena de excomunió mayor y seis meses de cárcel, a todos y a cada uno de los religiosos, escribir cartas a persona alguna ni mandar escritos por sí ni por medio de intermediarios, sin expresa licencia suya, y a los de San Vicente, de Valencia, sin la autorizaci6n del padre D. Juan García, mayoral de Cuarte.

En el Priorato que Poblet tenía en las Franquesas, por este asunto llegaron a las manos y a efusi6n de sangre los padres Blas Llurba y Mateo Pedrol, y en diversas ocasiones se vió precisado el abad, para conservar la tranquilidad y la paz del convento, a deponer a algunos religiosos de sus empleos, a mandar a otros Monasterios a los más rebeldes, y hasta a encarcelar a algunos, entre ellos a fray Marco Antonio Guimerá, que logró escapar de la prisi6n del Monasterio.

Que el abad Trilla tenía en el Monasterio firmes y entusiastas partidarios, bien lo demuestran los términos calurosos con que está escrita una letra firmada por *Un Monachus amicus* y dirigida, con fecha 16 de diciembre de 1622, al abad de Fuenfría. Así dice el escrito : «*Charissime in Christo et Sancto Bernardo. Dominus det tibi salutem et gratiam. Me preguntau lo modo ab que nostro Abbas se conduhit en lo nostro fer, e dech dirvos, charissime, que strenue pugnat pro nobis, e ab aquella ardensia propia de lo abbas Simon. Ell lucha sempre pro la nostra congregasi6n e no fux de lo pleytetjar e lutar ferm pro nobis quiscuna sia la ocasi6n e lo fer. Deus nos adiuuet e lo fer no se perderá per lo Abbas que mis letras a Roma e fortas, e a los altres Abbates propugnando iura et consuetudines de lo nostro monastir. E*

nos sumus molt contents e favorecuts per lo suo zel per la casa nostra. Dominus remuneret eum. No sabem lo que escaurá en lo litigi, e si, sabem que lo Abbas no cedirá los seus drets e ell mos ho te dit en lo loc de capitols, e los ancians e los jovens tots plasents foren a la sua verba semper inspirata. Me digau si la casa haura deutes per só e me apar affirmative, pus los pleyts afins los goñats semper et semper son de deutes e si la res se perllonga, haurá mal nom lo Abbas per questos deutes, quia debita semper sunt irritabilia. Moltá est etiam la labor de quest Abbas e jonch feyta ab bons e capassos operarii e costa molts sous e per só es lasa la bossa nostra e axí ho digué lo bosser en lo loc de capitols, e lo nostro Abbas digué que se fessen plures recolectas en las parserias de lo contorn per ferse sous. Dominus scit ubi perveniemus. E la res que porta lo Abbas es ben vista per tots los monjos ancians e jovens e laydan tots e animan propter defensionem iutium monasterii. No sabem, charissime, si tenrem profit de questa res tam ardua. Abbas Simon des la sua electio jonch feyt propugnator e bé ho ha feyt. Dominus dirigat res gestas per vias planas non aspras. Tots pream perquè só sia. E vos, charissime, si veniu, os ad os et facie ad faciem, veureu la via feyta. Orationibus ves tris me commendo. Ego monachus amicus tibi dico Vale.»

Aprovechando su estancia en Roma, logró fray Vallespinosa autorización del Papa para visitar las catacumbas y extraer de ellas algunas reliquias de santos mártires allí enterrados. Con toda suerte de detalles relata dicho manuscrito esta visita, y en él se encuentran las copias de las actas notariales, que acreditan la autenticidad de las reliquias.

Salió fray Vallespinosa de Roma con sus reliquias el día 22 de mayo de 1621; llegó a Génova el 9 de junio, de donde partió al día siguiente, y llegó a Barcelona el 25 del mismo mes, descansando en el Priorato de Nazaret, en cuya cambra abadial, sobre un altar ricamente engalanado, fueron depositadas dichas reliquias, y se permitió al público que las visitara, y tal fué el gentío que acudió que no abastaven a fer adorar les Stas reliquias y a beneir aigua pera el devot poble. El día 14 salieron de Barcelona, y el 17 llegaron a Poblet, donde fueron recibidas con

gran solemnidad, y tuvieron lugar por tal motivo grandes fiestas religiosas.¹

Había alcanzado, también, el abad Trilla, del Monasterio de Claraval, parte de los huesos de la cara de san Bernardo, y en 1606 dió al convento de frailes menores de Montblanch algunas reliquias de santa María y santa Gracia, hermanas de san Bernardo de Alcira.

En el mes de enero de 1613 fueron cogidos, en una de las granjas de Poblet, ocho bandoleros de la cuadrilla del célebre Voltors, tres de ellos naturales de la villa de Montblanch, y fueron ahorcados en la plaza del Monasterio.²

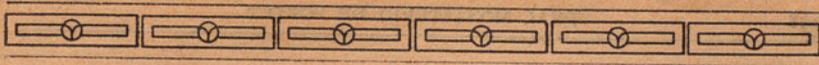
Mandó el abad Trilla construir muchos y valiosos objetos del culto, y la capilla de Nuestra Señora del Ciprés, a espaldas de la Iglesia de Santa Catalina, y a ella trasladó con gran pompa la imagen en el año 1604.

Murió sin haber visto fallado el pleito que con tanto tesón había proseguido, el día 10 de mayo de 1623, y su cadáver recibió sepultura en la Sala capitular.

1. De un manuscrito que se conserva en la Biblioteca-Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú.

2. Archivo de la Corona de Aragón, legajo 841, *Carta de 9 de febrero de 1613, y en Perot Roca Guinarda de Soler y Terol*, p. 364.





Época de decadencia del Monasterio

Abades cuadriennales



Al perder su libertad Cataluña, por haberla unido a España Fernando *el Católico* y Carlos I (V de Alemania) y haber dejado de escoger los reyes de esta nación su sepultura en Poblet, empezó el Monasterio a perder la importancia y preeminencia que en tiempos anteriores había logrado, y poco a poco sus monjes y abades dejaron de ser los consejeros predilectos de los monarcas, perdiendo, por lo tanto, aquel influjo y ascendiente de que gozaban en la Corte, y que forzosamente repercutía en bien del convento y de sus instituciones, y como si esto fuera poco, vino la nueva congregación a mermarle facultades y a regatearle los derechos que sobre los Monasterios por él fundados de tiempo inmemorial poseía. A no ser por el cariño y predilección que por él guardaron los duques de Segorbe, hubiera ya Poblet restado completamente apartado del mundo oficial y llevado vida

lánguida y obscura como cualquier otro de los muchos Monasterios que se levantaban en nuestras comarcas.

Ganado el pleito por los contrarios de Poblet, tuvo que someterse éste a las disposiciones de la naciente congregación, y a la muerte del abad Trilla no les cupo a sus monjes más remedio que nombrar abad cuadrienal, o por cuatro años, que era una de las principales disposiciones de la nueva regla, en vez del abad perpetuo de que había gozado desde su fundación. Desde entonces, los nuevos abades de los Monasterios de la antigua corona de Aragón se elegían de una terna compuesta por monjes profesos del mismo Monasterio vacante, propuesta por la congregación. Fueron designados en la primera terna, que firmaron el vicario general, fray José Barberá, abad de Santes Creus; el definidor por Valencia, fray Jerónimo Salvá, y el secretario, fray Francisco Argiles; los monjes profesos fray Nicolás Luna, maestro de novicios; D. Miguel Merola, y D. Miguel Mayor. Reunido el Capítulo el día 31 de mayo de 1623,¹ bajo la presidencia del comisario fray Bartolomé Rovira, fué elegido el *P. Miguel Merola* para ocupar la abadía 55, *primera cuadrienal* desde dicho día hasta el 14 de septiembre de 1627, y al año siguiente, en el Capítulo provincial que se celebró en Barcelona, se le nombró definidor por Cataluña.

En 1626² murió, después de diez y siete años de hábito, el famoso médico doctor D. Pablo Fernos, recibiendo su cadáver sepultura especial en la capilla del Santo Sepulcro.

Transcurrido el tiempo de su gobierno, dejó la Abadía D. Miguel Merola, después de haber disminuído en más de 22,000 libras barcelonesas el enorme déficit que pesaba sobre el convento por los pleitos, obras y demás gastos llevados a cabo en las últimas Abadías.

D. Domingo Quiles fué elegido abad 56, *segundo cuadrienal*,

1. Esta fecha la da Finestres; pero nosotros poseemos fotocopia de un manuscrito de aquella época, que pone la elección mentada el día 14 de junio de 1623, y dice que este abad gobernó cinco años y cuatro meses, porque *los 16 mesos li donaren de residuo perque sen faltava aquell temps pera fins la elecció dels demás Abats, que es als 14 de Setembre.*

2. Ya decimos en otro lugar al hablar de las sepulturas que esta fecha, grabada en la lauda sepulcral, estaba sin duda equivocada.

y a poco de ocupar el cargo tuvo ya que sostener grandes luchas con el vicario general, porque, no contentos los demás Monasterios que formaban la congregación con haber quitado tantas prerrogativas al Monasterio de Poblet, con la supresión de los abades perpetuos, la del derecho de abad padre de los Monasterios de Piedra, Benifazá y la Real de Mallorca, que le competían desde sus fundaciones, así como la dignidad de vicario general de la Orden, que por tantos años había ejercido el abad de Poblet, intentaron, también, valiéndose del vicario general de la congregación, impedir que este convento mandara a sus monjes jóvenes a estudiar al colegio que desde 1570 tenían establecido en Lérida, y que, en cambio, fueran mandados al que la congregación tenía en Huesca. A estas pretensiones se opuso rotundamente el abad D. Domingo Quiles, recurriendo al abad general del Císter, informándole del derecho que les asistía de enviar sus colegiales a Lérida, en vista de cuyos informes, el general del Císter dirigió, en 25 de julio de 1630, una carta al vicario general, que decía, entre otras cosas, que había concedido al abad de Poblet facultad para enviar a sus religiosos jóvenes al Seminario de Lérida, que, por razón de vecindad, no era tan costoso subvenir a sus necesidades.

A petición de los concellers de Barcelona, en 14 de noviembre de 1629, trasladó el abad Quiles a esta ciudad el brazo del príncipe de Viana, que desde el año 1542, con facultad de un legado apostólico, se conservaba separado del cuerpo y se guardaba con toda veneración en la Sacristía del Monasterio, y desde entonces, que fué depositado en el Priorato de Nazaret, pudieron verlo y venerarlo los habitantes de la ciudad.

En el año 1632 intentó Felipe IV continuar en Montblanch las Cortes, tan súbitamente interrumpidas en Barcelona el año 1626, pero desistió de esta idea y las reunió en Barcelona, delegando a su hermano el infante Fernando de Austria para presidirlas, y fueron tantas las discusiones y disgustos ocurridos en dichas Cortes, que el rey partió de la ciudad condal, como en 1626, sin avisar a nadie. Durante este tiempo, y con el fin de prepararse cómoda habitación, mandó Felipe dos arquitectos a Poblet a levantar unos planos, que, gracias a los disturbios y guerras que

sucedieron, no se llevaron a cabo, pues con las reformas que en ellos introducían en el Palacio del rey Martín hubiera quedado destruída o desfigurada completamente una de las mejores joyas arquitectónicas con que contaba el Monasterio.

Durante esta Abadía tuvieron lugar los entierros de D.^a Catalina de Aragón, recién nacida hija de D. Pedro de Aragón y D.^a Jerónima de Avila, su primera esposa, y de los restos de D. Luis de Córdoba, Enríquez de Aragón, caballero de Santiago y maestre de campo de Lombardía, que trajeron a este Monasterio desde Madrid, donde había fallecido en 1627, el obispo de Albarracín, en compañía de otros religiosos mercedarios.



Hasta el tercer escrutinio, por no haber contado con suficiente número de votos en los dos primeros, no fué electo *abad 57, tercer temporal*, D. Miguel Mayor, natural de Villajoyosa, que había sido incluido ya en las ternas de las dos elecciones abadales anteriores, sin haber logrado verse elegido. Pocas simpatías tendría Mayor entre los monjes de Poblet, porque más tarde, en 1656, fué incluido nuevamente en la terna, y a pesar de haber sido abad una vez y visitador general de la congregación, fué apeado, saliendo elegido D. Joaquín Arbolí.

Con autorización del convento, regaló el abad Mayor, en 19 de febrero de 1636, varias reliquias de santos al obispo de Lérida, D. Bernardo Caballero, con quien le unía buena amistad, y un año antes (mayo de 1635) había consignado 1,000 libras de las rentas de la Bailía general de Valencia para auxiliar a Felipe IV en la guerra que sostenía con nuestro Principado, viniendo con estos actos a dar razón a los monjes que votaron en su contra, por creerle poco afecto al convento.

Murió D. Miguel Mayor en el año 1661, siendo definidor por Cataluña, a la edad de ochenta años, y fué enterrado en el pavimento de la capilla de San Bernardo, que es la segunda entrando a mano derecha, por haber sido este abad quien la mandó ensanchar abriendo la pared de la Iglesia hasta la muralla y colocar el retablo de San Bernardo, que a la sazón se acababa de

dorar. Más tarde se trasladó el retablo a la primera capilla, y ésta fué dedicada a las santas reliquias.

El día 12 de octubre de 1636 fué elegido *abad 58, cuarto temporal, D. Jaime Pallarés*, natural de la Selva del Campo, durante cuya Abadía tuvo lugar la traslación a Poblet de los restos del venerable D. Ramón Siscar, abad que fué de este Monasterio y obispo de Lérida. En 1638 visitó este Monasterio el rey Felipe IV, y al año siguiente, con fecha 16 de febrero, este monarca pedía al abad de Poblet que se hiciesen rogativas para el feliz éxito de sus armas, y Pallarés, rendido servidor y adulator real, contestaba *«que lo tendría en cuenta, y que, a más de las oraciones y sacrificios que estos capellanes de V. M. ofrezcan cada día, todas las semanas, jueves y domingos, se descubre el Santo Sacramento; todos los viernes se hace procesión de comunidad, se ayuna a pan y agua por todos los religiosos, y todos los días se hacen particularísimas oraciones con disciplinas y otros ejercicios espirituales, y, finalmente, se dice misa todos los días a la intención de S. M., la cual dicen los religiosos por su turno, habiéndole comenzado yo, y todo lo dicho se proseguirá con la debida continuación hasta que de V. M. tengamos otra orden, y siempre, como los más rendidos y obligados capellanes, suplicaremos a Nuestro Señor conceda a V. M., en lo temporal y eterno, prosperísimos sucesos. Poblet, 27 de marzo de 1639. Su más humilde hechura, Jaime Pallarés, abad.»*

Fué elegido a 14 de septiembre de 1640 *abad 59, quinto de los cuadrienes, D. Rafael Llovera*. Dice el manuscrito a que nos hemos referido anteriormente que *«Desde lo qual any fins al de 1650 estigué lo present Principat fora del domini dels monarcas de España per males operacions dels ministres tenia en lo govern la magestad del Rey D. Phelip 4 de Austria, los quals apartá de si y torná Cathaluña bax son domini, en dit any 1650, y lo de 51 estigué lo present principat aflagit de cruel Peste, que Nostre Señor, nos guarden.»*

Felipe IV autorizó en 1640 al Monasterio de Poblet para acuñar monedas, que, según Morera (*Tarragona Cristiana*, vol. 1, cap. XX, pág. 643), eran de plata, con las armas reales y las iniciales P. O.

La falta de respeto a las instituciones de este país por parte de las tropas castellanas, el desprecio a los privilegios a tanta costa ganados y con tanto cariño defendidos y la enemiga constante y tenaz del conde duque de Olivares, hizo que los nobles hijos de esta tierra rompieran sus relaciones con Felipe IV, y de nuevo se encendió en nuestras comarcas la guerra civil, guerra sangrienta y cruel que duró más de diez años, durante los cuales vióse Poblet en duros trances, ya teniendo que pagar respetables cantidades al rey en concepto de donativos para subvenir a los gastos de la guerra, ya por el embargo por parte de aquél de todos los bienes y rentas que el convento poseía en Valencia, ya por las represalias que, por su afecto al rey castellano, tomaban las tropas francesas y catalanas. A tanto llegaron los quebrantos sufridos, que pasaban de 20,000 libras barcelonesas lo que había perdido el Monasterio durante la guerra, y tal fué su penuria, que en 1642 vióse obligado el abad Llobera a vender varias piezas de plata, de unas 60 libras de peso, del servicio de la Sacristía y del abad, para provisiones y sustento de la comunidad.

Visita del Conceller en Cap D. José Muntaner

El día 30 de julio de 1644, de regreso de Lérida, a la que, con sus tropas y las francesas, había ido a auxiliar contra las tropas castellanas, llegó a Poblet el conceller en cap de Barcelona, D. José Muntaner, permaneciendo en este Monasterio hasta el día 10 del siguiente mes de agosto. Durante su estancia en el convento fué muy agasajado y recibió el mismo trato que se daba a las personas reales cuando visitaban el Monasterio. El lunes, día 1.º de agosto, lo pasó el consejero en la granja de la Pena, en compañía del prior, del consultor y algunos oficiales de sus tropas. El miércoles recibió la visita del conde Xavot, y al anochecer llegó a sus manos una carta de D. Alejo de Semmanat,

maestro de campo, dándole cuenta de que habían acordado atacar de noche y por tres partes distintas a la ciudad de Tarragona, y en particular el puerto; comunicó la nueva al abad y demás religiosos, que organizaron inmediatamente una procesión para impetrar del cielo un feliz éxito para las armas catalanas. Al otro día se celebraron en la Iglesia solemnes funciones religiosas con el mismo fin. Todos los días recibió visitas de los jefes de las fuerzas, tanto francesas como catalanas, que se preparaban para el asalto de Tarragona, y el domingo, 7 de agosto, día señalado para este hecho de armas, acompañado del prior y varios oficiales, subió a la Pena, y por lo alto del monte llegó hasta cerca de Castellfullit, y allí pasó la noche para oír el tiroteo del ataque de aquella ciudad. Después de descansar todo el día siguiente, partió del Monasterio en dirección a Valls el miércoles, día 10 de agosto, festividad de San Lorenzo.*

En vista de que, por impedirlo el estado de guerra del territorio, no había podido llegar la terna formada por la congregación para que fuera elegido nuevo abad, convocó el abad Llobera, el día 2 de septiembre, a los padres ancianos, que eran en número de doce, y les dijo que debían celebrar elección el día 14 de aquel mes, pero que estaba impedido el paso de las ternas de la congregación, que había recibido cartas del gobernador y capitán general de Cataluña y hasta del mismo rey cristianísimo, en que se le mandaba, bajo pena de embargo de las temporalidades, que no admitiese despacho alguno de los reinos de Aragón y Valencia, que movido del buen celo de que esta real casa no quedase huérfana de prelado, atendiendo que el P. Matías Ricart, procurador del convento en Roma, no había mandado el breve que había pedido a S. S. para que pudiera elegirse abad en tiempo de guerra a cualquier monje del Monasterio que reuniera las precisas condiciones, en la misma forma que se hacía antes de lo ordenado por Paulo V, había logrado del abad de Claraual, lugarteniente del general del Císter, sede vacante, facultad de nombrar presidente para dicha elección y confirmación del electo, y que, en vista de ello, resolvieran si se procedía a elección

* *Manual de Novells Aràits*, vol. XIV, apéndice V, pp. 481 y siguientes.

de abad, concurriendo a ella todos los monjes de Poblet que tenían las facultades que prescriben los sagrados cánones y estatutos de la Orden. Oída la proposición por los padres ancianos, opinaron todos que así debía hacerse, y reunida inmediatamente la comunidad en la Sala capitular, dió su conformidad al acuerdo de la Junta de ancianos.

Reunidos, pues, por tal autorización, el presidente nombrado por el abad y los vocales de Poblet, el día 14 de septiembre de 1644 eligieron *abad 60 y 6.º de los cuatrienales, a D. Jaime Pallarés*, que ya lo había sido desde 1636 a 1640. Aparte del arreglo de pequeños asuntos interiores, nada notable hizo en esta su segunda Abadía el abad Pallarés.

Por orden de Felipe IV, al objeto de reforzar la ciudadela de Lérida, fué derribado, en 1646, el colegio que en esta ciudad tenía el Monasterio de Poblet, y aunque S. M. ordenó que se abonaran al convento 6,000 escudos como a indemnización de la casa, que era una de las mejores de Lérida, no llegó a manos de los monjes ni un solo maravedís.

A los cuatro años fué elegido segunda vez *D. Rafael Llobera*, en la misma forma que su antecesor, más no con tanta libertad, porque, hallándose dominada casi toda Cataluña por los franceses, se mezclaron en la elección los ministros del rey de Francia, amenazando que en caso de que no eligieran a D. Rafael Llobera, serían desterrados, no sólo el que hubiese sido elegido, sino todos aquellos que le hubiesen otorgado su sufragio, amenaza que cumplieron con el P. Matías Ricart y varios otros que querían elevarle a la silla de Poblet.

Mientras duró la elección, estuvieron en la villa de Montblanch el gobernador de Cataluña, por parte del rey cristianísimo, con algunas tropas de caballería, y D. Pedro Sala, que se titulaba abad perpetuo de Santes Creus, aguardando a que fuera elegido el abad, para prenderlo y desterrarlo en caso de que no fuera D. Rafael Llobera, en vista de lo cual, deseando los electores mantener la casa en quietud y no exponerla a una total ruina, resolvieron elegirlo, y de hecho lo eligieron *abad 61 de Poblet y 7.º de los cuatrienales*.

Durante su mando, a pesar de la gran confianza de que go-

zaba de los ministros de Francia, simuló en varias ocasiones su afecto hacia los españoles o hacia los franceses y catalanes, según le convenía a sus intereses, y admitiendo en el convento unas veces a la guarnición francesa y otras a la española, hasta que, por fin, se declaró abiertamente en favor de los castellanos, y al frente de una partida de más de quinientos hombres reclutados en Vimbodí, Falset, Gratallops, Riudecañas y en el Monasterio, por su sobrino el fraile converso Pedro Llobera, que ejercía el cargo de baile general de las Baronías de Poblet, sitió a Ciurana y tomó la villa de Prades. En el sitio de Ciurana cayó prisionero de los franceses el baile de Vimbodí, Luis Jossa, que fué luego ahorcado en Reus.

Pagó, también, este abad, de las rentas del Monasterio, por espacio de dos meses, una partida de voluntarios, para ayudar a las tropas castellanas en el sitio de Barcelona.

Su sobrino, que gozaba de la confianza de los jefes de Felipe IV, fué comisionado una vez para detener al baile general de las Baronías de Poblet, padre fray Vicente La-Rea, que estaba refugiado en el Monasterio, y para lograrlo, una noche del mes de febrero de 1651, acompañado de una partida de cincuenta hombres, asaltaron el convento, haciendo prisionero al mencionado baile, apoderándose al propio tiempo de dos pistolas, una espada, otras armas y dinero.

En otra ocasión en que los franceses tuvieron noticias de que el converso Llobera estaba en el Monasterio, mandaron un juez, acompañado de gente armada, para prenderle, pero aquel astuto guerrillero, al tener conocimiento de la presencia de la justicia, saltó las tapias del convento, seguido de sus perseguidores, que no pudieron darle alcance, pero le hirieron de un balazo no tan gravemente que le impidiera llegar al bosque de Poblet, entre cuyas malezas pudo esconderse y burlar a los que iban dispuestos a prenderle.

Esta conducta ocasionó al convento considerables gastos y lamentables estragos en sus bienes, porque no tuvo fuerzas bastantes para impedir que el enemigo viniese diversas veces a talar los campos y llevarse las cosechas de granos, vino y aceite y más de dos mil cabezas de ganado, poniendo al Monasterio en tal

estrechez, que algunas veces llegó a faltar la comida de los religiosos.

Entendiendo el Real Consejo de Cataluña que a este Monasterio de Poblet le amenazaba alguna sorpresa de los enemigos, y que estaba expuesto a ser saqueado, atento al mayor servicio del rey y al beneficio común y particular de la provincia y defensa de este santuario, enviaron a Juan Francisco de Malgar, alguacil ordinario, con carta, al abad y convento, dada en Santa Coloma la Real, a 9 de noviembre de 1650, aconsejándoles que, sin dilación alguna, enviasen a Barcelona toda la plata, oro, joyas y ornamentos más ricos de esta Iglesia, para ponerlo en cobro en nombre del convento en el sitio que pareciese más seguro, a cuyo transporte asistiría el alguacil con la escolta necesaria, que ya llevaba consigo, para convoyarlo todo con seguridad, hasta que se hiciese la entrega en Barcelona.

Leída la carta, resolvieron todos los conventuales ponerlo en ejecución, y nombraron un síndico apoderado, que fuese a hacer la entrega de todo lo referido y lo depositase en el sitio que le pareciese más seguro; como, en efecto, lo practicó a satisfacción del convento. Todo lo transportado se guardó en aquella ciudad hasta el mes de noviembre de 1652, que, hallándose ya sosegada esta parte del Principado, se volvió todo al convento por medio del prior de Nazaret.

Cuando, después de diez años de guerra, pensaba el convento comenzar a salir de sus ahogos, le sobrevino, como al resto del Principado de Cataluña, el castigo de la peste, que duró desde el año 1650 hasta 1652, y si bien no cogió tan de lleno a este Monasterio como en el año 1348, fueron, no obstante, heridos del contagio seis monjes, cinco conversos y dos donados, además de diez y ocho seglares, pereciendo todos, menos dos monjes y cuatro seglares.

Al morir este abad en abril de 1668, fué enterrado en el suelo frente a la capilla del Sagrario, por haber pagado de su peculio particular un armario para guardar las reliquias que estaban en la capilla de San Salvador, frontera a aquélla.

Durante este abadiato se quedaron a deber casi todas las provisiones, que tuvo que pagar el sucesor *D. José Sanz, abad*

62, 8.º *temporal*. Estaba este abad en Valencia al tiempo de su elección, y en su nombre se posesionó de la Abadía el padre Francisco Boal, haciendo profesión de fe, prestando obediencia al general del Císter y recibéndola de todos los religiosos, en fin, celebrando toda la ceremonia como si fuera el abad propietario, a excepción de que en vez de llevar puesta la mitra la ostentaba en las manos.

A primeros de octubre llegó a Poblet el abad en propiedad, D. José Sanz, saliendo procesionalmente el convento a recibirle hasta la Puerta dorada, en donde se había colocado un sitial para el abad; entónse un *Tedéum*, prosiguiéndole hasta el presbiterio, en donde recibió el nuevo mitrado la bendición acostumbrada.

No quiso este abad hacer vida aparte, como era costumbre entre sus antecesores, y comió durante los dos años primeros en el Refectorio común, y en los dos últimos, en su aposento, teniendo para su servicio tan sólo un converso y un criado.

Era este abad natural de Valencia y anticatalán de corazón. Una vez en posesión de la Abadía, declaró guerra sin cuartel a su antecesor el abad Llobera, hasta que logró confinarle a la granja de Doldellops, cerca de Valls, con la pensión diaria de 25 céntimos (1 real) para su sostenimiento.

Por sus servicios, le restituyó Felipe IV el derecho que los abades de Poblet tenían antes de la guerra, de poder ser elegidos para los cargos de diputados por Valencia; *por lo que el convento tenía merecido en su real servicio*, según expresaba en la carta que en 13 de noviembre de 1652 escribió al duque de Montalto, virrey y capitán general de Valencia, y al elemento eclesiástico de aquel reino. También mandó el rey al abad que diera de nuevo posesión del cargo de baile general de las Baronías del Monasterio al converso fray Pedro Llobera, cargo que había dejado durante la guerra de Cataluña para acudir a su real servicio, *en que se había portado con gran fidelidad*.

No pudiendo excusar el cumplimiento de esta orden, con objeto de saciar su venganza contra este converso y contra su tío, escribió a una persona de gran influencia en Madrid una larga carta denunciándole una porción de crímenes y andanzas de fray Pedro Llobera. Decía que éste había arruinado la granja

de Doldellops, que había asesinado a unos gitanos en la feria de Verdú y apaleado a unos sirvientes de la cartuja de Escala-Dei. Añadía que en su granja se albergaban gente facinerosa y mujeres mundanas, que andaba de noche por Barcelona sin hábitos, con espada y pistolas, acompañado de otros hombres armados, siendo el escándalo de la ciudad, que sospechaba que fueran cómplices en el asesinato del vasallo Jaime Roselló, porque había denunciado ciertos abusos y contubernios entre el ex abad Llobera y el baile de la Guardia de Montblanch, y, por fin, según afirmaba, también, el padre Costa, que fray Pedro Llobera, un día del mes de octubre de 1655, raptó en Tarragona a una muchacha de servicio de un sacerdote, y montándola en la grupa de su caballo, se la llevó a la granja de Doldellops, para tenerla por compañera.

Se abrió una información para esclarecer la verdad de estas acusaciones. Tío y sobrino rebatieron los cargos que se les hacían, y el Gobierno de Madrid dió fin al asunto con el siguiente decreto : «*Encarga S. M. excuse la averiguación.*»

Al terminar su mandato el P. José Sanz, marchó otra vez a Valencia, y fué elegido para sucederle *abad 63, 9.º cuadrienal, D. Joaquín de Arbolí*, que había ejercido el cargo de maestro de novicios. Cedió este abad al convento de Santa Ana, de monjes cistercienses, de Madrid, unas reliquias de san Bernardo de Alcira, consistentes en una porción de hueso fémur, según atestiguan los padres Antonio Gallart, sacristán mayor, y José Viñas, secretario del convento, con auto del P. D. José Redua, notario real y archivero de Poblet.

Entierro de D. Ambrosio de Aragón y Sandoval, duque de Lerma

Durante la Abadía de D. Joaquín Arbolí tuvo lugar el solemnísimos entierro de D. Ambrosio de Aragón y Sandoval, hijo de los duques de Segorbe y Cardona; D. Luis Ramón Folch y D.^a Ma-

riana Sandoval y Rojas, siendo ya duque de Lerma y señor de los demás Estados de su madre y jurado sucesor inmediato de su padre; falleció en Madrid a los diez y nueve años de edad, el día 29 de diciembre de 1659, y su cadáver fué trasladado a Poblet en junio de 1660, con el siguiente ceremonial:

Por encargo de D. Luis Ramón Folch, se trasladaron a Madrid los padres fray Antonio Rosell y fray José Reduá, y allí el eminentísimo señor cardenal, D. Pascual de Aragón, tío del difunto, les entregó el cadáver en una caja de plomo, metida dentro de otra de madera, cubierta de terciopelo carmesí, guarnecida de galón de oro y clavos dorados. Una vez se hubieron hecho cargo del cadáver, emprendieron el camino de vuelta al Monasterio, acompañados de D. José Cisneros, ayo del difunto, a donde llegaron el día 30 de junio de 1660, dejando a su llegada depositado el ataúd, con los restos del duque, en la Iglesia de San Jorge.

A la mañana siguiente tuvo lugar la traslación del cadáver con la mayor pompa que hasta entonces se había visto. Acudieron a ella el arzobispo de Tarragona, con algunos canónigos y dignidades, y el abad de Santes Creus, con diez y ocho monjes de aquel Monasterio.

Delante de la cruz que había al extremo del muro, en el camino de Lérida, se había levantado un altar con un Santo Cristo, bajo dosel de brocado morado y frontal correspondiente, rodeado de cuatro cuadros de plata representando la Pasión de Nuestro Señor, y delante del altar se dispuso un estrado cubierto de brocado con cuatro almohadones que llevaban bordadas las armas de Aragón.

En la citada mañana del día 1.º de julio pusieron el ataúd, custodiado por D. José de Cisneros y los dos monjes que lo trajeron de Madrid, en la carroza del arzobispo, y se trasladaron al sitio donde estaba el altar, seguidos del abad vestido de pontifical, de todos los monjes del convento y un sinnúmero de gente que había acudido de las ciudades y villas vecinas. Llegados allí, sacaron la caja, la depositaron sobre el estrado, y con las llaves de plata que llevaban D. José Cisneros y fray José Reduá, la abrieron y quedó a la vista la interior de plomo, que tenía en

su parte superior un cristal, a través del cual se veía el cadáver. El ayo y los dos monjes juraron que era el cuerpo de D. Ambrosio de Aragón y Sandoval, duque de Lerma, que les había entregado en Madrid su tío el cardenal D. Pascual de Aragón.

Hecho este juramento, y tomado solemnemente el auto de entrega con las ceremonias acostumbradas, entonó la capilla un responso, y luego seis monjes se hicieron cargo del ataúd, llevándolo sobre unas andas cubiertas de brocado negro hasta la primera puerta del Monasterio; allí entonó la capilla otro responso y prosiguió la procesión hasta la Iglesia mayor.

En la capilla real, o espacio que hay entre los panteones reales, se había alzado un túmulo octavado, de unas 10 varas de alzada, cubierto todo de negras bayetas, y en lo alto, descansando la cabeza en un almohadón con las armas del difunto duque, colocaron el ataúd.

Tres días duró el funeral, y cada día rezaron misa todos los monjes y capellanes, y a todos se dió una limosna y un cirio de 3 onzas.

El primer día celebró misa de pontifical el abad de Santes Creus; el segundo, el abad de Poblet, y el tercero, que fué el día del entierro, la dijo el arzobispo de Tarragona.

Acabada la misa y oraciones, fué puesto el ataúd debajo los arcos reales, al lado de sus ascendientes, y allí estuvo hasta el día de la traslación general, que tuvo lugar en 1662, acabados los suntuosos panteones de la casa de Segorbe y Cardona, que se habían comenzado este mismo año (1660) por orden de D. Luis Ramón Folch, padre del duque difunto.

D. Antonio Rosell, que fué elegido *abad 64, 10 de los temporales*, introdujo en Poblet el uso de coche para su servicio. El primero fué comprado, junto con un hermoso tronco de mulas, por precio muy moderado, al barón del Albi.

Al efectuar, en 1661, el abad Rosell, un viaje a Barcelona, se hospedó ya en el nuevo Priorato de Nazaret, sito en la Rambla.

En 19 de abril de 1661, el Ilmo. Sr. D. Pascual de Aragón,

hijo de los duques de Segorbe y Cardona, llegó al Monasterio con los restos de su madre, que habían estado depositados desde su fallecimiento en el convento de Carmelitas descalzas de Zaragoza, porque quiso dejarlos en Poblet antes de partir para Roma, a donde iba por haber sido nombrado cardenal de Santa Balbina por el Papa Alejandro VII.

El entierro se celebró con toda la solemnidad que se acostumbraban a celebrar en el Monasterio, y al ser trasladados los restos desde la capilla de San Jorge a la Iglesia mayor, los tomó en brazos el cardenal, y habiendo intentado el abad ayudarle, le dijo : *Deje V. S., que bien la puedo yo llevar de aquí a la Iglesia, habiéndome llevado a mí nueve meses en sus entrañas.*

Una vez celebrado el funeral, se colocó la urna junto a las demás de la familia en la parte del evangelio, y S. E. mandó a su mayordomo que distribuyese entre los monjes cierta cantidad de doblones, y regaló al convento un repostero de terciopelo verde, ricamente bordado, con el escudo de Aragón y Sicilia, que su madre le había legado.

Traslado de los restos de los nobles de la Casa de Cardona y Segorbe a las Cámaras Sepulcrales

Al concluirse en 1662 los panteones que por orden del duque D. Luis Ramón Folch se estaban construyendo desde 1660, su hermano, D. Pedro Antonio de Aragón, dispuso el traslado* a ellos de los restos de todos los de su familia, entre los cuales tenía tan allegados como su hija D.^a Catalina, su tío D. Luis de Córdoba, su padre el duque D. Enrique Ramón Folch, su sobrino D. Ambrosio, duque de Lerma, y su madre D.^a Catalina. Como que el cuerpo de su hermano menor, el cardenal D. Antonio de Ara-

* Durante las obras estaban depositados los cadáveres en la capilla de San Benito.

gón, que había muerto en 8 de octubre de 1650, estaba depositado en el convento de Dominicos descalzos de Loeches, fué D. Pedro a dicha villa, y con las ceremonias acostumbradas lo sacó de aquel depósito en 1.º de julio de 1662 y lo trajo a este Monasterio.

Así que el abad Rosell tuvo noticia de que llegaba D. Pedro Antonio de Aragón con el cadáver del cardenal, salió a recibirlos con hábitos pontificales, acompañado procesionalmente de toda la comunidad, hasta el cabo del muro, camino de Lérida, donde D. Pedro entregó al abad y convento un arca cubierta de terciopelo carmesí, forrada de raso blanco con galones de oro, tachonada de clavos dorados, cerrada con llave, y encima de ella una almohada y un capelo carmesí, diciéndoles que en aquella arca estaban los restos de su hermano el cardenal; y colocada ésta sobre unas andas, llevadas por cuatro monjes, volvieron todos en procesión hasta la Puerta dorada. Antes de entrar en el atrio de dicha puerta abrieron el ataúd y vieron huesos humanos envueltos en un lienzo y algodón. Se dirigieron luego a la Iglesia mayor, y al llegar a la capilla real, en donde se había dispuesto un túmulo rodeado de treinta urnas que encerraban los restos de los ascendientes de la casa de Segorbe y Cardona y de los reyes e infantes que no tenían sepultura especial, se colocó sobre de él los restos del cardenal D. Antonio, y junto a ellos, una bandeja de plata con las llaves de los panteones.

Dijo, con toda solemnidad misa de pontifical el arzobispo de Tarragona, D. Francisco de Rojas, asistido por el doctor Olaguer, de Montserrat; el vicario Victorino de Lloreda, deán de la Santa Iglesia de Tortosa; el doctor José Fondevila, canónigo de la Catedral de Barcelona; el doctor Pedro Juan Pons, canónigo de Lérida, y otros clérigos. Oyeron los divinos oficios D. Pedro de Aragón, junto al túmulo, y el abad, monjes y demás eclesiásticos en el Coro, y al acabar, se rezó un responso y se distribuyeron las urnas en los panteones, en el orden que al hablar de ellos tenemos dicho, y cerrando sus puertas de bronce, se entregaron las llaves al sacristán mayor.

En esta ocasión regaló D. Pedro al Monasterio el capelo que el Papa envió al cardenal, su hermano, que era escarlata, puesto en una bolsa de terciopelo carmesí, recamada de oro, y

dentro de la bolsa una caja de madera forrada interior y exteriormente de tafetán carmesí. Dió, también, otro capelo con nueve borlas de seda, que mandó colgar en medio de la capilla real; trajo la espada del infante Fortuna, que se guardaba en el armario de las espadas de los reyes; una banda de tafetán encarnado, bordada de ramos de plata; un estrado de lana morada y dos almohadas de la misma tela.

Después de esta visita, D. Pedro A. de Aragón acarició ya la idea de regalar a Poblet las muchas reliquias de mártires que poseía y colocarlas en ricos retablos a los lados del altar mayor, y para ello escribía al abad con fecha 23 de febrero de 1663, que le mandase las medidas del ancho y alto de los arcos, para ver cuantas urnas de ébano y bronce con vidrieras para las reliquias santas cogerían, y, al mismo tiempo, le participaba que le mandaba bronce suficiente para acabar las rejas que su hermano el duque tenía mandado que se hicieran para colaterales de la capilla mayor.

En julio del propio año volvía a escribir D. Pedro, desde Nápoles, pidiendo se le enviasen dos diseños de la obra que se tenía que hacer para la colocación de las urnas de los cuerpos de los mártires que tiene que mandar. Manda al mismo tiempo los tamaños de ellas y el de seis relicarios que está haciendo de ébano y bronce.

A los 14 de septiembre de 1664 fué elegido *abad 65, II temporal, D. José Reduá*. Celebráronse durante esta Abadía solemnes funerales por la muerte de Felipe IV, ocurrida en Madrid el día 7 de septiembre de 1665. Por la tarde del día 4 de octubre se cantaron vísperas, nocturno de difuntos y responso general, cuya oración dijo el abad vestido de pontifical. Con la misma solemnidad dijo el abad la misa al día siguiente, y los dos días consecutivos la dijeron el prior y el monje más antiguo del convento. Al fin de cada misa se cantó un responso general, con el acostumbrado toque de campanas, que a más se tocaron nueve días seguidos, tres veces al día, esto es, al salir el convento de Laudés, al mediodía y al anoecer, al toque de oración.

Las campanas del Monasterio estaban en el cimborio, y las cuerdas para tañerlas pendían en medio de la capilla real,

o sea frente al altar mayor, entre los sepulcros reales, cosa que no gustó al noble prócer y protector del cenobio, D. Pedro A. de Aragón, el cual, para subsanar tal anomalía, ofreció costear una torre en el sitio que eligiera el convento y pagar cuantos gastos ocasionase el traslado de las campanas. Acordó la comunidad aprovechar para tal obra una torre construída en el brazo derecho del crucero, entre el espesor del muro y el Cementerio de legos, a la que daba acceso una puerta situada junto a la sepultura de Rebolledo, y en cuyo interior hay una escalera helicoidal que conducía a los tejados de la Iglesia y al cimborio. Sobre de esta torre levantaron un piso cubierto por un tejado de cuatro pendientes, rematado por una cruz. De piedra labrada fué construída esta parte superior de la torre o campanario, que es cuadrada, de 4'50 m. de lado, y sus paredes tienen un espesor de 1'30. Hay en cada cara dos ventanas de 5 m. de altura por 1'50 de ancho, en cada una de las cuales había una campana. El coste total de esta obra fué de unas 1,446 libras, y como que D. Pedro A. de Aragón abonó 100 doblones que le pidió el convento (unas 1,200 libras), el resto tuvo que abonarse de los fondos del Monasterio.

Acabado el mandato de Reduá, se reunieron los monjes en la Sala capitular, eligiendo *abad 66, 12 temporal, a D. Antonio Rosell*, que ya había ejercido este cargo con anterioridad.

El día 8 de marzo de 1669 fueron sacados de su antiguo sepulcro los restos de D. Ramón Folch de Cardona, el *Prohom Vinculador*, para ser colocados en el nuevo panteón que le había mandado construir D. Pedro A. de Aragón, y dice una crónica de aquella época que, a pesar de haber transcurrido trescientos cuarenta y ocho años de su fallecimiento, hallaron el cadáver tan entero, que fué posible trasladarlo en brazos de cuatro sacerdotes hasta la capilla real, donde permaneció hasta el 4 de abril, día en que los artífices dieron por terminado el nuevo sarcófago, al que, después de una solemne misa cantada con acompañamiento de órgano, fué depositado el cadáver en presencia de todo el convento, sacerdote con capa pluvial, ministros, acólitos, ciriales y hachas, cantando la capilla un responso y demás ceremonias del caso. Dice la crónica que se midió la esta-

tura de dicho cadáver, y resultó que tenía más de 9 palmos de altura.

Al sepulcro que ocupaba D. Ramón Folch fué trasladado el cadáver de D. Rodrigo Rebolledo, que estaba depositado en un ataúd de madera.

Entierro de los restos de Alfonso V, del Infante D. Pedro y de D.^a Beatriz reina de Hungría

Llegaron a Poblet, conducidos por el obispo de Cassano, el día 23 de agosto de 1671, los restos del rey D. Alfonso V, los de su hermano el infante D. Pedro y los de D.^a Beatriz de Aragón, reina de Hungría, que habían estado, desde su fallecimiento, depositados en la Iglesia de San Pedro Mártir, de la ciudad de Nápoles (años 1438, 1458 y 1508, respectivamente).

Curiosa por demás resulta la función celebrada para el recibimiento de los mentados cadáveres. El día 23 de agosto, a las cinco de la tarde, como decimos arriba, llegaron los restos a Poblet y fueron depositados en la capilla de San Jorge, que estaba adornada con colgaduras: en el centro había un túmulo, cubierto de brocado, y alrededor, seis candelabros de ébano, con sus hachas. Aquí permanecieron hasta el día 25.

El día 24 se levantó en la capilla real un suntuoso túmulo, adornado de granas bordadas y cubierto con el célebre paño de difuntos, ricamente bordado, que trajo para este acto el obispo de Cassano, por encargo de D. Pedro A. de Aragón (hoy se guarda en la Catedral de Tarragona).

Mandó el obispo que para el recibimiento de los reyes se sacaran de las cámaras sepulcrales doce urnas de las personas más principales, sin que faltase la de D.^a Juana Folch, por haber sido esta señora la que unió las casas de Segorbe y de Cardona. Fueron sacadas, pues, del panteón las urnas que contenían los restos del rey D. Martín *el Humano*; la del infante D. Enrique

de Aragón y de Sicilia, maestre de Santiago; los de su esposa la infanta D.^a Beatriz Pimentel; la del infante D. Enrique, duque de Segorbe; la de su mujer la infanta D.^a Guiomar de Portugal; la del duque D. Alfonso de Aragón y la de su mujer, la duquesa de Cardona, D.^a Juana Folch; la de D. Luis, conde de Prades, y la de su esposa D.^a Ana Enríquez de Mendoza; la de D. Enrique Ramón Folch, duque de Segorbe y de Cardona, y la de su consorte D.^a Catalina Fernández de Córdoba, y la del cardenal D. Antonio de Aragón, que fueron depositados sobre el túmulo para recibir a los que venían a hacerles compañía en aquella mansión funeraria. Así dispuesto el túmulo, a las cuatro de la tarde, después de vísperas y completas, el obispo se vistió de pontifical, y con toda solemnidad se dió principio a tres nocturnos de difuntos, cantados con mucha pausa, y nueve responsos a canto de órgano, cuya función duró más de dos horas y media.

El día 25, por la mañana, se preparó un altar al extremo del muro, junto al camino de Lérida, lugar donde se acostumbraba a recibir los cuerpos de las personas reales, y se llevaron allí los tres cadáveres recién traídos de Nápoles. Salieron en procesión del Monasterio todo el convento presidido por el obispo, revestido de pontifical, y una vez llegados al mencionado altar, la capilla cantó un responso; el obispo hizo entrega de los cadáveres al abad y convento de Poblet, con las ceremonias de rúbrica, ante el escribano de Montblanch, D. Jerónimo Alba, y acompañando a los restos, que eran conducidos por monjes, volvieron todos hacia el Monasterio, cantando el salmo *In exitu Israel de Egipto*, y de trecho en trecho, seis responsos a canto de órgano, hasta llegar a la capilla real, donde colocaron los restos entre las doce urnas, y dióse principio a la misa, que dijo de pontifical el obispo, y cantó la capilla. Predicó el P. D. Jaime Reyner, monje de Poblet, y acabado el oficio, se colocaron de nuevo en el panteón de la casa de Cardona las urnas que había en el túmulo, y las de la reina D.^a Beatriz y del infante D. Pedro de Aragón y de Sicilia fueron puestas en el de la parte del evangelio. El cuerpo del rey D. Alfonso fué sepultado en tierra llana, como era su voluntad, entre las puertas de la Iglesia y del Coro, cubierta la sepultura con una losa que tenía grabadas las armas de Aragón, y

allí permanecieron hasta el 17 de julio de 1673, que fué trasladado al nuevo y suntuoso sepulcro que le mandó levantar D. Pedro A. de Aragón.

Con motivo del traslado de los restos del rey D. Alfonso V, regaló D. Pedro A. de Aragón al Monasterio de Poblet un rico terno negro, que se ha perdido; los candelabros de ébano, que se guardan en la parroquia de San Pedro, de Reus, y el magnífico tapiz bordado con el escudo de la casa de Cardona y Segorbe, que, como hemos dicho, está actualmente en la Sala capitular de la Catedral de Tarragona.

D. José Serra ocupó la Abadía 67, 13 temporal. De su peculio particular compró este abad, por 150 libras barcelonesas, la casa contigua al Priorato de Nazaret, de Barcelona, y pagó todas las obras necesarias para ser habitadas decentemente por el abad durante su estancia en esta capital y para residencia del prior, con la sola condición de que el convento le concediese para toda su vida la administración del Priorato, cosa que le fué otorgada por decreto de 23 de agosto de 1676.

En el mes de julio de 1673, terminados los panteones que D. Pedro A. de Aragón había mandado construir para el rey Alfonso V uno, y para el infante D. Enrique, otro, se precedió a depositar en ellos los restos de los mencionados magnates, así como los de D.^a Catalina y D.^a Beatriz, esposas del infante.

Otro regalo valioso recibió el Monasterio durante la Abadía de Serra. El generoso protector del cenobio, el tantas veces mencionado D. Pedro A. de Aragón, hizo donación de una rica custodia de oro, adornada de diamantes, y tres ternos muy ricos, blanco uno, otro morado y otro carmesí.

Durante el cuatrienio del abad Serra fueron sepultados en las cámaras sepulcrales los cadáveres de D. Luis Ramón Folch de Aragón y de D. Joaquín Folch de Aragón y Benavides.

Siendo abad 68, 14 cuatrienal, *D. Antonio Rosell*, elegido por tercera vez, recibió el Monasterio uno de los más preciados donativos de los muchos que le hizo el Excmo. Sr. D. Pedro A. de

Aragón, consistente en un sinnúmero de relicarios de ébano y cristal, y, sobre todo, su hermosa librería con treinta armarios repletos de libros lujosamente encuadernados, que llegaron a este convento en tres galeras con treinta y un cajones, que pesaban $338 \frac{1}{2}$ arrobas, según detalla esta carta que acompaña al donativo:

Salon de esta Ciudad tres Galeras con treinta
y un Cajones que pesan $338 @ \frac{1}{2}$ los tres
de ellos que han señalados con una raíz suenta
alos numeros son de la Libreria y los restantes
del oratorio de que los A.D.s. mas individual
noticia por el correo y esta nra. de aviso
y de acompañar a los carreteros que lleban
estos Cajones y de Dios A.D.s. muchos
años como deseo Caraj. de dg. to
1670

Vd. haga poner con separar
los del oratorio y Libreria
cada cosa aparte una decora

Red. E. L. m. m. m. m. m.

Red. E. L. m. m. m. m. m.

Abad de Poblet

En febrero del año siguiente, el mismo magnánimo protector mandó construir, para guardar las reliquias por él regaladas, a más de las que ya poseía el Monasterio, unos magníficos retablos, que luego no aprovecharon para el objeto a que habían sido destinados, por resultar insuficientes, y fueron colocados a los lados del presbiterio del altar mayor, cobijando sus nichos cuarenta y una imágenes de santos que tenía D. Pedro en su oratorio de Madrid.

En 1685, el abad Rosell colocó en la capilla de San Bernardo las preciadas reliquias, y cerró la capilla con dos rejas de bronce, que D. Pedro mandó forjar en Barcelona.

Pactó D. Pedro A. de Aragón, en 21 de febrero de 1678, con los artífices encargados de la construcción de la capilla y retablos, las siguientes condiciones:

«Declaración de la fábrica de la Capilla en que se han de colocar las Stas. Reliquias con que el Excmo. Sr. D. Pedro Ant.º de Aragón ha ilustrado el real convento de Poblet.»

N. 1.º Puerta de la Capilla tiene de alto 24 palmos y de ancho 14; ha de ser toda de piedra buena y escultura de alabastro donde se mide y señala en la planta; a la cual escultura se obliga al artífice que ha hecho el diseño del retablo y nichos incluyéndose el precio de otra escultura en el que pide por el otro retablo, si se le manda ejecutar.

2.º Tiene la capilla de entrada 20 varas y de ancho 12 fuera las paredes: se ha de pavimentar de losas de piedra y todas las paredes, alrededor de la capilla, se han de guarnecer de azulejos el espacio de un estado.

3.º Tienen de grueso las paredes de la capilla 8 palmos, y todas han de ser de cantería.

4.º Tiene de alto la capilla 18 varas.

5.º Todo lo reparado de la capilla, pilastras, friso, resalto, capiteles y lo demás ha de ser de yeso menos las basas de las pilastras, que todas han de ser de piedra de lustre bien bruñidas.

6.º Ha de tener la capilla cuatro vidrieras iguales, dos en cada pared de los lados de 10 palmos de alto y 7 de ancho. El

* Este documento se conserva en la Biblioteca-Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú.

retablo con sus nichos tiene de alto 16 varas, y de ancho 12 en el cual hay bastante lugar para todas las reliquias de su Excm^a y para las que tenía ya el Convento; conque sólo se señala lo que son gradas, los puestos de los seis relicarios grandes de Evano, los del Santo Cristo de la columna y S. Francisco de bulto y las puertas para entrar a limpiar las urnas, y relicarios, como se mira en el diseño. Todas las hileras de los nichos, han de tener por las espaldas del retablo, sus corredores, y puertas, por donde se puedan limpiar más fácilmente las urnas, y relicarios; y se ha dispuesto en esta forma, así por el riesgo de que (habiendo de limpiarse por la cara del altar) no se rompan algunas piezas como por la indecencia de subir y bajar por delante de las santas reliquias.

6000 libras sueldos. El precio que se pide por parte del albañil son 6000 libras y ha de correr por su cuenta todo el per-trecho necesario para dicha obra, como también el portearle hasta el pie de la fábrica, menos la madera para cubrir la capilla.

3500 libras. El Escultor pide por el retablo, y por la escultura que ha de trabaxar de alabastro en la puerta de la capilla (como arriba se declara) 3500 libras. — Monta todo 9500 libras moneda barcelonesa, que son de plata doble 6786 Reales de a ocho.»

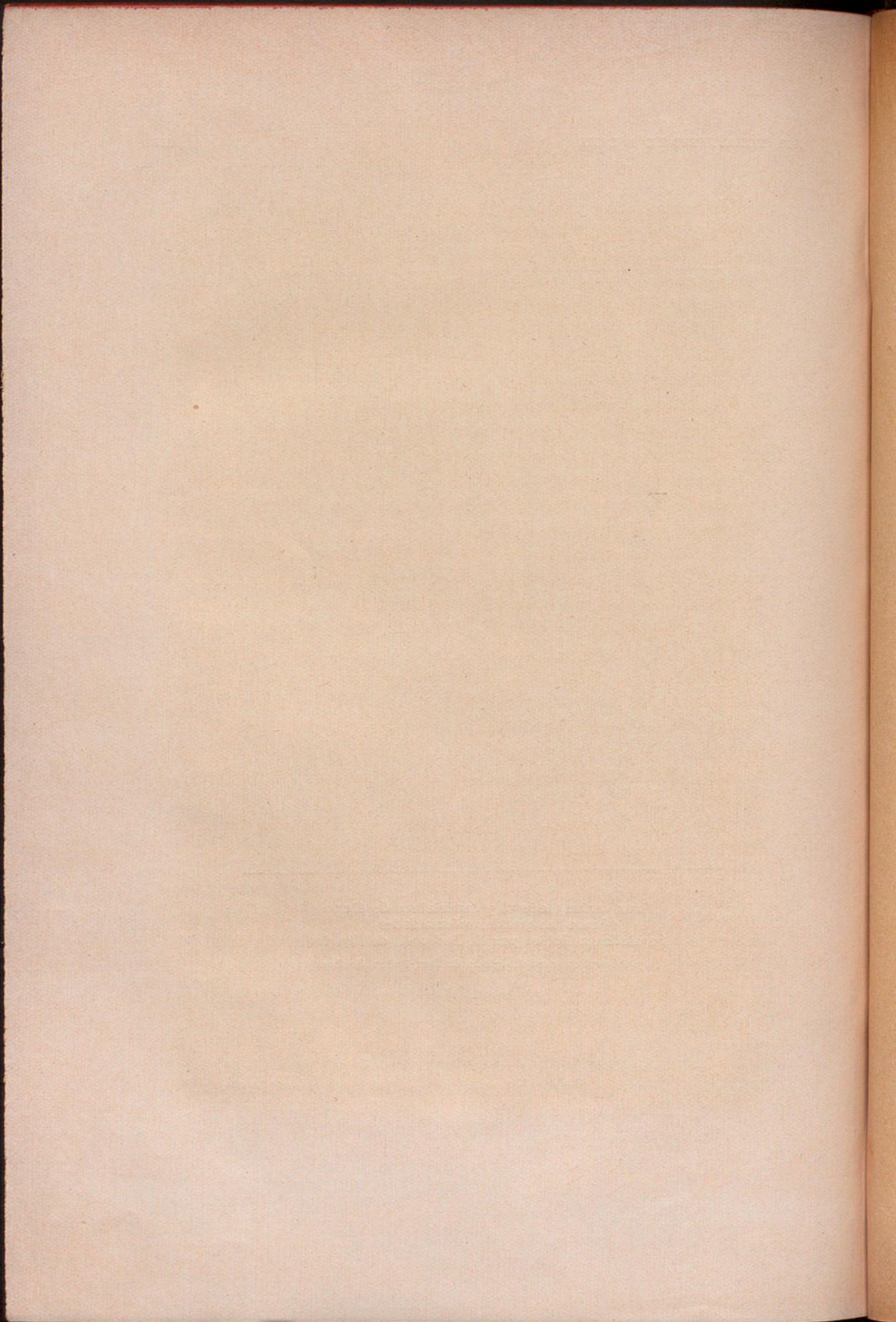
El abad Rosell, cual nuevo iconoclasta, mandó fundir, por parecerle anticuadas, todas las imágenes de plata que de tiempo inmemorial se veneraban en los altares del Monasterio y construir las de nuevo al gusto de la época, que por cierto era bien poco recomendable.

Al abad 69, 15 temporal, D. Vicente Prada, se debían los diez y ocho cuadros con los retratos de varones ilustres de Poblet, que había en la Sala capitular, un aposento que se añadió a la bolsería, la balsa del molino de harina, el facistol y la imagen de Nuestro Señor Jesucristo que había en el Coro y la cúpula del cimborio.

La mayor parte del cuadrienio lo pasó en la mongía, en un aposento que estaba al lado de la enfermería, y como «era admi-



Cruz, mazas, facistol y candelabros de ébano
para las grandes solemnidades,
regalados a Poblet por D. Pedro A. de Aragón
(Hoy se conservan en la iglesia de San Pedro, de Reus)



rable scrivad», como dice un manuscrito que se guarda en la Biblioteca-Museo Balaguer, «*a dextat algunes memorias de ma sua, com son les taules estan en la Iglesia dels enterros Reals y demes feu posar y pintar los quadros de varons Illtres. de Capitol : y traure una muralla o parapeto que y avia de una a altre de les torres Reals que tapava tota la portalada. Compongué un llibre dels enterros reals del qual escrigué dos copies la una envid al Excm. Sr. D. Pedro de Aragon y la altre quedá en esta casa entre los monjos.*»

Hablando de este libro dice Toda que el abad Prada, siendo secretario del Monasterio, escribió *Palida Mors*, del que se conocen tan sólo tres copias manuscritas; una, en Escornalbou; otra, en la Academia de la Historia, y otra, en la Biblioteca Nacional de Madrid. Las dos de Madrid llevan la fecha de 1678, y la que se conserva en Escornalbou, la de 1692.

Esta obra no es original, según Toda, ya que en 1587, otro monje llamado fray Francesch Tolo había escrito una «*Compendiosa y curiosissima historia de les sepultures dels serenissims señors Reys de Aragó, persones nobles, barons y altres infinits cavallers, tots de celebre recordació, qui sepultats estan en lo sagrat monastir de Poblet*», manuscrito catalán que se guarda en la Biblioteca Nacional de Madrid. El padre Prada continuó la reseña hasta cien años más tarde, y a su vez, Finestres sacó de ella las noticias de los enterramientos de Poblet, que da en el volumen primero de su historia, aunque se calla la autoridad y la procedencia.

Se añadieron posteriormente a este libro los enterramientos de Nicolás Castelloni, coronel del Regimiento de Infantería de Nápoles, muerto en 1708, y el de D. Felipe Wharton. Contiene, además, este libro la vida de fray Pedro Marginet, escrita en verso latino por el doctor Joseph Martell, asesor de Poblet, en 1657; una carta-biografía de D. Pedro Antonio de Aragón; una carta de pago de todos los obsequios que D. Pedro A. hizo al Monasterio de Poblet, entre los años de 1662 y 1677, otorgada por el abad y convento delante del notario de Montblanch, D. Jerónimo Alba, el día 22 de septiembre de 1677, y, además, un índice alfabético de las reliquias de cuerpos santos enviados por el mencionado Pedro de Aragón.

En 1686, el *abad 70, 16 temporal*, D. José Tresánchez, compró, por 1,000 libras barcelonesas, una casa en Lérida, para instalar de nuevo el Colegio de Monjes, del que carecían desde que Felipe IV mandó derribar la casa que para ello tenían en aquella ciudad; reformó la capilla de las reliquias, en la cual estaba antes el retablo de San Bernardo, que fué trasladado a la capilla del lado, primera de la Iglesia en la que primitivamente había el altar de San Martín, por lo cual se puso encima del retablo un cuadro de dicho santo a costas del abad, se rebajó un peldaño que se subía para entrar en la capilla y mandó construir la baranda de hierro con pomos de bronce, y enladrillarla con ladrillos de Valencia.

Azotó, por este tiempo a Cataluña, una plaga de langostas, que asoló casi por completo los campos, contribuyendo el Monasterio a su extinción, no sólo con plegarias, procesiones y bendiciones con las reliquias de santa Columbina y de san Agustín, como les pedían los pueblos atacados, sino con trabajos corporales prestados por sus monjes, mozos y personal todo del convento.

Jun-táronse los electores en la Sala capitular el día 14 de septiembre de 1688 para designar *abad 71, 17 cuadrienal*, a D. Pedro Virgili, que había ejercido el cargo de bolsero durante los dos quadrienios anteriores.

Falleció en Madrid, el día 1.º de septiembre de 1690, el gran protector de Poblet, D. Pedro Antonio de Aragón, y su cuerpo fué depositado en el convento de Trinitarios descalzos. Al año siguiente, su esposa, D.^a Ana Catalina, cumpliendo la voluntad del difunto, tantas veces repetida, ordenó que su cadáver fuera trasladado al Monasterio, donde llegó el día 14 de mayo, colocado en una urna de ébano de Portugal, adornada con cantoneras, cerradura, llave y letrero de plata, y después de celebradas exequias extraordinarias que duraron tres días, a semejanza de las que tuvieron lugar cuando fueron traídos los restos de Alfonso V y de su hermano, fué depositado, junto a sus padres, en el panteón de la parte del evangelio.

En 1701 se recibieron en Poblet las reliquias que acostumbraba llevar encima D. Pedro A., que eran una cruz o pectoral de

oro con *Lignum Crucis* y siete óvalos con otras reliquias, todo colgado a una cadena de oro de 6 palmos de larga; otros tres relicarios de oro y uno de acero, incrustado de oro y plata, que encerraba la firma de san Ignacio de Loyola.

Las grandes salas que se utilizaban para guardar granos y legumbres las destinó el abad Virgili para instalar la librería que regaló D. Pedro A. de Aragón, y, al efecto, mandó abrir la puerta que da al Locutorio, que, según cuenta el manuscrito que hemos mencionado varias veces, costó gran trabajo; hizo blanquear las paredes y pintar, a imitación de jaspe, las columnas y arcos; colocar florones de madera tallada y dorada en las llaves de las bóvedas, y luego, a lo largo de los muros, distribuyó los treinta estantes de ébano con sus correspondientes libros, y en el testero, entre las puertas que daban acceso a lo que se llamó librería antigua, colocó el retrato de D.^a Catalina de Lacerda, viuda del generoso donante D. Pedro, repartiendo por la sala los demás objetos que tenemos reseñados.

Desde el día que llegaron a Poblet hasta el que fueron instalados en estos aposentos, los libros y los estantes estuvieron depositados en el refectorio de la carne. Aquí estuvieron, también, las santas reliquias, hasta que fueron trasladadas a la capilla de San Bernardo.

Por iniciativa de este abad se enladrilló la era, se construyó un pozo de hielo junto a la granja Mitjana, se niveló el huerto, que estaba dividido en tres bancales, uno más alto que otro; se hizo una fuente al extremo del mismo y un corral para las gallinas, la escalera que del palacio baja al jardín o huerto y la «*Oficina del cap de llá de ques necessitava molt per aver de exir fora los Srs Abats a proveir ses necessitats*». Se arregló el aposento que se encontraba a mitad de la escalera, para poderse retirar los abades en las ocasiones que tenían que ceder sus habitaciones a personas principales que visitaban el Monasterio y no verse obligados a salir de palacio, como sucedía antes, que se iban a dormir a la gobernación o a la bolsería. Fué, también, en esta época que el Monasterio empezó a criar por su cuenta ganado lanar.

Gobernaba el convento el abad 72, 18 temporal, fray Pedro Albert, cuando el arzobispo de Tarragona, D. José Llinás, consa-

gró, en 13 de noviembre de 1695, la Iglesia mayor, en cuya memoria se colocó, en la parte derecha del crucero, sobre la puerta que comunica con la nueva Sacristía, una lápida que, en letras doradas, decía : *«Anno M.DC.XC.V. feliciter gubernantibus, novique mundi imperia Catholico Carolo II potentissimo, ac desideratissimo : Hoc Sacrum, Regiumque Archicænobium. Abbate D. Petro Albert : Illustrissimus, ac Reverendissimus D.D. Josephus Linás ex sacro, Regioque Ordine B. M. de Mercede Redemptionis Captivorum, Archiepiscopus Tarraconensis, Hispaniarum Primas, Basilicam hanc in honorem Beatissimæ Virginis Dei genitricis Mariæ sub Assumptionis titulo Idibus Novembris (die ejusdem Virginis Matris Patrocinii auspiciousimo consecravit.»*

(El año 1695, felizmente gobernando (las Españas?) y los imperios del Nuevo Mundo, el católico, potentísimo y deseadísimos Carlos II, y gobernado este sacro y real Archicenobio el abad D. Pedro Albert, el Ilmo. y Rdm. Sr. D. José Llinás, de la sagrada y real Orden de la Beata María de la Merced, Redención de Cautivos, Arzobispo Tarraconense, Primado de las Españas, consagró esta basilica en honor de la Beatísima Virgen Madre de Dios María con el título de la Asunción, en los Idus de Noviembre (el solemnísimo día del Patrocinio de la misma Virgen Madre.)

Se ensancharon en este tiempo las puertas que comunican la Iglesia mayor con el claustro, que eran antes muy estrechas y bajas, conservando el estilo románico del tiempo de su construcción, y tenían cada una de ellas una sepultura encima, que con las obras desaparecieron; se pusieron grifos de bronce a la fuente del claustro, y se hizo de piedra la conducción de aguas desde el huerto a la mencionada fuente. Consagró este abad con gran lucimiento y solemnidad la nueva capilla del Sacramento, del Monasterio de Escala-Dei.

Del abad Albert y de sus antecesor el abad Virgili, dice Finestres que ya fuera por no querer imitar la prudente conducta y acertado gobierno del abad Tresánchez, ya fuese por no tener iguales talentos, por descuido de los administradores, por la

esterilidad de los años y pleitos sin provecho* o por todo junto, dejaron al Monasterio tan menoscabado en las rentas, que el abad sucesor que se dedicó con solicitud a saldar aquellas quiebras mereció el renombre de *Restaurador de Poblet*.

D. José Rosers fué el abad 73, 19 de los cuatrienales. Encontró tan entrampado el convento, que para poder mantener a la comunidad, tuvo que vender la granja de Doldellops, en el término de Valls; las casas del Priorato de las Franquesas, de Balaguer; de San Juan, de Berga, y de San Pablo, de Manresa.

Este abad, a quien podríamos llamar *el Agricultor*, a más de *el Restaurador*, cuidó de una manera esmerada de las tierras del Monasterio, vigilando personalmente los trabajos agrícolas; mandó plantar de nuevo la viña cercada; cambió los trujales de madera por los de piedra labrada, que subsisten todavía, e hizo construir los corrales de ganado de la granja de Riudabella, y en 13 de septiembre de 1700 instruyó proceso contra el fraile José Jover, del Priorato de Valencia, por haber infamado al padre Mayoral, llevar y usar en muchas ocasiones armas de fuego, faltar a la obediencia, ocasionando no pocos escándalos; vestir diferentes trajes del todo indecentes y prohibidos a los religiosos; usar billetes falsos y escribir cartas con diferentes nombres. Se le declaró fugitivo y excomunicado.

Al finalizar su mandato el abad Rosers, hubo en el Monasterio grandes perturbaciones, porque los electores se dividieron en dos formidables bandos, a favor, unos, de Rosers, que querían que continuara, y otros, en pro de Tresánchez, que ya había ejercido el cargo anteriormente. Los primeros impidieron la entrada en el Monasterio al comisario de la congregación que debía presidir las elecciones, para que, de esta manera, no pudiera tener éstas efecto, y, por lo tanto, que Rosers continuara con el cargo, y los otros acudieron a Montblanch en busca de la fuerza pública, para proteger la elección, ganando éstos por fin la partida de buena o de mala manera, viniendo así a regir el Monasterio D. José Tresánchez, abad 74, 20 temporal. Fué este abad a las

* Uno de los pleitos que sostuvieron estos abades, de larga duración y de gran coste, que perdió Poblet, fué sobre la paternidad y derecho de visita al convento de Vallbona de las Monjas.

Cortes que en octubre de 1701 se celebraron en Barcelona, convocadas por Felipe V, y contribuyó con 100 doblones al *donativo voluntario* que en ellas se ofreció al rey de España.

Uno de los primeros actos llevados a cabo por este abad fué anular la pena impuesta por su antecesor al fraile José Jover.

A su iniciativa se debió el ensache del Palacio abadial, añadiéndole lo que se llamaba cuarto nuevo, que mira a Levante, y en el que se ven tres balcones en el piso principal y tres rejillas en los bajos.

A últimos de abril de 1701 llegaron a Poblet doscientos cuarenta y cinco libros que el P. Baltasar Sayol había recibido en Madrid de manos de D. Juan Tomás Enríquez de Cabrera, almirante de Castilla, segundo esposo de D.^a Ana Catalina de Lacerda y Aragón, por disposición testamentaria de D. Pedro A. de Aragón. (La lista de los mismos se halla en la Biblioteca-Museo Balaguer.)

Entablada la guerra de sucesión en nuestro Principado, proclamado rey el archiduque de Austria con el nombre de Carlos III, y reconociéndole por tal casi toda Cataluña, prestóle, también, obediencia el *abad 75, 21 temporal*, D. Francisco Dorda, natural de Mataró, que había sido elegido el día 14 de septiembre de 1704, y en los dos cuatrienios anteriores había ejercido el cargo de bolsero. Durante su mando se arregló la casa que está delante de la boticaria (farmacia); se hizo la escalera nueva con barandas de hierro y otras obras de importancia. Mandó traer de Francia seis graduales, para que se cantase lo más uniformemente posible.

Llegó nuestro abad a captarse de tal manera la voluntad del nuevo monarca D. Carlos III, que le nombró superintendente de los gastos de toda la Real Casa, le dió luego el título de vicesororero general,* y más tarde le hizo presidente de su nuevo Consejo de Hacienda.

* Letra que el archiduque Carlos escribió a D. Francisco Dorda, obispo de Solsona y ex abad de Poblet:

«Atendiendo a la suma estrechez a que se halla reducida Da. Theresa de Bustamante, Marquesa de Liedana, viuda de D. Francisco de Velasco, que murió en esta ciudad después de haver padecido, y merecido tanto en el Real Servicio y haver sido arrojado de los Reynos de Castilla con toda su familia en odio de su constante

A D. Francisco Dorda se debe la iniciativa de la erección de la nueva Sacristía en la parte del huerto de las aguas (sitio donde está hoy), *«lo que auria posat en execució, a no aversi oposat la ocurrencia de tant calamitosos guerres.»*

De paso para Lérida, en julio de 1706, estuvo dos días en Poblet, donde fué grandemente agasajado el rey D. Carlos III, y tanto era el cariño que este monarca puso al abad Dorda, y tanta la gratitud que le guardaba, que en 1707 le nombró obispo de Potenza, en Nápoles, y en 1708 le dió el Obispado de Solsona, cuyas bulas le llegaron el día de San Bernardo del año siguiente, y fué consagrado en el convento de San Francisco, de Barcelona.

Al tomar posesión de aquel Obispado el abad Dorda, se encargó de regir el Monasterio, con carácter de prior-presidente, sede vacante, D. Baltasar Fontanillas, que ya era prior en el cuadrenio anterior, con la particularidad de que esta interinidad duró cuatro años, ocho meses y veintiséis días, es decir, mucho más tiempo que el de una Abadía.

El establecimiento de la dominación castellana hizo que el abad Dorda perdiera su mitra de Solsona, y a pesar de que el archiduque quería que se fuera con él a su salida de España, nuestro abad prefirió volverse de nuevo a su Monasterio, donde vivió como a simple monje, pero rodeado de la consideración y honores debidos a su carácter episcopal, hasta que ocurrió su fallecimiento, en septiembre de 1716.

Fué D. Baltasar Fontanillas sujeto de tan buenas condiciones, que bastó a gobernar el Monasterio en tan larga vacante de forma que, no obstante la turbación de los tiempos, atendió, no sólo al bien espiritual del convento, sino al material, pues durante su mando no disminuyeron apenas las rentas, a pesar de los muchos gastos que ocasionaba la manutención de los religiosos de la casa, así como la de muchos otros que, desterrados o huídos

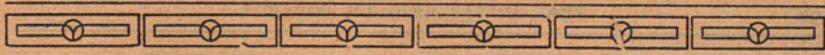
fidelidad; respecto a que no tiene forma alguna de mantener sus tres hijos. He tenido por justo, e indispensable que se la socorra, y asista desde primero de este Mes en adelante con un Real de a ocho al día; Tendreislo entendido así para disponer que se le suministre muy puntualmente la diaria asistencia referida. — Rúbrica del Archiduque. — En Barcelona a 3 de Octubre de 1710. — Al Obispo de Solsona.» (Este documento se guarda en la Biblioteca-Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú.)

de sus Monasterios de Aragón y Valencia, aquí se refugiaron, a todos los cuales se acogió y trató como si fueran hijos de Poblet; ya también por los continuos tránsitos de tropa de uno y otro bando con sus oficiales, a quienes era forzoso darles toda asistencia conforme a su calidad, con el fin de no exponer al Monasterio a mayor ruina.

Si en algo disminuyeron las rentas fué por estar secuestradas las del Priorato de San Vicente, de Valencia, donde no permitieron se mantuviese ni un solo fraile de Poblet, pues a todos los desterraron de allí; la misma fortuna corrieron las demás que tenía Poblet en Cataluña, menos las de los contornos, de las cuales, y de lo que se sacó de una porción de ganado que se vendió por temor de que se perdiese, y algo que a costa de diligencias y ruegos se colectaba de las Baronías, se mantuvo el convento sin cargarse notablemente.

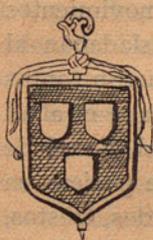
Durante estos años se hicieron en el Monasterio de Poblet dos obras de gran importancia y provecho, que fueron el Hospital de pobres, esto es, una casa muy decente para habitación del prior o enfermero de pobres, y en los bajos de ella, unos aposentos para los enfermos, así criados del Monasterio como extraños y peregrinos, y sobre el olivar, una balsa o aljibe, muy capaz para recoger agua destinada al riego del mencionado olivar y demás tierras del contorno.





Caída y abandono de Poblet

Invasiones, hurtos y sacrilegios, destrucción



Después del largo período de sede vacante, fué elegido *abad 76, 22 temporal, D. José Escuder*, que había sido rector del Colegio de Lérida.

Siendo como era Poblet un centro que intervenía tan directamente en todos los actos de vida de la Confederación Catalano-Aragonesa primero, y del reino español más tarde, no tenía nada de extraño que en todas ocasiones, y principalmente en tiempo de revueltas, sufriera los embates de las olas del agitado mar de las pasiones políticas que siempre se desencadenaron, con más o menos violencia, en nuestro país, y así vemos que, aparte de otros hechos de épocas más remotas, durante el memorable y heroico sitio de Barcelona de 1713-1714, cuando ya el resto de Cataluña se había rendido a las tropas de Felipe V, recorrían el Principado algunas patrullas que se titulaban defensores de la patria, cometiendo toda clase de atrocidades por donde pasaban. Una de estas partidas llegó a Poblet el 26 de julio de 1713; obligó que se les sirviera comida, y con grandes amenazas pedían que se les entregara el barón de Rocafort, que estaba allí retirado; pero a la vista de unas monedas de oro que les ofreció el abad, desistieron de su empeño y abandonaron el Monasterio aquella misma tarde.

Al año siguiente, después de la rendición de Barcelona, una

partida de unos mil hombres de las tropas del rey castellano, comandadas por Jerónimo Solís, entró en el Monasterio, maltratando de palabra y obra a sus habitantes; amenazaron con quemar y saquear el convento, y enterados de que en el Hospital habían sido asistidos heridos de las fuerzas catalanas, sin más razón que la fuerza, y sin formación de causa, fueron condenados a muerte el médico y el cirujano, y sin duda se hubiera llevado a cabo la sentencia si el abad, con lágrimas en los ojos, y postrado de rodillas a los pies del jefe de la fuerza, no hubiese logrado convencer a aquellos desalmados de que no habían cometido ningún delito por haber curado a los enfermos, sino muy al contrario, habían cumplido con su conciencia y con la obligación que les imponía el cargo que desempeñaban. Esta visita costó al Monasterio unos 1,000 escudos aproximadamente.

Los súbditos de Poblet, que por los continuos movimientos de tropas no veían muy seguros sus bienes, los trasladaban al convento para que los monjes se los guardaran, pero fueron tantos y de tan diferente calidad los objetos allí depositados, que el abad Escuder, a fin de que no se extraviara cosa alguna, el día 26 de noviembre de 1714 mandó que por todo aquel día se pusiera en sus manos una relación escrita de todas las alhajas, fardos, trastos, ropa o cualquier otra cosa que los mencionados súbditos tuvieran guardados en el Monasterio.

Felipe V, bien informado de los servicios que le había prestado el abad de Poblet, restituyó al convento las rentas que tenía secuestradas de los lugares de Cuarte y Aldaya, de Valencia.

En 1716 fué elegido por cincuenta y dos votos, de los cincuenta y seis electores que se habían reunido en la Sala capitular, abad 77, 23 temporal, D. Baltasar Sayol, y durante los cuatro años que ejerció el cargo pagó, gracias a su buena administración, 8,700 escudos que debía el Monasterio; pagó igualmente las obras que se hicieron en el Priorato de San Vicente, de Valencia, y fué objeto de una gran reforma la Iglesia mayor.* A él se debe

* Por un documento hallado por D. Fidel Moragas en el Archivo Notarial de Valls parece que las obras de reforma de la puerta de la Iglesia estaban proyectadas hacía ya muchos años. Así dice el documento:

«Die 23 Aprilis anno a nativitate domini 1670. invallibus.

Salvador Fortuny mestre de cases de la vila de Valls ferma apoca a francesc

la fachada que persiste todavía; substituyó los vidrios del gran rosetón central por otros claros, sin adorno ni pintura algunas; renovó muchas vidrieras de las central, laterales y de las capillas; substituyó las barandillas de madera torneada que cerraban las capillas por otras de hierro con adornos de bronce; en la capilla de la Concepción, que corría a su cargo, cambió el gótico retablo que había por otro moderno de estilo barroco, y la dotó de ricos ornamentos; reformó los sitials antiguos del Coro, que se habían salvado del fuego, en tiempos del abad Guimerá, mandándoles añadir figuras y esculturas, para asemejarlos a los contruídos por aquel abad, y, por último, obró, por disposición del difunto obispo de Solsona, ex abad Dorda, la capilla de Santa Tecla.

Por las gestiones practicadas por este abad fueron indultados, por decreto de 10 de enero de 1720, algunos monjes que, por orden de Felipe V, habían sido desterrados de Poblet durante la guerra.

En septiembre de 1720 vino a ocupar la Abadía 78, 24 *temporal*, D. Baltasar Fontanillas, que había ejercido los cargos de maestro de novicios y de prior del convento, durante cuyo ejercicio quedó vacante la Abadía, como hemos dicho antes. Siendo abad Fontanillas, se terminó el adorno de la fachada de la Iglesia, añadiéndole los dos retablos que se ven a los lados de la puerta principal.

El abad de Escarpe, D. Miguel Escuder, hijo de Poblet, murió estando accidentalmente en este Monasterio, el año 1722, y aunque no era abad del mismo, se acordó, dada su jerarquía, enterrarlo en la Sala capitular, pero no como los demás, que cubrían sus sepulturas con laudas en las que estaban grabadas sus efigies, sino en sepultura que no llevase señal alguna. Puesto

Portella y Joseph Llagostera mestres de cases de Tarragona presents y a sos acompanyants de quinze dobles de or en especie y son a bon compte del preu fet que dit Salvador Fortuny prengué de aquells de arrancar pedra de la pedreira del Coll de Lilla per obs de fer la portalada de la Yglesia del Real Monestir de Ntra. Sva. de Poblet lo modo de la paga de ditas 15 doblas es que es que aquellas confessa haver agudes y rebudes realment y de fet a sas liberas voluntats. fiat apoca.

Testes magnificus Hieronymus marti. V. T. D. in Villa de Sarreal populatus et Joannes Guimferrer scriptor villa de Valls.

el cadáver en el féretro con cogulla y báculo, y dichos los oficios de difuntos, fué llevado en hombros de seis monjes a la sala del Capítulo, donde se le dió sepultura junto a la columna del lado del Coro del prior.

Por segunda vez ocupó el cargo de abad, con el n.º 79 y 25 de los cuadrienes, D. Baltasar Sayol, que obtuvo treinta y cinco votos de los cincuenta y un vocales que se habían reunido en el Aula capitular para la elección. Empleó D. Baltasar más de 3,437 libras en obras que se hicieron en el Priorato del Tallat y en el Monasterio, en ornamentos de la Sacristía, en libros y plata de servicio para la mesa abadial. Pagó más de 22,000 libras a acreedores, y a Roma, unas 6,790, y pagado todo esto, quedaron todavía en la caja del Archivo 4,070, que era lo que importaba el quinquenio próximo a vencer, a más de 3,000 en efectivo y abastecido el convento de todo lo necesario para todo el año.

El abad 80, 26 cuadrienal, fray Félix Genover, construyó el Sagrario, detrás del altar mayor. De este abad, natural de Vilanant, cerca de Figueras, dice Toda que en la parte política, o sea en la influencia que debían darle su talento y cargo, claudicó completamente; se hizo sin necesidad adulator servil del poder real, que pocos años atrás había impuesto su fuerza a Cataluña, aboliendo sus fueros y destruyendo su independencia.

En Poblet pudo admirar la conducta y patriotismo del abad Dorda, que por milagro de los tiempos se había declarado resueltamente a favor de la causa nacional. Milagro de los tiempos he dicho, porque hacía muchos años que los abades del viejo casal habían vuelto las espaldas a todo lo que era catalán o popular en Cataluña. Estuvo a su lado, pero no tomó el P. Genover ejemplo de él, ya que más tarde, cuando alcanzó la dignidad abacial (1728), creyó hacer acto de cortesanía a los nuevos poderes de Madrid proponiendo la traslación a la nueva Universidad de Cervera del Colegio Pobletano de Lérida. El abad general del Císter de la Corona de Aragón se opuso a este acto, pero Felipe V se apresuró a aceptar la oferta del abad; se dieron las reales gracias al P. Genover por su patriotismo castellano y se cerraron las puertas de las aulas pobletanas, que ya jamás debían volverse a abrir.

En *Estudis Pobletans*, el mismo autor da cuenta de una larga polémica sostenida por este abad y los carmelitas de Barcelona sobre el mayor o menor grado de santidad entre san José y san Juan Bautista. Termina el interesante capítulo el señor Toda diciendo que san Juan y san José, que debían estar en el umbral de la puerta del cielo para recibir las plegarias de los devotos creyentes, para ofrecerlas al Eterno, al oír las disputas de las dos comunidades, debían retirarse murmurando: — «Cómo pierden el tiempo los monjes de Poblet y los frailes del Carmen, de Barcelona!»

A pesar de haber terminado la guerra y estar el país pacificado, seguían el Monasterio de Poblet y el Priorato de Nazaret armándose y pertrechándose, según demuestra una cuenta presentada por Francesch Coll en 1730. Dice así el documento en catalán:

Deu lo Sr. Abad de Poblet per compte de les armas li vaig comprant

1. P. per un canó per.....	1	lliura	2	sous
1. m. per altre canó.....	1	»	2	»
2. m. per dos mosquets ab flascos.	6	»	4	»
1. m. per un arcabus y flascos..	2	»	5	»
1. m. per un arcabus.....	2	»		
1. m. per un mosquet.....	2	»	9	»
1. m. per altre mosquet.....	2	»	10	»
1. m. per un arcabus y flascos..	2	»	16	»
3. m. per tres mosquets.....	9	»		
2. m. per dos mosquets.....	5	»	8	»
1. m. per un arcabus.....	2	»		
1. m. per un mosquet.....	2	»	2	»
1. m. portar tres mosquets a Nazaret.....		»	1	» 4 diners
<hr/>	<hr/>			
16	39	lliures	9	sous 4 diners

Francesch Coll

Deu lo P. Fra. Francesch Torres, Prior de Nazaret per les armas que van comprant

1. primo. per un mosquet Biscai...	3	lliures	
1. m. per altre mosquet en lo encant.....	2	»	7 sous
2. m. per dos arcabuses de una masmoseria.....	2	»	6 »
1. m. per un arcabus y flascos..	2	»	4 »
2. m. per dos mosquets.....	5	»	17 »
2. m. per un mosquet y arcabus ensapat.....	4	»	7 »
<hr/>			
9	20	lliures	1 sous

Ocho años más tarde, el conde de Cron libraba en Lérida, con fecha de 24 de junio de 1738, un pasaporte del tenor siguiente: Pase libremente desde esta plaza al Real Monasterio de Poblet el paisano portador de éste, encargado de 20 libras de pólvora y 20 de perdigones, para entregar al gobernador de dicho Monasterio, Rdo. P. Fr. Joseph de Convarem.

Por lo que no se le pondrá embargo alguno. Lérida, etc., etc.

Por tercera vez ocupó la Abadía *fray Baltasar Sayol*, con el n.º 81, 27 cuadrienal, el año 1732, y también dejó esta vez gratos recuerdos de su paso por la más alta jerarquía del Monasterio. Empezó a levantar la Sacristía nueva, llevando a cabo de esta manera la idea que con tanto cariño había acariciado el inolvidable abad Dorda; edificó el paso cubierto que une el Palacio del Abad con la Iglesia, con el objeto de que los abades no tuvieran que desafiar a todas horas las inclemencias del tiempo para trasladarse de sus habitaciones al interior del Monasterio; mandó levantar el obelisco dedicado a los santos mártires Bernardo de Alcira y sus hermanas María y Gracia; encargó a un artífice que labrara una imagen de plata de san Bernardo, que costó más de 1,950 libras barcelonesas. Durante el semestre comprendido entre el 13 de septiembre de 1734 al 12 de marzo de 1735, según un detallado estado de cuentas que guardamos en nuestra colección, librado por el bolsero fray Ramón Anglada,

con el visto bueno del abad fray Baltasar Sayol y de los jueces contadores fray José Escuder, fray Bautista Bellín y fray Baltasar Fontanillas, ingresaron en el Monasterio 11,723 libras, 5 sueldos y 11 dineros, y se gastaron 8,295 libras, 8 sueldos y 2 dineros, quedando un remanente de 3,427 libras, 17 sueldos y 9 dineros. En estas cuentas no van incluídos los gastos extraordinarios de las obras del obelisco de los mártires, los de la nueva Sacristía, paso cubierto, imágenes de plata, etc., etc., constando en ellas solamente los ingresos y gastos ordinarios del convento. Sólo podemos considerar como gasto extraordinario unas partidas de cal, yeso y tejas, que suman 107 libras y 1 sueldo.

Firmó este abad contrata con el doctor en Medicina Miguel Ramón para la asistencia de los monjes y demás súbditos de Poblet y de los enfermos del Hospital. Cobraba el médico para tales servicios 125 libras anuales, 10 quintales de cebada, 14 cuartanas de aceite y una tercia de carne para su casa, a más de la *dispesa* dentro del Monasterio cuando se encontraba en él.

Ocupó en 1736 la Abadía *fray Francisco Fornaguera, con el n.º 82 de los abades de Poblet y el 28 de los temporales*. Había sido prior del Monasterio por espacio de cuatro años, y contaba a la sazón cuarenta de edad. Tuvo este abad en grande estima a fray Jaime Finestres, al que comisionó para vestir el hábito de novicias a varias señoritas del Monasterio del Patrocinio, de la villa de Tamarite; para presidir la elección de abad en Capítulo celebrado en el Monasterio de Santes Creus en el año 1740, y para que le acompañara en la visita de los Monasterios, para substituir, en caso de necesidad, al secretario D. Baltasar Sayol, que era hombre ya de ochenta y dos años de edad. Por disposición del abad Fornaguera empezó a construirse el claustro y casas que hay en el patio conocido por el de las *Casas Novas*, cuya primera casa se concluyó durante su gobierno, y le sirvió de habitación después de acabado el cuatrienio.

Los padres fray José Antonio Lledó, prior del convento; fray Félix Genover, y fray Mariano Finestres, fueron propuestos en terna para el cuatrienio que comenzaba en el año 1741, habiendo

obtenido fray Lledó treinta y siete votos de los cincuenta y seis vocales que habían tomado parte en la elección; los restantes, se repartieron entre Genover, que obtuvo once, y Finestres, ocho. Salió, pues, *abad 83, 29 cuadrienal, D. José Antonio Lledó*, de unos cuarenta años de edad, y que había ejercido los cargos de subbolsero, síndico y prior del Monasterio. Duró su mandato sólo tres años y cuatro meses, porque se retardó la elección hasta el 25 de mayo de 1741 en vez del 14 de septiembre de 1740 que había de tener efecto, por no haber concluido hasta aquella fecha el tiempo que debía ejercer el cargo de vicario general de la congregación su antecesor.

Terminóse durante su tiempo la segunda de las *Casas Novas*, que le sirvió de habitación al acabar su abadiato el 14 de septiembre de 1744.

D. *Francisco Fornaguera*, nuevamente designado para el cuatrienio de 1744-48, fué el *abad 84, 30 temporal*.

Murió el rey Felipe V el sábado, 9 de julio de 1746, y habiendo llegado a Poblet la noticia oficial del fallecimiento el día 27 del propio mes, dispuso el abad la celebración de extraordinarios funerales, que tuvieron lugar los días 17, 18 y 19 del mes siguiente. El primer día celebró de pontifical el abad; al otro, ofició el prior fray Jerónimo Morgades, y el último, dijo la misa fray José A. Lledó, ex abad; durante nueve días consecutivos se hicieron toques de campanas por la mañana, al mediodía y al anochecer.

Ordenó el abad Fornaguera imprimir el libro que escribió fray Jaime Finestres para demostrar la antigüedad del Monasterio de Poblet, al que puso el título de *Historia de Poblet*, con la indicación de *Tomo primero*.

Más tarde, recopilando más datos, vino a publicar la *Historia del Real Monasterio de Poblet*, en cinco tomos, que nada tiene que ver con aquella primera, que quedó con sólo el primer tomo. Es esta obra muy estimada de los bibliófilos, y es un tanto rara, sobre todo el tomo quinto, del que se conocen tan sólo unos diez u once ejemplares, porque, según dicen unos, fueron destruidos porque el autor trata con poca consideración a algunos de los últimos abades, y, según otros, y de esta opinión participamos nosotros, una vez acabado el tiraje del mencionado último tomo,

vino a fallarse definitivamente el pleito que Poblet sostenía con Santes Creus sobre prioridad, y como que Finestres había escrito su obra para que sirviera de pieza de convicción en el mencionado pleito, una vez fallado éste, ya no tenía el valor que pretendían darle su autor y los del Monasterio de Poblet, y, por lo tanto, no tenían interés alguno en su publicación. La edición no se encuadernó, y sirvieron sus pliegos para envolver paquetes o fueron a parar al saco de los papeles inservibles, salvándose sólo algunos ejemplares que guardarían el autor y algún otro curioso. El ejemplar que poseemos nosotros está sin encuadernar, y en su mayoría intonso. Así lo habíamos tenido todo, pero un señor a quien lo dejamos nos cortó gran parte de los pliegos, con gran pesar nuestro.

Finestres tenía manuscritas dos Abadías más para proseguir su historia, o para que otros la continuaran, como lo dice él mismo en una nota final antes de los apéndices. «Con ella lo doy al tomo v y a toda la historia de Poblet, dejando ya historiadas, en manuscrito, las dos primeras Abadías de la centuria séptima desde el presente año 1752 a los hijos de Poblet que, amantes de las glorias de su madre, quisieran proseguirla... etc., etc.» Nuestro buen amigo el erudito bibliógrafo D. Jaime Bofarull, pbro. director del Museo Diocesano de Tarragona, encontró no ha mucho tiempo en el Archivo Histórico Nacional el dibujo de la portada hecha por Finestres para el sexto tomo. De él sacó fotocopia, que piensa publicarla en un concienzudo trabajo que está preparando y que verá la luz a no tardar.

En luchas intestinas y de poco provecho para el Monasterio fueron pasando las Abadías siguientes, preparando la caída definitiva del coloso. En donde no hay harina... como dice el refrán; eso le pasó a Poblet; acabada la protección real y de los grandes magnates, la vida se hacía muy difícil, porque no bastaban los ingresos a satisfacer todas las necesidades del cenobio, y, además, habían desaparecido el espíritu de sacrificio, de hermandad y de amor entre los monjes, dominados por pasiones políticas y de partido, procurando, no sólo los abades, sino cada uno de los monjes, más el bien y provecho propios que los de la comunidad; con tales proceder, y más aún con el de ser elevados a ocupar

la silla abacial personas de mediocre capacidad, no podía suceder otra cosa más que el desmérito y la ruina del Monasterio, que iba rodando vertiginosamente a lo más hondo del abismo para hundirse para siempre, aquel que había sido durante tantos siglos el árbitro de los destinos de la extinguida nación catalana. Con ella cayó, también, Poblet. Nada notable dejaron tras de sí los últimos abades, a no ser el triste recuerdo de sus rivalidades y escasa mentalidad.

Sucedió a Fornaguera *D. Pedro Perellada*, que ocupó la silla de Poblet desde el mes de septiembre de 1748 a igual mes del año 1752, contando el n.º 85 de los abades y el 31 temporal. Nada notable hallamos en el haber de este abad. Durante su mandato, sólo es de notar el acatamiento solemne al mandato del rey en el asunto del pleito de prioridad con Santes Creus. Todo lo demás, gris, completamente gris.



En septiembre de 1752 fué elegido *abad 86, 32 temporal, D. Miguel Cuyás*; buen catalán y escrupuloso guardador de los derechos y prerrogativas del Monasterio, sostuvo con la villa de Montblanch un pleito sobre los derechos del bosque, cuestión que desde la fundación del cenobio había dado largo trabajo a los monjes, a los bailes y justicias de los pueblos vecinos y hasta a los mismos reyes. A este abad dedicó Finestres su obra, por haberse publicado los cuatro tomos primeros durante su gobierno.

A *D. Agustín Oliva, abad 87, 33 de los cuadrienes*, sólo podemos cargarle en cuenta el empeño puesto en que fuera excluido el Monasterio del pago de la tributación señalada a Cataluña por el ministro del rey Fernando, en la que iban comprendidos todos los Monasterios y casas de religiosos. Nada pudo conseguir de este monarca, pero sí lo alcanzó de su sucesor *D. Carlos*, al que fué a rendir pleitesía a su llegada a Barcelona, junto con el abad de Santes Creus.

Nuevamente fué elegido para la *Abadía 88, 34 temporal, D. Miguel Cuyás*. Aprovechó la ocasión de una visita practicada durante el cuatrienio llevada a cabo por fray Francisco Manuel

Morales, abad de la Oliva (19 de agosto de 1764), para pedirle, junto con los demás monjes, que prohibiera, como prohibió, pernóctar a las mujeres de cualquier grado o condición que fuesen en la clausura exterior o exteriores ámbitos del expresado Monasterio de Poblet, y, asimismo, en las granjas llamadas la Pena, Riudabella, Castellfullit y Mas d'en Pagés.

Gracias a sus buenos oficios y a los de su antecesor fueron excluidos los Monasterios de Poblet y de Santes Creus y todas sus filiales del pago de los impuestos creados para obras públicas por el ministro de Carlos III.

Hemos calificado anteriormente a este abad de buen catalán, y esta cualidad le reportó serios disgustos, porque algunos enemigos, monjes del mismo Monasterio, le denunciaron a las autoridades de ser poco afecto a las instituciones. Llevóse a efecto por tal causa una seria investigación, que dió por resultado la demostración palmaria de lo infundado de la acusación, por cual motivo, el rey, con fecha 17 de octubre de 1764, le escribió una carta declarando que *estaba satisfecho de su conducta y comportamiento, en contra de lo que le habían denunciado, para que procediese en su contra.*

El abad Cuyás concertó con el célebre escultor Luis Bonifás el trabajo de la cueva y figura de fray Marginet, en la Pena. Bonifás regaló la figura y el retablo, y, en cambio, el Monasterio le regaló el uniforme y espadín a que tenía derecho por el nombramiento de académico que le había hecho Carlos III en 1762. Reunido el convento en la Sala capitular, eligieron *abad 89, 35* para el quadrenio de 1764-1768, a *D. José Baldrich*. A este abad se debe la destrucción del tomo v de la *Historia de Poblet* del padre Finestres. Según opinión de nuestro respetable y buen amigo señor Toda, parece que en el Monasterio había honda oposición a que se publicasen aquellas páginas de historia moderna y contemporánea de la casa, en las cuales se juzgaban severamente ciertos actos de los abades Virgili y Albert. Además, el padre Finestres debía tener muchos enemigos en la comunidad, por haberse perdido el pleito de Santes Creus, en cual defensa, al fin y al cabo, había escrito su libro. Lo hecho es que la edición del volumen v fué quemada, y que de él sólo se conocen

actualmente diez ejemplares completos, formados con hojas que quedaron en la imprenta de Tarragona o que se olvidaron en el mismo Monasterio.

Muy relajadas estaban la disciplina y las costumbres en el Priorato de San Vicente, de Valencia, por lo que se vió precisado este abad a mandar allí a un monje de su confianza para poner coto y acabar las interminables cuestiones suscitadas por la mala administración de las rentas del Priorato, la peor conducta de sus habitantes, los descuidos del culto y el asilo de malhechores que se acogían en la Iglesia.

No llevarían, a buen seguro, muy correcta conducta los ocho monjes que residían en el Priorato con sus cinco donados, destinados a los quehaceres de la cocina, refectorio, sacristía, iglesia y portería, como tampoco sería muy ejemplar la de los dos que ejercían los cargos de vicarios en las parroquias de Aldaya y Cuarte, dependientes también de Poblet cuando el nuevo prior, fray Pedro Serarols, tuvo necesidad de presentar a su superior el abad de Poblet unas nuevas ordinaciones que fueron aprobadas a 4 de octubre de 1764 por el abad Baldrich.

D. Juan Beltri fué el sucesor de Baldrich. Elegido *abad go, 36 temporal, en septiembre de 1768*, época en que la población marítima de las costas de Tarragona y Salou se hallaba en la mayor miseria por las incursiones que en ellas hacían los piratas que infestaban el Mediterráneo y que obligaban a aquellos infelices a emigrar y a internarse para huir de la voracidad de tan desalmados huéspedes. El abad Beltri, a más de contribuir al sostenimiento de Somatenes para la persecución y exterminio de los piratas, acogía y alimentaba a todos los fugitivos que llegaban al Monasterio en demanda de socorro.

En el año 1769, con motivo de la entrada del vicario general de la congregación en Poblet, se celebraron grandes fiestas y se hicieron extraordinarias luminarias, para lo que se compraron a Ambrosio Oller, de la Selva de Campo, mil doscientos *grasolts*. A últimos del propio año se pagaron 37 libras y 10 sueldos a José Cases, *factor de Orgas*, último plazo de la cantidad convenida por la construcción del órgano, a más de 100 libras por el *Registre flutat violó*, que construyó aparte de lo tratado.

Sabido es que desde poco después de su fundación ejercía el Monasterio jurisdicción sobre sus vasallos por privilegios otorgados por los monarcas catalanes y refrendados después por los españoles. Este asunto trajo en tiempo del abad Beltri un grave trastorno a Poblet, por las rivalidades continuas con el vecino pueblo de Vimbodí. Aprovechando las buenas relaciones que tenía en Madrid un tal Pablo Güell, vecino de este pueblo, apellidado provisor ordinario del seguro de su persona y bienes, logró, con el objeto de burlar la jurisdicción pobletana, que el Consejo dictara una disposición dirigida al corregidor de Lérida, concebida en estos términos : *«Librese despacho cometido al Corregidor de Lérida para que haga saber al Abad y monjes del Monasterio de Poblet, Orden del Cister, que con arreglo a lo prevenido a las leyes del Reyno se abstenga de nombrar religioso alguno que ejerza los empleos de Procurador Jurisdiccional, Gobernador o Bayle General ni otro que tenga aneja administracion de justicia, que tambien cesen estos en el abuso de hacer audiencias públicas como lo han practicado una vez al mes en presencia del llamado Prior Jurisdiccional Asesor y Escribano ni en otra forma ni en manera alguna. Que de ningun modo usen, ni tengan en el Monasterio carcel para los vecinos de los pueblos de su jurisdiccion, ni otra Persona alguna. Que tampoco consienta el abad que con pretexto alguno salgan los monjes por los citados pueblos con insignia alguna que denote administracion de justicia, ni que exijan acto alguno de Jurisdiccion, dejando libre el uso de esta a los respectivos Bayles y demas Personas Seculares nombradas a este fin en cada uno de los lugares y que en caso que el Monasterio tenga que repetir contra algun vecino o Consejo por cualquier causa que sea lo ejecute ante los justicias ordinarios, y demas Tribunales Seculares, donde corresponda, sin proceder por si contra ellos por prision ni en otra forma alguna. Que los Religiosos no salgan del Monasterio ni pernocten fuera de el, haciendo observen en este punto las referidas R. O. que en varios tiempos se ha expedido, y se encarga al Corregidor que cele la observancia de todo lo expuesto con prevencion, que por cualquier contravencion que se verifique y no dé cuenta al Consejo se le hará el Cargo correspondiente. Que en conformidad del concepto de las Leyes 2 y 3 títulos I lib. 64 de la recopilacion, haga saber tambien*

al Abad y Monjes que dentro del preciso término de un mes presenten en el Cosejo, Original Título o Privilegio por donde les corresponda la Jurisdiccion de Vimbodí y demás pueblos donde la usan, con apercibimiento que pasado, sin haberlo ejecutado, se les secuestraran y procederá a lo demás que haya lugar Que se abstengan de abrir caminos Que el Corregidor haga que en el día se borren de todas las puertas de las casas de Vimbodí en que se hallan estampadas las letras P. O. y cruz, haciéndolo cada vecino de las de su casa y no cumpliéndolo en el término fijado pase el Corregidor a costa de los morosos a ejecutarlo. Y hallándose en el Monasterio o en el Pueblo alguna tropa de la Escuadra de Valls u otra de orden del Abad le intime que se retire sin demora alguna Madrid 27 de Sepbre. de 1770.»

No se conformó con esta disposición el Monasterio, y recurrió en forma presentando todos los títulos que le autorizaban para el ejercicio de jurisdicción y todas sus secuelas sobre sus vasallos. Logró, también, a costa de grandes trabajos, desmascarar al tal Pablo Güell, que era sujeto no muy recomendable, viendo coronados sus esfuerzos el abad y monjes pobleitanos con el siguiente auto dictado en 1772 por el Consejo Supremo de Castilla : *«Se declaran por nulos y no aprobados los diez y siete Capítulos puestos en contra del Abad y Monjes de Poblet y las demás instancias deducidos por Pablo Guell, y en su consecuencia se declara tambien no resultar de estos autos cosa alguna contra el buen concepto conducta y proceder de los expresados Abad y Monjes. Notifiquese a Pablo Guell que en el preciso término de tres días salga de la Corte y no entre en Sitios Reales y en el de un mes se presente al Intendente de Barcelona con apercibimiento que en no haciéndolo se le conducirá a su costa. Que el Intendente lo vuelva al arresto en que estaba antes de la providencia del Consejo de 31 de Octubre de 1769 y lo mismo ejecute con los demás vecinos de Vimbodí, que se hallaban también arrestados con el referido Pablo Guell por la causa que se les estaba siguiendo sobre usurpacion de caudales públicos.»*

Otro conflicto, y por cierto muy serio también, dada la penuria que atravesaba el Monasterio, se le presentó al abad Beltri. Abolidas, por R. O., en 1772, las monedas comarcales,

tuvo Poblet que retirar las suyas, y con el cambio sufrieron grandes quebrantos las arcas del cenobio.

Se corrigieron durante esta Abadía ciertos errores que había en las inscripciones de los cuadros de la hilera baja de los que adornaban las paredes de la Sala capitular. Estos cuadros, que representaban a hijos insignes del Monasterio, estaban colocados en dos hileras, como hemos dicho al tratar de esta sala, y en esta época se le ocurrió a un monje, que no sabemos cómo se llamaba, proponer las siguientes enmiendas : «En el coro del prior : Efigie del Papa Eugenio III, que expidió la bula a favor del abad Vidal, segundo abad de Poblet. Podría adaptarse el cuadro del rey D. Alfonso II, que allí no sirve más que de irrisión, llamándose monje de Poblet contra toda evidencia, mudándole la corona real en tiara, o poniéndola sobre el bufete. — Efigie segunda, del conde Ramón Berenguer, fundador de Poblet. Podría servir uno de los cuadros de la sala de reyes, que ya se encuentran fuera de dicha sala. (La sala de reyes estaba en el palacio del rey Pedro). — La tercera efigie, la de D. Fernando de Aragón, de la misma manera que está.

Coro del abad : Efigie primera, D. Esteban, primer abad fundador de Poblet. Podría servir la del beato Conill, que allí está sin motivo, y sólo se tendría que mudar el letrero. — Efigie segunda, la del rey D. Alfonso II, por ser notable aumentador de Poblet, haciendo en el Monasterio muchas obras y singularmente gran parte de la Iglesia mayor. Podría servir otro cuadro de los príncipes de palacio. — Efigie tercera, la del rey D. Jaime, monje de Poblet. Sicut jacet. — Dice el mencionado monje, en el documento que hemos sacado estas notas, que todo lo expresado vendría a costar poco, y es bien cierto que quien ha visto el Capítulo de Santa Fe no se contentaría con estas pauperias, sino que pediría cuadros hasta con guarnición correspondiente.»

Estas modificaciones que se llevaron a cabo demuestran bien a las claras la despreocupación que reinaba en Poblet en aquella época decadente. Así andaba todo en aquella casa.

D. Juan Fibla vino a ocupar la 91 Abadía de Poblet, correspondiente a la 37 de los cuadriales. Monje austero, varón

santo, pero de poca capacidad para ocupar el alto cargo a que se le había elevado, no llevó a cabo durante los cuatro años de su gobierno ningún acto que merezca la pena de ser apuntado. Sólo conocemos sus aficiones y desvelos para que resultaran pomposos y lucidos los actos del culto.

Una nota de la pág. 201 de un manuscrito de D. Juan Sagarrija, conde de Crexell, de todo lo acaecido en la ciudad de Barcelona desde el año 1767 a 1777, dice lo siguiente : «El día 8 de mayo de 1776, el alcalde de Corte, D. Nicolás Pineda, notificó al Sr. D. Juan Phelipe Castaños, intendente de este ejército y Principado, el extrañamiento a 20 leguas de esta capital, con suspensión de todos sus empleos; a que obedeció marchando en Poblet al día inmediato 9 del corriente.»

Fué debido el castigo a que el Real Consejo de Guerra comisionó al mencionado Alcalde de Casa y Corte para que residenciase al Tribunal de la Intendencia por que se decía que en un reconocimiento habían dado por buenas unas armas que en otro reconocimiento posterior resultaron malas. Fueron arrestados en sus casas por el mismo motivo, el Fiscal del expresado Tribunal, D. Nicolás Ortega, el Asesor D. Antonio Sicardo, el Notario D. Vicente Simón y diferentes paisanos del Gremio de Ansepadores fueron reclusos en la cárcel. Fueron también arrestados en sus casas y suspendidos de empleo tres oficiales del Real Cuerpo de Artillería.

Al ser nombrado D. José Güell abad 92, 38 cuadrienal, en septiembre de 1776, estaba el convento de Poblet completamente desmoralizado. Las corrientes modernistas llegadas de Francia; las ideas de los enciclopedistas; los principios de libertad y reforma de las congregaciones religiosas, hallaron eco en este Monasterio; formáronse partidos contrarios, y motivaron grandes discordias, que en más de una ocasión pusieron en grave aprieto al abad para contener a los adversarios, que, a pesar del hábito, llegaron en más de una ocasión a estados de violencia más propios de gente vulgar y mal educada que de ministros del Señor.

Al considerar que en esta época se vendieron algunas propiedades y traspasaron rentas, se empeñaron legados y liquida-

ron censales, algunos de la obra pía fundada por la casa de Segorbe, podría creerse que estaban exhaustas las arcas del Monasterio, pero contrasta con estas enajenaciones el que, por orden del abad Güell, se plantó la viña grande, trescientos avellanos y algunos almendros, se arregló la casa del abad, se reedificó el dormitorio de legos, y sobre de él se construyeron dos casas para monjes, y otra debajo del noviciado y la barbería común. Se hicieron dos graneros en la granja de las Casas, y se ensanchó la casa. En las granjas de Riudabella y Milmandà se hicieron importantes obras, que ascendieron a la respetable cantidad de 5,116 libras, 6 sueldos y 11 dineros, moneda barcelonesa. En Valencia se hicieron nueve prensas para aceitunas y puso muela nueva al molino nuevo de Rusera; se compró un patio para hacer una casa en Aldaya, y en el Priorato de San Vicente se hicieron obras por valor de 7,707 libras catalanas, y se hizo un palio que costó 500 libras y 19 sueldos catalanes.

Se decía entonces, y así llegó hasta nosotros, que todas aquellas transacciones se hicieron con el solo objeto de favorecer a ciertas personas íntimas del abad.

Confirmó este prelado las constituciones que el prior de San Vicente, de Valencia, P. Sererols, había establecido doce años antes, añadiendo que los monjes de aquel Priorato debían hacer todos los años diez días de ejercicios espirituales, y que al salir a la calle debían ir siempre por parejas.

A otro grave conflicto llevaron al Monasterio las desavenencias entre sus monjes. El litigio estribaba en que unos eran partidarios de que el Monasterio fuera de Patronato real, y, por lo tanto, se apartara de la obediencia y potestad de la congregación, y otros se aferraban en mantener las prerrogativas de ésta. Cada una de las partes llegó a gastar grandes sumas en defensa de sus pretensiones. Al principio, el abad Güell, con el ex abad Cuyás, parece que eran contrarios al Patronato real; pero más tarde, porque debía convenirles a sus intereses, cambiaron radicalmente de modo de pensar y se afiliaron al bando contrario.

A tal punto llegarían los disturbios, que se hizo necesaria la intervención judicial, la de la Real Cámara y hasta los mozos de la escuadra. A tal extremo llegaría la cosa, decimos, que

en octubre de 1780, el baile de la Esplugu califica de *Colegio de cismáticos* al Monasterio. En estos términos escribe el mencionado baile D. Francisco Roig, al dar cuenta de los sucesos que se desarrollan en Poblet : «*Esplugu de Francolí; Octubre 2 de 1780. — Carísimo Hermano : Insiguiendo las oposiciones tocantes a los Monges del Rl. Monesterio de Poblet : se allan en la presente ocasion en un estado Indeploable, pues no parese Cassa de Religion : sigue un Colegio de sismatichs : pues de sus doctrinas solamente seporia sacar (ano ser la ajuda de Dios) una total Arruina a Nuestra Religion Catolica;*

Las oposiciones van fundadas; que el Padre Maestro Cuyas; junto con el Padre Maestro Guell gastaron grandes sumas en defensa enque el Monesterio de Poblet fuese de Patronato Rl. y aora ellos mesmos son los autores para que el Rey los protigi dandose a su patronato y quitar esta llibertat; y Possesorio ala Congregacion o asu Monesterio.

Supuesto esto el Correo passado le escrivi quanto avia passado asta en aquel dia aoy asse hocho dias.

Aquel dia despues que hisieron la Entrada a Su Illma. Aviendo puesto al Padre Maestro Ferrer Prior; de orden de la Camara; dando la Comision a su Illma. sin que le uviese de comunicar a la Sala; Antes bien la Camara passó una orden ala Sala; porque no se metiesen en cosa ninguna en dependencias del Monesterio de Poblet; y que fuessen Remitidos Todos los autos en la forma que se encuentran ala Camara.

Y con todo antes de caer el lunes Comperrecio un Cavo delas Esquadras de Valls con 16 Mossos; y se apoderaron de Casa Cabeça quien avia tomado todos los autos e Inventarios Conducentes ala Comision de su Illma.

Esto jué a Media Noche; y alas 4 dela Mañana fuy ala Plassa y Vi aquella demostrasion; me retire; y Tome la Vara y me arrime auno delos Criados y le dixe quien sirves y me respondi a D. Felipe Veciana y le dixe pues dile que se presente antemi; y me respondi que entrara dentro de Casa Cabeça que lo encontraria, y entrando; Sali el Cabo; y le dixe queyo era el Bayle; que se me avia de dar parte; y que avian de notificarme la orden; y entonces me retiro aparte y me dixe que tenia muchissima de rason y que supuesto

servia al Rey estimaria fuesse con dos ombres al camino de Poblet para detener qualquiera persona que fuera con traje de aldeian; pues así lo Manda un Juez de la Audiencia que llegara aoy de ora; y media, llegue el Jues, Dn. Felipe, Alguasil, y Escrivano, y se apoderaron delas Escrituras quel Dr. Cabeça tome en Poblet.

Quando a las 4 de la tarde se fue a Poblet saque de Prior a Maestro Ferrer; y bolvio otra ves a Caraleo. BAMOS A LABAD GUELL.

Este se fue antes de tomar la Possion Ferrer y una ves que Mestre la tuve tomaron los Inventarios en las Cassas de Guell y Segretaria, y no le agorelacion delo que se li encontré de alajas; y Papeles que creo les da los Mayores Cuydados : Solose; pero mas vale losepa por otros queno por mi. el casso aora esta con la audien- cia; y Camara; Cada correo abra Papel nuevo.

*Mas fuertes seran las notisias al otro correo que no en este pues la malicia va creciendo, así como cresse la buena voluntat que os profesa este Hermano. — Francisco Roig.»**

Tocaba a su término el abadiato de Güell, cuando una porción de monjes llamados *reformistas*, a cuyo frente figuraban fray Joaquín Casanovas y fray Antonio Mas, de Poblet, los hermanos fray Juan y fray José Font, benitos de San Felfo de Guíxols, y mosén Jaime Puig, cura de Vich, patrocinaron una reforma de estatutos de las congregaciones monásticas de Cataluña. Reforma radical que transformaba en absoluto la manera de ser y de regirse los antiguos Monasterios. Con el fin de hacer propaganda de sus ideales y de que el rey aprobara los estatutos por ellos redactados, los mencionados padres salieron y permanecieron, sin permiso del abad, largo tiempo ausentes del Monasterio. El abad Güell mandó formarles proceso y los expulsó del convento.

Largos fueron aquellos litigios, hasta que, en 10 de septiembre de 1781, el conde de Vellellano comunicó a Poblet que la Cámara había resuelto que *«se declare que el Monasterio de Poblet es de Real efectivo Patronato de la Corona y se ejecute»*, y en

* Documento de nuestra colección. Lástima que no hemos podido hallar las otras cartas a que ésta hace referencia, que nos hubieran aclarado completamente este embrollado asunto.

otra comunicación de la misma fecha notificó al prior-presidente de Poblet, fray Francisco Ferrer, que «la Cámara por decreto de 18 de julio, acordó que se pusiera a la Real Noticia de S. M. que el Convento de Poblet procediese por votos secretos a proponer tres monges para Abad de el y que fuesen de los mas dignos, de probada cordura y prudencia, remitiendo a la Cámara la terna para por mi mano pasándola a la de S. M. nombrase al que fuese mas de su Real agrado».

Tampoco llegaron a un acuerdo, a pesar de esta orden, y la Abadía estuvo vacante hasta 1784, que fué elegido abad 93, 39 cuadrienal, D. José Salvadó, cuya primera medida fué lograr el perdón de los dos frailes castigados por el abad Güell. Dos años tan sólo empuñó el báculo el abad Salvadó. Continuaban las rencillas entre los monjes, y los altercados eran continuos, sin que fuera posible un acuerdo para nombrar sucesor, por lo que Carlos III, de Real orden, nombró abad 94, 40 cuadrienal, a D. Agustín Vázquez de Varela, monje castellano de un Monasterio de Valladolid. Uno de los primeros desaciertos del nuevo abad forastero fué que con la excusa de que no había estado nunca en Cataluña, no entendía su lengua, quería que en todos los actos se empleara la lengua castellana. Unánimemente protestaron de esta pretensión los monjes populetanos, y alguno de ellos se negó a cumplimentarla.

Quisquilloso y amigo de querellas debía ser el abad Vázquez cuando hasta con el arzobispo de Tarragona, el gran Armañá, tuvo sus altercados sobre la ordenación de monjes.

En virtud de la venta de unos censos hecha por el abad Güell, recibió Vázquez de Varela un requerimiento para que hiciera efectivas sus pensiones, a lo que respondió este abad, con fecha 23 de marzo de 1787, lo siguiente : «Muy Sr. mío : Enterado del contenido de la estimada carta de usted de 17 del corriente, debo decirle confidencialmente, y con la correspondiente reserva, que habiéndome plenamente informado de la correspondencia notable y trato continuado por muchos años del difunto P. Maestro Güell con la señora Ignacia Torrent, y de lo mucho que defraudaron a este Real Monasterio, con este motivo, y constándome, asimismo, de la responsabilidad y obligación en

justicia de dicha señora a satisfacer el principal y réditos del censal que tomó a su cargo a favor de la obra pía fundada por los señores duques de Segorbe y de Cardona, de lo que ni esta general comunidad ni yo podemos exonerarla, es preciso que procure cuanto antes le sea posible cumplir con esa pensión, sin dar lugar a recursos y providencias que podrán serle más gravosas y sensibles para todos, que es cuanto se ofrece decir en el asunto su atto. servidor que B. L. M. de V.»

Esta letra viene a corroborar lo que decimos de la venta y traspaso de bienes del Monasterio por parte del abad Güell. Carecemos de noticias de cómo se resolvió este asunto, pero con los malos vientos que soplaban para Poblet, a buen seguro que lo perdió el Monasterio.

Cuando la Asamblea nacional francesa decretó la supresión de las Ordenes monásticas, los trapenses se dispersaron, dirigiéndose unos, que llevaban consigo los restos del gran reformador de la Orden, Armando Rancé, a una cartuja llamada Valle Santo, cerca de la ciudad de Grúyeres, en el cantón de Friburgo, en Suiza; otros se fueron a Alemania y se establecieron en ella. Cosme III, el gran duque de Toscana, cedió a diez y ocho trapenses la Abadía Buon Solasso, cerca de Florencia. Otros, que se proponían pasar al Canadá, se quedaron en Inglaterra, hospedándose en Lalworthdh Castle. Unos cuantos fundaron un nuevo convento de la Trapa en las salvajes riberas del Missisipí; otros pocos se establecían en medio de los arenales que se extienden entre Anvers y Turnhout, y el resto de la comunidad se dirigió a España, buscando hospitalidad en el Monasterio de Poblet, en donde se les abrieron las puertas y estuvieron recogidos mientras duraron las negociaciones para instalarse definitivamente en la granja de Santa Susana, distante unos tres cuartos de hora de Maella, diócesis de Zaragoza, por cesión del Monasterio de Escarpe y de su congregación de la Orden del Císter, como el de Poblet, del que aquél era hijo.

Obtuvieron autorización con cédula real, firmada en 2 de noviembre de 1795, permaneciendo, no obstante, en Poblet hasta el día 4 de enero de 1796, que salieron presididos por su abad, primero en España, D. Jerónimo de Alcántara, para poseionares

de su nueva residencia, a donde llegaron el día 12 del propio mes, fecha de la fundación en nuestro país del convento de Nuestra Señora de la Trapa.

Los Monjes de la Trapa expulsados de Francia en Poblet

Dos comisionados de los trapenses expulsados de Francia estuvieron en Poblet para lograr del abad, que lo era entonces fray Vázquez de Varela, autorización debida para que un número determinado de ellos pudieran residir en el Monasterio ínterin encontraran sitio adecuado para instalarse. Acogidos benévolamente, tanto por el abad como por toda la comunidad, a últimos de marzo llegaron los expatriados a Poblet. Fueron en seguida acompañados a la Iglesia, donde oraron largo rato, y luego pasaron a las habitaciones o recinto que se les había preparado, compuesto de una gran sala con camas, con tablas sólo, sin jergones, que tenía inmediatos una capilla, un cuarto para Sala capitular, otro para refectorio, otro para trabajar, con una gran galería, y otro que servía de locutorio y estudio para el superior. Tenían, también, una cocina y un huerto con abundante agua, en fin, cuanto podían desear; establecidos como en un Monasterio. (Este sitio era la bolsería del Monasterio.)

En los primeros días se ocuparon en remendar sus hábitos, que estaban rotos y viejos, y apenas tenían con qué mudarse. Después se hicieron otros nuevos, y en breves días se hallaron sin ocupación. No permitió la comunidad de Poblet que fueran a leñar al bosque, como era su deseo, ni trabajar los campos, y no teniendo en qué ocuparse, les destinó la obediencia a conducir de un sitio a otro un montón de piedras y cascos y restituirlos luego a su primitivo lugar.

Después de una visita practicada al poco tiempo por el vicario general de la congregación, y en vista de su recta conducta

y manera de vivir, se determinó entablar negociaciones con el Monasterio de Escarpe, que tenía una granja o priorato llamado de Santa Susana, inmediato a Maella y Fabara, que parecía apropiado al mencionado objeto. El Monasterio de Escarpe recibió con agrado la proposición, y cedió la granja.

Seguidos de una porción de trámites con la Real Cámara, el rey y las autoridades eclesiásticas pudieron, en 1796, posesionarse de su nueva residencia y establecerse en España, señalando el día 4 de enero de aquel año para el traslado.

La víspera fueron todos los trapenses a despedirse del abad y comunidad de Poblet, dándoles las gracias por el generoso y caritativo hospedaje que para tan largo tiempo les habían concedido.

El día 4, después de la despedida y celebradas misas, fueron en procesión hasta la puerta de la Iglesia, donde recibieron las reliquias de san Bernardó de Claraval, que habían ellos mismos traído, y que les fueron entregadas por la comunidad de Poblet después de celebrada misa de pontifical, despidiendo a los trapenses cantando el *Tedéum* y al son del órgano y repique de campanas.

En posesión de las reliquias, y después de haber recibido la bendición del abad populetano, salieron los trapenses procesionalmente con cruz alzada cantando el *Tedéum*. Al llegar a la ermita de los Torrentes cantaron una salve, y luego continuaron en la misma forma, con cantos y rezos, el camino con dirección a su nueva morada.

Durante la revolución francesa se acogieron en Cataluña in finidad de franceses, especialmente nobles y religiosos de todas clases y categorías, que huían de la terrible persecución de su país. Sólo en el mes de septiembre de 1792 entraron por Puigcerdá ochocientos ochenta y dos sacerdotes, número mucho más crecido que en los meses de junio, julio y agosto, que habían pasado la frontera por el mismo sitio ciento setenta religiosos. Por todas las poblaciones fronterizas pasaban gran número de emigrados, que encontraron franca hospitalidad en los conventos y casas religiosas de Cataluña y resto de España. Montserrat y Poblet recibieron in finidad de fugitivos de la persecución francesa.

Vió el abad Vázquez de Varela premiados sus sacrificios y su obediencia real con el nombramiento de obispo de Solsona. Fué consagrado en Poblet el día 10 de noviembre de 1793, por el arzobispo de Tarragona, asistido por los obispos de la Seo de Urgel y el de Tortosa, y le apadrinó D. Antonio Venero, en representación del duque de Medinaceli. Poco tiempo pudo gozar el Obispado, pues murió el 11 de febrero de 1794, a los setenta y un años de edad.

Al cesar el abad Vázquez, ocupó la vacante, también por Real orden, *D. Pedro Sererols, abad 95, 41 cuadrienal*, natural de Reus, que había vestido el hábito de novicio en febrero de 1749, y hecho profesión solemne el 31 de marzo del año siguiente; estudió en la Universidad de Cervera, por haberse suprimido el Colegio que el Monasterio tenía en Lérida, distinguiéndose siempre por su seriedad, asiduidad y constancia en el trabajo, tanto, que poco después de terminados sus estudios, era designado ya (1764) para ocupar el importante cargo de mayoral y presidente mayor del Priorato de San Vicente, de Valencia, cargo que el abad le encomendó con el fin de que pusiera coto y acabara las interminables cuestiones suscitadas por la mala administración de las rentas del Priorato, la peor conducta de sus habitantes, los descuidos del culto y el asilo de malhechores, que se acogían en la Iglesia.

No llevarían, a buen seguro, muy correcta conducta los ocho monjes que residían en el Priorato con sus cinco donados destinados a los quehaceres de la cocina, refectorio, sacristía, iglesia y portería, como tampoco sería muy ejemplar la de los dos que ejercían los cargos de vicarios en las parroquias de Aldaya y Cuarte, dependientes, también, de Poblet, cuando el nuevo prior tuvo necesidad de presentar a su superior el abad de Poblet unas nuevas ordinaciones que fueron aprobadas, en 4 de octubre del mismo año 1764, por José Baldrich, abad del Monasterio populetano.

El señor Toda, que guarda en su notable biblioteca estas ordinaciones, nos dice, en un trabajo publicado en octubre de 1926, que revelan claramente el estado de la casa valenciana, y para demostrar el espíritu de orden del monje reusense,

autor de las mismas, publica los capítulos más importantes de él. Dicen así, traducidas al castellano, de lengua catalana en que está escrito el artículo del señor Toda : «Empiezan por tratar de los servicios religiosos de la Iglesia. Debe rezarse en el Coro, todos los días, el oficio canónico, el parvo de María o el de difuntos, según rúbrica, con pausa, gravedad y devoción, ordenando que monje alguno pueda ser dispensado de esta obligación. Dos veces por semana deben éstos juntarse en conferencia de teología moral, que durará una hora. Tampoco se les dispensará de celebrar misa diaria.»

Sigue tratando de la conducta de los monjes. «No podrán salir de casa sin licencia del presidente mayor, y esta licencia no podrá ser dada nunca por la mañana. No deberán tener conversaciones en el portal, ni en la calle de San Vicente, ni estar allí bajo pretexto de tomar el sol o el fresco.

Se prohíbe en absoluto que los monjes vayan a las corridas de toros ni a las comedias públicas, por ser eso, dice, indecente para el estado monástico. Bajo ningún concepto podrán pasar la noche fuera del Priorato, debiendo hallarse recogidos al toque de oración.

Da serias disposiciones sobre el vestido y calzado de los monjes, que parece había caído en costumbres abusivas. Deberán vestir y calzar todos con la decencia del estado monacal y conforme a la santa pobreza que profesaron. No usarán en su cuerpo nada de seda, plata u oro, sólo se permitirán vestidos de lana lisa y sin muestras. Sabiéndose que se habían introducido colores en las ropas interiores, se manda que sólo se puedan usar calzoncillos, medias, pantalones y mangas blancas, debiendo ser castigado con todo rigor el que falte a esta regla. No podrán usar tacones de madera en los zapatos; llevarán manteo cuando salgan del Priorato, y andarán con compostura, no descubriendo los brazos : en casa vestirán siempre la túnica y el escapulario, pues no está decente que puedan ser vistos desde fuera en mangas de camisa.

Cuando salgan a paseo no entrarán en ninguna casa seglar donde viva alguna persona sospechosa y de mala fama, y menos aún deberán tener conversación con ella. En las casas de bue-

na reputación podrán entretenerse con juegos que no sean prohibidos y no desdigan de su pobreza religiosa. Sólo jugarán con personas de calidad, y nunca con criados, tanto de la casa como de fuera de ella.

Irán todos al refectorio para comer y beber como manda la regla. A ningún monje, presente o ausente, se le podrá, bajo ningún pretexto, abonar en dinero el precio de su ración. Los sobrantes de mesa irán a la sopa que el monje de semana del Priorato reparte a los pobres.

Las demás disposiciones de estas reglas se refieren a las funciones de las autoridades del Priorato, que eran los padres sacristán, dispensero, procurador y presidente mayor, así como a los vicarios de Cuarte y Aldaya. Todas ellas recomiendan el principio de buena administración.

Estas constituciones fueron confirmadas doce años más tarde por el abad Güell, añadiendo que los monjes de San Vicente debían hacer todos los años diez días de ejercicios espirituales, y que al salir a la calle debían ir siempre por parejas.»

Cuando su antecesor fué nombrado obispo de Solsona, el Gobierno de Madrid pidió al vicario general de la congregación aragonesa del Císter que presentara una terna de monjes de Poblet para elegir de entre ellos al que debía ejercer el cargo de abad. Los ministros reales escogieron al P. Pedro Sererols, al que conocían personalmente por residir en aquel tiempo en Madrid, en donde representaba los intereses del Monasterio.

En 12 de marzo de 1794, el rey Carlos IV firmó el nombramiento, y muy atareado debía andar por Madrid el nuevo abad de Real orden, que no le fué posible venir a Poblet a posesionarse personalmente del cargo, nombrando para que en su nombre lo hiciera con toda clase de poderes al ex abad P. Agustín Oliva.

Con las ceremonias acostumbradas, se posesionó el P. Oliva de la Abadía el día 3 de abril de 1794, ante el notario de Montblanch D. Salvador Alba y Molins, y de los testigos José Rubio, carpintero de la Espluga de Francolí, y Andrés Massaguer, de Pont de Armentera, y cumpliendo el encargo que en los mismos poderes se le hacía, nombró inmediatamente prior claustral y pre-

sidente interino del Real Monasterio al R. P. D. Pedro Morató, en atención a su religiosidad, literatura, inteligencia y buenas circunstancias que le asisten, como decía el documento.

Toda, en el artículo a que nos hemos referido anteriormente, explica con toda clase de detalles la ceremonia de la toma de posesión, y da cuenta de todas las personas que en ella tomaron parte. Es un trabajo sumamente curioso y documentado, digno de ser conocido.

En el mes de agosto se hallaba ya el abad Sererols en Poblet, y por cierto enfrente de un grave conflicto con su comunidad.

El 24 de agosto (1794), el abad de Leyre, fray Gregorio Alvarez, vicario general de la congregación del Císter, después de una detenida visita en Poblet, en vista de la relajación de la Orden, sobre todo en lo tocante a disciplina, que observó en el Monasterio, dictó radicales reformas, suprimiendo viejas costumbres, prohibió que los monjes jugaran a el *resto*, *banca*, *suerte* ni otros semejantes, bajo pena de excomunión mayor y privación de voz activa y pasiva, creando nuevas obligaciones, encaminadas, sobre todo, a atajar y destruir la indisciplina reinante desde largo tiempo en el cenobio. No fueron las nuevas normas dictadas por el visitador del agrado de la mayoría de los monjes pobletanos, y cuando el abad, al objeto de implantarlas, las leyó a la comunidad en la Sala capitular, vió, con el estupor propio del caso, que el ex abad P. Agustín Oliva y el P. José Sabater, que más tarde ocupó, también, la Abadía, en nombre de veintiocho monjes, protestaban de las nuevas reglas y declaraban sin ninguna clase de ambages que no tenían intención de sujetarse a otras obligaciones que aquellas propias de la profesión monacal, según las leyes de la Orden y los usos y costumbres practicados desde tiempos inmemoriales en Poblet. Otros dos monjes puntualizaron su oposición a determinados acuerdos del acta, y solamente el abad Sererols, con siete monjes, admitieron la visita sin protesta. Ante tal actitud, el visitador, que se hallaba todavía en el Monasterio, dijo que *las admitía en lo devolutivo, pero no en lo suspensivo*, argucia casuística, dice Toda, para mal disimular que sus disposiciones quedarían incumplidas.

Quebrantada quedó con esto la autoridad del abad, y para sostenerse tenía que hacer continuas concesiones a la comunidad, entre ellas es notable una que venía a sancionar una corrupción que las antiguas constituciones de la Orden habían prohibido siempre, o sea el dar a los monjes el valor del vestuario en dinero. En el Capítulo, celebrado el día 26 de enero de 1795, firmada por veintitrés monjes, se presentó una exposición pidiendo, humildemente, sí, pero sin paliativo de ninguna clase, el aumento de la asignación anual para vestuario, *atendiendo el subidísimo precio de todos los géneros y manufacturas de que deben surtirse los suplicantes.*

Estudió el abad el caso, y en 6 de mayo siguiente dió este decreto : «Atendiendo su señoría a lo justo de lo que se solicita en esta súplica, y compadeciéndose, como padre amoroso, de las necesidades de sus hijos, ha venido en aumentar el subsidio del vestuario a los monjes de 42 libras catalanas que antes disfrutaban, hasta 75, y a los conversos, de 24 hasta 40.»

El día 20 de octubre de 1794, en el Aula capitular vistió el hábito de novicio a Jaime Morató, de Moyá; a Francisco Prats, de Tarragona; a Ignacio Jordana, de Ripoll; a Ramón Bertrán, de Catllar; a José Macaya, de Reus; a José Pallarés, de Puig-delfi; a Pedro Aragonés, de Dos-Aguas; a Pablo Vergonyós, de Anglesola; a Antonio Camí, de Albi, y a Sebastián Gatell, de Vallmoll, de triste memoria este último, por haber sido el que, por miedo insuperable, autorizó, en 1835, ejerciendo el cargo de prior-presidente, después de haber sido abad, el abandono del cenobio, por cuya causa vino la destrucción y ruina total de nuestro Monasterio. Todos estos novicios hicieron votos solemnes en la Iglesia mayor el domingo, 25 de octubre del año siguiente (1795).

Ya hemos visto que Sererols, a pesar de ser hombre enérgico y de tesón, como demostró en el Priorato de Valencia, no tuvo más remedio que capitular y contemporizar con los monjes rebeldes siendo abad de Poblet. Si éste no pudo reducir la rebeldía ni apaciguar los exaltados ánimos de los bandos que existían en la monjía, mucho menos había de lograrlo el *abad 96, 42 cuadrienal, D. José Sabater*, que era de ánimo apocado y falto

de carácter para atajar la entrada de los aires liberales que la revolución francesa irradiaba hasta los lugares más recónditos.

Los trapenses que habían morado en Poblet pidieron al abad de este Monasterio que les admitiera como hermanos y se hicieran ambos partícipes de los sufragios que de obligación y estilo debían practicarse en cada uno de los Monasterios con quienes tenía Poblet hermandad. El abad Sabater reunió, el día 8 de junio de 1798, a toda la comunidad en la Sala capitular, para darles cuenta de la petición de los de Santa Susana, y después de deliberar, se aprobó la proposición por todos los monjes, *nemine discrepante*. Acordándose las misas Psalterios y oraciones que debían rezarse para cada monje difunto del Monasterio hermano.

Al aproximarse la época de la formación de la terna para la elección de nuevo abad para el cuatrienio siguiente, recrudesció entre los bandos beligerantes la ruda campaña, cuajada de odios, intrigas y delaciones, para la conquista de la deseada prebenda. Así, en agosto de 1800, vemos al prior Juan Bautista Oller, acompañado de fray Vicente Alegre, bolsero, de fray Francisco Elías, secretario, y fray Cosme Valls, subbolsero, mandar una exposición al rey protestando de los manejos de los PP. Antonio Mas, Jaime Pamies y Joaquín Casanovas, para ser incluidos en la terna para la próxima Abadía, exponiendo que el primero y tercero fueron los autores de las ruidosas contiendas que tanto dieron que hacer a la Cámara en los años 1780 y siguientes, poniéndola en la precisión de enviar por prelado a un monje de la congregación de Castilla y en la de pasar a desterrarlos del Monasterio, y aunque pasado algún tiempo usó con ellos la Cámara la misericordia de levantarles el destierro, fué con la calidad de que quedasen apercebidos para lo sucesivo. Dicen que no creen que ninguno de ellos puede ejercer con tranquilidad la prelatu- ra, y Pamies, por estar entregado a la voluntad de los otros dos. Por lo tanto, le suplican que mande hacer otra terna en personas beneméritas que sean sin tacha e irreprehensibles.

Por otra parte, al enterarse de esta exposición el subprior fray Antonio Montagut, el presidente mayor fray Esteban Torell, y el resto de la comunidad, mandaron otro escrito, firma-

do por todos, en el que exponen que los anteriores no tienen más representación que la suya, y que quieren reproducir las desavenencias pasadas, y que los individuos que forman la terna son beneméritos y dignos de este empleo y de la confianza y satisfacción de la comunidad por su virtud, instrucción, prudencia, espíritu religioso y demás cualidades propias de un digno prelado. Añaden que el P. Mas es el que da a la comunidad el primer ejemplo de todas las virtudes religiosas al par que la ilustra con su ciencia.

Ganaron éstos la partida, y fué nombrado *D. Antonio Mas, abad 97, 43 cuadrienal*. Por sus ideas reformistas, defendidas con tanto brío, que ya hemos visto que le valieron la expulsión del Monasterio, parecía que al llegar a la más alta jerarquía había de poner en práctica alguna de sus geniales ideas, pero no hallamos documento alguno, ni noticia la más insignificante de su gestión. Ninguna obra, ninguna mejora, nada, en fin, dejó este abad, después del ruido metido, digno de ser anotado.

Otro de los reformistas vino a ocupar la dignidad abacial, con el número *98, 44 cuadrienal, D. Joaquín Casanovas*. Puede contar a su favor este abad la clasificación y ordenación, hecha por su orden, de los libros de las bibliotecas de D. Pedro A. de Aragón y de los monjes. Aficionado a las letras, pasaba más tiempo en el estudio que en el cuidado del convento. En su época, escribió el P. Francisco Elías una *Recopilació* de todos los hechos principales de la comunidad de Poblet, y el sacristán mayor, fray José Sentís, anotó un *Resum breu de algunes obligacions mes principals del Pare Sagristá Major*. Manuscrito curioso, que, gracias a la galantería de su poseedor actual, D. Eduardo Toda, hemos podido estudiar y sacar de él interesantes notas que damos en este libro, y otras que irán insertadas en el de *Curiosidades de Poblet*.

La guerra con los franceses cogió de lleno las postrimerías del abadiato de Casanovas, y en ellas tuvo tiempo sobrado ya de probar las amarguras de aquella insensata lucha.

Dos años se retrasó la elección de nuevo abad, por no permitirlo el estado del territorio, ocupado, unas veces, por los invasores, y otras, recuperado por las valerosas tropas catalanas.

Es de notar que en este tiempo, el abad y la mayoría de sus monjes se hacían partidarios y agasajaban alternativamente a unos o a otros de los contendientes, según eran los que dominaban el terreno. Esta actitud, ningún beneficio reportaba al Monasterio, pues no fiándose los jefes de los bandos de la lealtad del convento, tan sólo procuraban sacar de él el mejor partido posible. Por ello el prior presidente mandó esconder todo cuanto de valor atesoraba el Monasterio, en previsión de que, a su vista, no excitara la codicia de los invasores y lo hicieran objeto de su rapiña.

El día 6 de abril de 1809 entraron los franceses en Prades, en número de ciento cincuenta de infantería y cinco de caballería, y después de haber saqueado por espacio de dos horas, se retiraron a Montblanch, y en la fuente de Narola, sita en el bosque de Poblet, les acometió el Somatén de Vimbodí y otros pueblos comarcanos, y les mataron seis o siete soldados y les hirieron dos o tres, persiguiéndoles hasta más allá de la Esplugá.

Sin duda que el furor que observaron los franceses en los pueblos de la comarca de Poblet les obligó a retirarse presto de aquellas cercanías, con lo que no causaron daños de consideración en los mismos ni en el famoso Monasterio. Los monjes (a excepción de uno), al llegar el general Mazzuchelli huyeron del cenobio, escondiéndose en el bosque, y como se hallaban en observación, volvieron al convento tan pronto como vieron que aquél lo abandonaba. Reinstalados en su casa, acabaron de esconder lo que no podía trasladarse por su gran volumen a Mallorca.

Quedaron escondidos y bien custodiados en los inmensos escondrijos de aquel vasto Monasterio todas las cajitas de ébano de las reliquias del famoso Santuario. Estaban igualmente escondidos los treinta preciosos armarios de la misma madera, cerrados con finísimos cristales, llenos de escogidos libros, encuadernados todos en tafílete.*

Luego que el guardián y comunidad de los franciscos, de Montblanch, supieron la violencia que padecía el Monasterio de Poblet, enviaron un expreso al señor abad convidando a él y a cuantos monjes quisieran a que se retiraran a su convento, en

* *Barcelona cautiva*, t. III, Raimundo Ferrer. Barcelona, 1816.

donde serían recibidos con el mayor afecto y se les asistiría por todos los medios de que fuese capaz la pobreza franciscana.¹

A principios del mes de mayo de 1809, la Junta superior del Principado de Cataluña estableció su residencia en el Monasterio de Poblet,² por haber ocupado los franceses el Panadés y el campo de Tarragona y haber extendido sus fuerzas por Fraga, Alcañiz y Caspe. Aquí recibió dicha Junta la noticia del nombramiento de D. Joaquín Blake para el mando interino del ejército y Principado de Cataluña.

En este Monasterio, a principios del mes de junio, celebró aquella Junta una entrevista con el general en jefe marqués de Coupigni, y en ella se acordó que, con parte de las tropas que tenía en Aragón y la gente disponible que había en el Principado, se corriese al auxilio de la heroica ciudad de Gerona, sitiada y seriamente amenazada por el enemigo, acuerdo cuyo cumplimiento no sabemos por qué motivos fué dilatando el general en jefe, hasta que S. M., por Real decreto de 23 de agosto, mandó que, a costa de cualquier sacrificio, y por cuantos medios fuesen posibles e imaginables, aunque fuese preciso levantar en masa todo el Principado, corriese el ejército a librar a Gerona del peligro que le amenazaba.

En Poblet permaneció la Junta hasta el día 24 de octubre, que se trasladó a Manresa para estar más cerca de Gerona, cuya defensa, así como las demás atenciones del ejército, necesitaban en primer término sus cuidados.³

Protegido por el duque de Castiglione, en las postrimerías del año 1810, fué elegido *abad 99, 45 cuatrienal*, D. José Barba. ¡Cuántas noches en vela, cuán largos le parecerían los días, cuántas amargas tuvo que gustar, por poco amor que tuviera a las cosas del Monasterio, durante su prelatura, el abad Barba, al ver que todo el mundo tenía derecho a expoliar lo mejor y de más valor del rico tesoro que se guardaba en las vitrinas y armarios de las Sacristías y en el Palacio! Unas veces era Reding que se apoderaba de la mitad de las alhajas y ornamentos

1. Fray Francisco Aragonés, *Los frailes franciscos de Cataluña*, págs. 93 y 94.
2. Manifiesto de la Junta superior del Principado de Cataluña, pág. 43.
3. Idem, pág. 55.

de oro y plata, y otras con la excusa de acuñar moneda para la defensa nacional, Campoverde requisaba la otra mitad, excepto los vasos sagrados precisos para el culto.

Por el temor de que les desbalijaran por completo, trasladaron a Mallorca todo lo que de más valor atesoraban, y dejaron sólo lo más indispensable para los divinos oficios y usos del convento, como se desprende del inventario que el escribano Juan Sala levantó en agosto de 1811 por orden del regidor y justicia de la Espluga, Alberto Carreras, según instrucciones recibidas del administrador superior de bienes nacionales del corregimiento de Tarragona, D. Domingo Loriget.

Aciago se presentaba para Poblet el siglo XIX. El gran cenobio cisterciense corría a pasos agigantados hacia su ruina. Con estas expoliaciones era cada día más crítica su situación, y si a esto añadimos que después de la caída de Tarragona en poder de los franceses, gran número de sus habitantes y de los pueblos vecinos fueron a refugiarse en Poblet, cuya comunidad les recibió con los brazos abiertos, pero con la congoja de la escasez que iban a sufrir a causa de su estado precario, se comprenderá la penuria que affligía al antes tan opulento Monasterio.

Otro agobio sufrió el abad Barba y el convento al recibir la orden del capitán general de Cataluña, D. Luis Lacy, por la que se les obligaba a mantener el cuerpo de ejército que debía operar por aquellos alrededores, mandado por el barón de Eroles. Poblet era el cuartel general de aquellas tropas.

Cesó en su cargo el abad Barba, y de nuevo quedó vacante la Abadía, por la imposibilidad de celebrar nueva elección.

En 1814 visitó el Monasterio el rey Fernando VII, que había regresado ya de su cautiverio, y Gebhart, al hablar de esta visita en su *Historia de España*, dice que fué muy bien recibido por los monjes, que después, a causa de la crítica situación de aquella casa, le pidieron socorros, y además, que les ayudara para poder celebrar nueva elección de abad, pues hacía más de un año que Poblet se hallaba huérfano de él. El rey Fernando les prometió, cosa que no cumplió, como era costumbre en aquel monarca y en otros muchos, devolverles los privilegios y franquicias que Poblet había disfrutado en los días de su opulencia.

Era el mes de septiembre de 1815 cuando el convento de Poblet designaba para *abad 100, 46 cuadrienal*, a D. Jaime Pamiés, otro de aquellos que formaban parte de la terna del año 1801, que tan discutida fué por parte de la comunidad. Triste época fué ésta, también, para la nación, en la que abundaron las rebeliones, los pronunciamientos y conspiraciones, como si no acabara de pasar bastantes congojas con la invasión francesa.

«Un Gobierno de ira y ceguedad, dice Alcalá Galiano, presidió los destinos de la Nación española. El fanatismo político se alzó triunfante, predicando como doctrina santa el odio, el rencor y la venganza, y hubo muchos apóstoles y propagadores de aquellas ideas de exterminio.» La Hacienda española estaba totalmente descompuesta; el comercio, arruinado; la industria nacional, lastimada por la larga guerra, sin que encontrara protección para rehabilitarse, y el Gobierno no tenía crédito en ninguna parte, «y los manantiales todos de riqueza pública, afirma Balaguer, llegaron a secarse ante las trabas y obstáculos que se oponían a su desarrollo; todo era descrédito, injusticia, deshonra, iniquidad, favoritismo». Añade Cortada que «Fueron dueñas absolutas del poder algunas personas que, apoderándose del espíritu del monarca, lo convirtieron en instrumento de sus caprichos y de sus venganzas. Los Diputados de Cortes, los individuos de la regencia, y los hombres que en calidad de ministros habían dirigido el Estado, fueron puestos a la disposición de comisiones, cuyos jueces les condenaron a presidio o les hicieron sufrir un largo y doloroso encierro. Esta proscripción alcanzó a los hombres de todas clases; no perdonó al genio ni los servicios, y no fueron parte para contenerla ni el respeto que inspira el talento ni el recuerdo de los sacrificios hechos a la gloria y a los intereses de la patria.»

Debido, pues, a tamaño desbarajuste, durante el cual la mayor parte de los súbditos de Poblet se acostumbraron a no rendir cuentas, los administradores del convento tenían gran trabajo para cobrar los censos, arrendamientos y pensiones que les adeudaban los colonos y arrendatarios, y en muchas ocasiones no tuvieron más remedio que condonar las deudas atrasadas, para serles más fácil el cobro de las corrientes, como lo demuestra el adjunto recibo:

7
 Y lo baix firmat, me dono per satisfet delas Nou pensions de
 aquell censal, de pensio sis lliuras annuels, que me presta
 Miquel Odera Pagés dela Espuga de Tramols; delas qual he
 rebüt, trede Duros; y tres peretas en plata, y 1/2 fan
 francs; y Condono for lo demés, dela pensio atrasada,
 usant dela llicensia, que per xpi, me ha donat, lo Molt
 y He señon Abat de Est Monastir, mon Prelat. y aipis;
 quedo pagat fins al dia 13 de Juny, de any Corrent.
 En lo R. Monastir de Poblet a 13 de Juny de 1817.

Dr. Vicent Massonell Abat

En 1818, el abad Pamies modificó, de acuerdo con los monjes trapenses de Santa Susana, un tanto las obligaciones del rezo por los hermanos difuntos, rebajándolas bastante *por otras más análogas a las presentes circunstancias*.

Obligado el estado eclesiástico de España a contribuir con 25 millones a las cargas de la nación, reuniéronse todos los abades y priores de la provincia de Tarragona el día 20 de febrero de 1819, eligiendo al P. Cosme Valls para que formara parte como vocal de la Junta de reparto.

En octubre de 1819 fué nombrado *abad 101, 47 cuadrienal, D. Esteban Torell*, conocido por sus ideas absolutistas.

Con ocasión de los desórdenes ocurridos en toda España por las luchas entabladas entre liberales y absolutistas, la sublevación o pronunciamiento de las Cabezas de San Juan al grito de ¡Viva la Constitución!, dado por Quiroga y Riego en 1820, la pérdida de las Colonias, la entrada de los liberales en el poder y votada la supresión de Monasterios y Ordenes religiosas, fueron desterrados a Poblet quince trapenses, con su abad, del convento de Caspe, y allí vivieron en habitaciones de fuera de la clausura, ocupándose, dice Toda, más del movimiento político que se iniciaba que de sus deberes religiosos.

Suprimido, también, el Monasterio de Poblet, se autorizó, empero, que la comunidad continuara allí reunida con el título de *Monasterio suprimido de Poblet y Casa de reunión de ex monjes Bernardos*. Al suprimirse el Monasterio, continuó al frente de la casa el abad Torell, pero a los efectos de la liquidación de la misma, fueron nombrados interinamente, por el jefe político de Cataluña, administradores fray Odón Bayona y fray Jaime Morató, con el encargo de que formaran el inventario de todos los bienes del convento, pero, ya sea que iban demorando el cumplimiento del encargo recibido, o que la administración de los bienes no iba conforme a los deseos del llamado Crédito público, que daba continuamente órdenes de que los monjes nada tocaran y tuvieran tan sólo los muebles para su uso individual, y de que se mantuvieran de sus pensiones, en febrero de 1821 fué nombrado administrador el comisario subalterno de Tarragona, D. Antonio Basora, que recibió de sus superiores un oficio que

decía : «Según las facultades que le confiere el art. 7.º de la instrucción provisional de 4 de noviembre último, releva de la administración, que les tenía interinamente confiada, de los bienes, rentas y demás pertenencias que fueron del Monasterio de Poblet, a los monjes fray Odón Bayona y fray Jaime Morató, dejándoles solamente el encargo de la formación de inventarios que deben presentar a la mayor brevedad. Previniéndoles con este mismo fin, que menos los documentos que les sean necesarios para la conclusión de estos inventarios, pongan todo lo demás a disposición de V. M., quien espero que en fuerza de su celo por los intereses del Crédito público de la nación, admitirá este encargo, cuidando de que no se entorpezcan el cultivo y conservación de las fincas procedentes de dicho Monasterio, y que se vigile por medio de los guardabosques que sean necesarios de que no se talen ni destruyan los bosques ni los edificios rurales que existen, para lo cual, y en virtud de las instrucciones que están comunicadas a dichos monjes y que V. M. recogerá entre los demás papeles de su administración, dispondrá V. M. reponer los guardabosques, que parece han despedido sin orden alguna para ello, avisándome el número de los que V. M. conceptúe necesarios, al efecto del estipendio más económico que haya de señalárseles para mi aprobación.»

La Administración de Rentas mandó al propio tiempo otro oficio a los monjes, en el que, entre otras cosas, les comunicaba su destitución y que se quedasen «de momento con aquellos libros y documentos que aun necesiten V. R. R. para concluir los inventarios que se les tienen pedidos y que espero me remitirán con toda brevedad, mediante a haber mediado más tiempo del que era necesario para haberlo verificado.»

El 28 de febrero, reconociendo Basora su incompetencia para hacer el inventario que se le confió, en vista de que los monjes no lo acababan con la diligencia que el Crédito público deseaba, mandó una comunicación al jefe superior político de Barcelona, en el que le decía «que podía cometer este encargo al abad de Poblet, que por sí o por monjes que allí residían, se evacúe con menos INCONVENIENTES, POR NO SER (Basora) INTELIGENTE EN PINTURAS Y EN HISTORIA.»

Reserváronse, sin duda, los monjes objetos de valor, a lo

que no se avino el gobernador político superior de Cataluña, por lo que se desprende de la orden conminatoria que dirigió al abad con fecha 30 de marzo de 1821. En ella mandaba «que pusiera a la disposición del comisionado del Crédito público de Tarragona, o a la persona que éste delegase, todos los efectos pertenecientes a la nación, conminándole con *hacer uso de los medios coactivos que la ley concedía a la autoridad*, advirtiéndole que se quede con lo meramente útil a las necesidades privadas y personales de los monjes y al preciso servicio de las oficinas, materialmente de su uso propio dentro de la cerca del Monasterio.»

No bastaban los sobresaltos, disgustos y privaciones con que el Gobierno y sus subordinados obsequiaban a diario a aquella desamparada comunidad, sino que se añadieron los despojos y amenazas de las cuadrillas de salteadores que merodeaban por los alrededores. Una de ellas, compuesta de veinte hombres armados, se presentó en abril a robar en las propiedades del Monasterio, de cuyo hecho se dió cuenta al capitán general de Cataluña y al comandante de las Escuadras de Valls, a pesar de lo cual continuaron los bandidos haciendo de las suyas por todas aquellas encontradas.

El día 3 de mayo se dió la orden de que el abad entregase toda la plata labrada que quedó reservada y obraba en poder del monje mayordomo y no declarada al formar los inventarios primitivos los comisionados del Gobierno. El encargado, decía la orden, recibirá la plata bajo inventario, y se dice a los monjes que ella está destinada a distribuirse entre los monjes a proporción de la cuota de las pensiones de su segundo trimestre, con arreglo a lo que decretaron las Cortes en 7 de noviembre.

No dejaban, los monjes reunidos en Poblet, de celebrar con toda la pompa posible los oficios divinos, y esto aguzó el celo del administrador oficial, que el 8 de mayo comunicó al jefe superior político que creía que en Poblet debía haber un fondo reservado, por cuanto se habían celebrado las fiestas y funciones de Semana Santa *sin que se sepa que ni el abad ni los monjes ni ningún particular haya concurrido a aquella pompa y suntuosidad con que han seguido celebrándose*. Tras de esta comunicación

vino la orden, en 12 de mayo, de que se entregaran todos los cubiertos de plata que tuviera el Monasterio.

De nuevo el 14 de mayo, catorce ladrones asaltaron la granja de Castellfullit, robando todo cuanto en ella había, después de haber dado muerte al aparcerero que cultivaba las tierras. También esta vez quedaron impunes.

Después de tantos vejámenes y de tantas tiranías, acabó el Poder público de consumir su obra con la destitución del abad Torell. De momento, tanto éste como la comunidad protestaron de la intromisión del Poder en las cosas de régimen interior del convento, haciendo llegar su protesta hasta el ministro Argüelles, pero ante las amenazas gubernativas, no tuvieron más remedio que sucumbir, y Torell dejó la prelatura.

Un mes aproximadamente después, el vicario general de Tarragona, sede vacante, D. Manuel Llopis, delegó a fray Manuel Valenciano, monje de Santes Creus, para que presidiera la elección de abad de Poblet, que debía celebrarse el día 11 de junio de 1821. Reunidos en la Sala capitular los monjes, bajo la presidencia del monje antedicho, y de hacer constar algunos de ellos su protesta por ser la forma en que se iba a celebrar la elección contraria a las órdenes y leyes del Císter, se procedió a la elección, depositando todos su papeleta en una urna o vaso que estaba sobre la mesa que presidía el citado delegado y los escrutadores. Verificado el recuento, resultó que el Rdo. P. Barba había reunido veintidós votos de los cuarenta y un votantes, y siendo, por lo mismo, elección canónica formal, quedó elegido *abad 102, 48 cuadrienal, D. José Barba*, que ya lo había sido anteriormente. Obtuvieron catorce votos el ex abad Esteban Torell; un voto fray Esteban Granell, y cuatro votos en blanco.

No por haber cambiado de abad quedó tranquila la comunidad de Poblet; siguieron las requisas de joyas y ornamentos, quedando solamente en poder de los frailes lo que expresa este inventario, que el Crédito público les dejó en depósito para las necesidades del culto.

Monasterio suprimido de Poblet y Casa
de reunion de Es. Monjes Bernabés.

Relacion expuesta de las alajas de oro y plata y piedras q. yo el conde de Urgel
en local de esta Casa de reunion me remite en mi poder de las q. procedentes del
estable Monast. suprimido habia entregado y pertenecian al Arzobispado en virtud del
decreto de las Cortes de 1.^o de Octubre de 1764 las mismas q. dexa en mi poder el
Conde Subd. de Tarazona D. Jose Antonio Barera de orden del Sr. Conde de Aranda
la Provision D.^o Jayme Donquena de fecha 3 de Setiembre y relacion del mismo dia,
cuyo detall por menor es como sigue.

Una rica Custodia de oro de unos dos palmos de alto sobre corto
diferencia guarnecida de diamantes rubies y turquesas en tan
to numero q. no sepa ser en muchas parte el cuerpo ni modo
q. la forma.

Un relicario de plata en ojo tambien de dos palmos i corta dife
rencia de los Santos Gaudios y Candio.

Una de ydros ydros de S. Sebastian.

Otro de ydros ydros de S. Cayetano.

Otro ydros de ydros de S. Pedro Remengol.

Otro ydros ydros de S. Ananias.

Otro ydros ydros de S. Ygnacio.

Otro ydros ydros de S. Helena.

Otro ydros ydros de S. Juan.

Otro ydros ydros con un Cristo.

Unos incensarios de plata.

Para ambas de madera cubiertas de ojos de plata con mangos de
madera.

Una Corona de la Virgen del Altar mayor de ojo de plata con
piedras inferiores segun se dice.

Otra yd^{on} de la Virgen de los Dolores de oja de plata en forma de círculo.

Otra yd^{on} p.^a el S. Christo tambien de oja de plata.

Una Cruz con lignum crucis y otras Reliquias q.^d p.^a su peso se cree es de plata macisa.

Otra yd^{on} grande p.^a las escarificaciones hechas a la moderna q.^d tambien se cree ser de plata macisa segun su peso.

Un sacras de oja de plata con el cuerpo interior de madera

ya

Un sacras de oja de plata.

Una Cruz de un S. Christo de plata macisa con su ycausa de bronce dorado.

Un Palo de tela tejida de plata y oro con varios retenes de plata y oro, con franjas de oro, y doce borlas de lo mismo, q.^d segun su peso se cree debe de bastante estima.

Quatro esguillas de plata con mango de madera

Recibo del deposito de alajar pertenecientes al Credito P.^o y procedente de las q.^d venia este Ministerio estinguido q.^d estaba interinamente a mi cargo p.^a entrega q.^d me hizo el Sr. Abad u. Interino D.^o Esteban Torrell, a esta Superioridad del Sacat, las veinte y dos alajas de la clave y circunstancias q.^d expresa la antecedente relacion, de las q.^d me hago el correspondiente cargo y me las quedo en deposito p.^a servicio de esta Iglesia, las mismas q.^d tendri a disposicion del Credito P.^o p.^a entregárselas siempre q.^d se me esijan, y para q.^d conste en cumplimiento de lo prevenido por la Superioridad, libro este por duplicado a un solo efecto en Poblet a los veis y siete de Mayo de mil ochocientos veinte y tres.

Algunos de los monjes trapenses del Monasterio de Caspe se sublevaron en la plaza del Monasterio al grito de ¡Viva el Rey y la Religión y muera la Constitución! Reunieron un puñado de hombres, a cuyo frente se pusieron Antonio Marañón, fraile trapense; mosén Bautista de Prades,* y un tal Cabessa, de la

* Mosén Bautista de Prades era hijo de unos pequeños propietarios. Le llamaban *Mantellina* porque llevaba una pequeña capa de abrigo con ribetes de terciopelo. Al sublevarse en 1822 reunió una partida de unos cien o ciento cin-

Espluga y se lanzaron al campo, perseguidos de cerca por fuerzas liberales, que les obligaron a traspasar las sierras vecinas e internarse en las Garrigas y Urgel, en donde se juntaron al general Romagosa, sublevado, también, en favor del rey absoluto.

A los pocos días, las fuerzas liberales se llevaron presos al resto de los monjes trapenses que no habían tomado las armas, y fueron luego desterrados a Mallorca. Al entrar en Montblanch la tercera división del ejército de operaciones en 26 de noviembre de 1821, los pocos monjes que había reunidos en Poblet abandonaron el Monasterio.

Por disposición del comisionado de Hacienda de Tarragona se establecieron celadores en el portal de Poblet, mandando cerrar el convento y todas las casas de dentro de la cerca, y fueron trasladadas a Tarragona todas las joyas, ornamentos y útiles del culto. Poco después fué asaltado el cenobio, forzando las puertas principales del templo y cometiendo daños de consideración, por los vecinos de los pueblos de la comarca. Se hizo responsable de lo ocurrido al alcalde de Vimbodí. En esta invasión fueron respetadas las tumbas.

Los libros de la notable biblioteca de D. Pedro A. de Aragón fueron cuidadosamente trasladados a Tarragona, con las alhajas y archivo del Monasterio, en bien dispuestos cajones, conducidos en nueve carros custodiados por una columna, al mando del coronel Lersundi. El traslado costó la suma de 2,243 reales y 3 maravedises.

Las preciosas estanterías de ébano y cristales de Venecia sufrieron en esta época notables desperfectos, y tampoco resultaron ilesas las preciosas reliquias que habían sido escondidas entre la bóveda y la techumbre de la Iglesia. La rapiña continuaba durante este tiempo, no sólo en el Monasterio, sino en el bosque, y a tal atrevimiento llegaban los salteadores, que si

cuenta hombres de Poblet. Antes de internarse en las Garrigas y Urgel hicieron una excursión o correría por el campo de Tarragona, llegando hasta mitad de camino entre Cambrils y Viñols, donde tuvieron un fuego con los milicianos de Montroig y de Reus. Mandaba los milicianos de Montroig un guerrillero venido de la Habana, conocido por *Quicu*, y los voluntarios de Barberá los mandaba el barón de Barberá. Mosén Bautista murió beneficiado de la Espluga.

Notas dadas por el P. Baltasar Sentis, exclaustro de San Francisco de Reus.

los guardas se oponían a sus fechorías, les agredían, y llegaron a quitar la vida a alguno de ellos; bien claramente lo dice Basora oficialmente al jefe de Tarragona al comunicarle que el día 4 de abril de 1822 fué asesinado por gente armada un guarda de Poblet llamado Juan Roig (a) *el Plom, otro de los más valientes de la brigada de Poblet.*

Durante todo aquel año y gran parte del siguiente continuó abandonado o casi abandonado el Monasterio, y era objeto continuo de la voracidad de las gentes poco escrupulosas de la comarca y de otras de lejanos pueblos, que, atraídos por el botín, acudían a saciar sus insanos apetitos de rapiña.

El comisario interino de Montblanch, Jaime Amill, el día 11 de enero de 1823, daba conocimiento por escrito al comisionado subalterno del Crédito público de Tarragona que el día 9 del propio mes, los vecinos de Vimbodí, acompañados de la milicia de aquel pueblo, con armas, entraron en Poblet, cometiendo excesos de consideración en el templo; destruyeron el órgano, robaron verduras del huerto, sillas, cerraduras de los portales y maltrataron de obra al portero, y al día siguiente fué mal herido este mismo empleado, llamado Jaime Font, por mujeres y niños de la Espluga, que, queriendo seguir el mismo rumbo que los de Vimbodí, fueron a robar muebles y trastos.

Eran tantos los salteadores, que llegaron a hacer frente a la tropa, según dice Basora, que vió cómo se transportaban a Vimbodí varias imágenes, ropas de valor, alhajas y las mitras de pontifical, que fueron halladas en un escondrijo.

Había en estos días gran rivalidad entre los pueblos y autoridades de Espluga y Vimbodí sobre jurisdicción de Poblet.

El día 24 de marzo, Basora oficiaba a sus superiores que *«Los malévolos o salteadores pegaron fuego a la Iglesia y convento de Poblet, y que habiendo acudido los destacamentos de Vimbodí y de Montblanch, con otras gentes a apagarlo, no pudieron conseguirlo.»*

En este estado de abandono continuaron las cosas de Poblet hasta que en agosto del propio año 1823, caída la Constitución del 1820, anulada la Ley de 25 de octubre del propio año (por la que se extinguieron las comunidades religiosas y fueron ven-

didos por el Estado todos sus bienes), reinstalados los frailes en Poblet bajo la dirección de *D. Esteban Torell*, repuesto en el cargo de *abad 103, 49 cuadrienal*, dieron principio a las obras de restauración, en las que, por cierto, estuvieron muy lejos de reinar el gusto, el arte y la magnificencia que en otras épocas y reformas habían dominado. Gastáronse en las obras de reparación muy cerca de 100,000 duros, de los que correspondieron 18,000 al arreglo del órgano.

Finido el período revolucionario, fray Jaime Morató, síndico de Poblet, pidió que se hiciera un reconocimiento pericial para apreciar los daños sufridos por el Monasterio durante los tres años anteriores. En abril de 1824, el alcalde mayor de Montblanch nombró a José Altarriba y a Antonio Andreu, albañiles; a José Rubio y José Miquel, carpinteros, y a Juan Estrada y José Panadés, cerrajeros, *para que en los días y horas que más bien les acomode, sin dilatar el hacerlo, satisfechos, empero, de sus correspondientes salarios, se confieran personalmente en dicho Real Monasterio, y puestos allí, vean, miren y reconozcan todo lo violentado, fracturado, destruído y arruinado en los edificios y accesorios que forman e integran el susodicho Real Monasterio, durante los tres años de la exterminada revolución, y mediante juramento, relación hagan en poder del presente tribunal del estado en que se halla el propio Real Monasterio, calculando lo que importará reedificarlo en el ser y estado en que se hallaba antes del atentado cometido.*

Empezó luego la comunidad el trabajo de hacer restituir al convento todo lo que durante el tiempo del abandono había desaparecido, y con gran trabajo y no pocos disgustos lograron que fuera devuelto una pequeñísima parte de lo robado, pues los que lo poseían se negaban a devolverlo, y se tenía que acudir para ello a la justicia.

No lograron, empero, resarcirse del tesoro que al abandonar el Monasterio había hecho esconder en apropiado sitio el abad Torell. Sobre de este hecho, escribe nuestro malogrado amigo canónigo Dr. Barraquer (q. e. p. d.), que el M. I. Sr. Canónigo Dr. D. Benito Vidal y Gimbernat le contó que «El superior, al despedir a sus monjes, dió una cantidad a cada uno, parece si

de unos 40 duros, para atender a su manutención y necesidades. El restante tesoro lo quiso guardar y esconder. A este fin llamó a uno de sus mayordomos o encargados de fincas rústicas, y con él enterraron la cantidad. El aldeano, no por ruin querer, sino movido de vanidad de la completa confianza merecida, explicó el caso a su mujer. Esta, hija de Eva, aguijada de la curiosidad, preguntó por el lugar del soterramiento, logrando saberlo de la boca del hijo de Adán... La mujer soltó la noticia a los oídos de un su hermano. Ignórase después lo que pasó, pero se sabe que el tesoro desapareció.»

En caso de ser verdad esta noticia, opinamos que no debía ser de mucha importancia lo escondido, si tenemos presente que se repartió cierta cantidad a los monjes al salir del Monasterio, y que éste no podía contar con grandes reservas después de los malos tiempos que venía atravesando y de las expoliaciones de que había sido objeto.

El *Rdo. P. Fr. José Queralt* fué elegido, en septiembre de 1826, *abad 104, 50 cuadrienal*. Ocupóse principalmente este abad en continuar la restauración de la casa y haciendas de Poblet. Como él, persiguió con ahinco a los que poseían cosas u objetos que habían sido substraídos del convento, y como él, acudió en más de una ocasión a las autoridades superiores del Principado, logrando alguna vez el apoyo de ellas. En diciembre de 1827 alcanzó que el capitán general de Cataluña, conde de España, mandara por oficio al señor baile del término de Poblet que le devolviera las diez y seis armas que tenía depositadas, y que pertenecían al Monasterio.

En virtud de estos pleitos y el del bosque, en el que había aumentado de una manera desenfrenada la tala del mismo, por la falta de amparo de las autoridades, a ellas tenía que acudir reiteradamente el abad para que pusieran freno a tan escandalosa expoliación, llegada a tal extremo, que una vez «los guardas consiguieron prender treinta y dos leñadores con sus bestias de carga, que fueron llevados al Monasterio, donde los hombres recobraron la libertad, mas no las bestias, decomisadas por el abad para ser vendidas en pública almoneda». (Toda.)

D. Sebastián Gatell, natural de Vallmoll, fué el último abad,

con el número 105, 51 cuadrienal, elegido en el año 1831. Hombre bueno, sí lo era este abad, pero débil de carácter, pusilánime y sin energía alguna para dominar los exaltados ánimos de las dos fracciones o bandos en que se habían dividido los monjes del Monasterio. Carlistas unos y liberales otros, sus luchas eran continuas, y tenían en constante desasosiego al infeliz abad, que no sabía qué partido tomar.

No bastaban estas luchas intestinas, habíanse que añadir las externas. El día 5 de diciembre de 1832 hubo en el bosque una acalorada lucha entre los guardas y muchos vecinos de Vimbodí, de la que resultaron muchos heridos por ambas partes y muerto uno de Vimbodí. El 27 de noviembre de 1833, el alcalde mayor de Montblanch, en vista de los partes del baile de Poblet y de los guardas del bosque, mandó una porción de tropa armada, que hizo retirar a unos cien vecinos de Vimbodí que devastaban el bosque en las inmediaciones del Monasterio. El 4 de diciembre siguiente, el comandante de armas de la Espluga envió los Mozos de la Escuadra, quienes sorprendieron otro grupo, de los que arrestaron ocho o diez, y los condujeron, con sus caballerías y cargas, a la disposición del mismo alcalde. Todo era en vano; envalentonadas aquellas gentes por la impunidad en que quedaban sus fechorías, al día siguiente volvían a las andadas.

El abad Gatell, en un largo y razonado documento, pedía, en 21 de febrero de 1834, amparo al subdelegado de Fomento, dándole cuenta de los vejámenes sufridos por la comunidad y empleados del Monasterio y de los daños causados en el bosque por gentes de Vimbodí. Al mes siguiente (12 de marzo), el baile de Poblet dirigía al mismo subdelegado una denuncia contra el dueño del *Mesón de la Caña*, de Vimbodí, por haber cortado uno de los árboles más corpulentos del bosque, llevándolo arrastrado por cuatro caballerías, que utilizó para hacer lo que vulgarmente se llama una *verga*, para un molino aceitero, y que, a fin de que nadie le estorbara, se hizo acompañar por cuatro hombres armados. A los dos días se le vió conducir en un carro otra pieza igual a la anterior.

Acabó el cuadrienio el P. Gatell, y a causa de la guerra y desórdenes de la comarca, no pudo celebrarse la elección de nuevo

abad, encargándose de la dirección del Monasterio el *prior presidente D. Ramón Bertrán*. Poco, muy poco deseable era en aquella época la jefatura del cenobio populeitano, porque, además de la hostilidad de las gentes de los alrededores, hacía tiempo que a causa de la guerra civil se veían los monjes a menudo asediados, tanto por unos bandos como por otros, amenazados y castigados unas veces por creerles complicados con los carlistas, como sucedió el día de Viernes Santo del año 1835, que «se presentó al Monasterio de Poblet D. N., comandante de Miqueletes, con su compañía, por la mañana, habiendo tomado antes de entrar al Monasterio una libra y media de aguardiente. La comunidad, mirando, no obstante, a este pájaro de mal agüero, continuó sus actos, y cuando el aguardiente empezó a fervorizarle, llamó a la comunidad, que estaba entonces en el Coro, y los ministros, que, según costumbre, cantaban el *Passio* en el presbiterio, continuáronlo solos.

«Teniendo a la comunidad reunida en la sala de la bolsería, empezó a hablar todo aquello que el espíritu de vino le dictaba, y conociendo los monjes el espíritu de su elocuencia, se marcharon unos tras otros al Coro, quedando el Rdo. P. Prior Presidente, el Rmo. P. M. Fr. D. José Queralt, ex vicario general, el R. P. M. Fr. D. José Roca, el R. P. Fr. D. Francisco Camín, lector; el R. P. Fr. D. Francisco Pallerola, síndico, y los conversos fray Antón Serra y fray Francisco Mariné, a quienes dió orden de partir dentro cuatro horas al Monasterio de Rueda, en Aragón, donde fueron desterrados.» (Manuscrito del P. José Riba, en poder de los monjes de Ballbona.) Otras veces eran molestados por los carlistas, que aseguraban que en el convento había una fracción que había tomado la defensa del partido liberal.

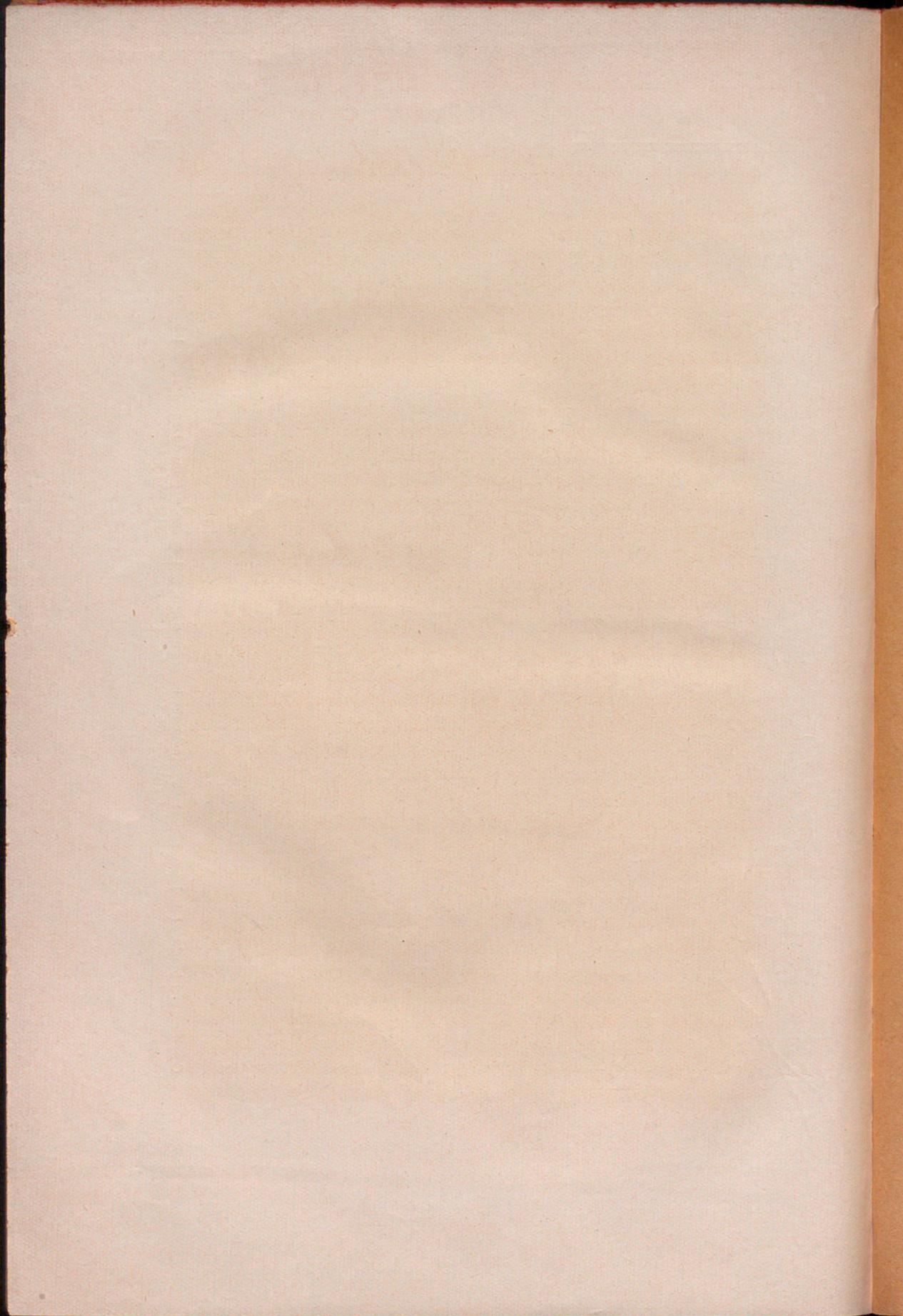
No estaba desprovista de fundamento esta opinión de los carlistas, pues se dió el caso que al llegar al Monasterio a primeros de julio de 1825, una partida de unos seiscientos a setecientos hombres, mandados por el cabecilla conocido por *El Llarch de Copons*, encontraron seria resistencia que ofrecían desde el cimborio en donde se habían hecho fuertes «una docena de monjes mozos, resueltamente apoyados por alguno de los antiguos y

sin por esto abandonar su claustro, insensatamente cubrieron el cerquillo con una gorra de miliciano; ciñeron el blanco hábito con la negra canana; y sus manos destinadas a cálices y disciplinas empuñaron un fusil en defensa de la reina Cristina». (Barraquer). Esta actitud dió lugar a una serie de negociaciones, que terminaron con la rendición de los monjes liberales y la entrega de las armas que poseían los amotinados, así como también para su defensa poseía el Monasterio, y a cambio del perdón exigió *El Llarch de Copons* una crecida suma, que el padre bolsero se vió imposibilitado de aprontar, pero, en vista de la actitud amenazadora del cabecilla carlista, los monjes, reunidos en la Sala capitular, acordaron que se le entregara la cantidad menor que fuese posible. De este acuerdo se levantó acta y se libró, por el secretario de la comunidad, un certificado al padre bolsero. No tenemos noticia de la cantidad que por último se entregó al cabecilla.

Providenció el reverendísimo vicario general, el M. Torregrosa, el nombramiento de *prior presidente*, eligiendo al ex abad *P. Fr. D. Sebastián Gatell*.

Reinando la discordia con los pueblos vecinos, con las luchas intestinas que estaban en su período álgido, debido a las ideas modernas de algunos de sus monjes, las matanzas de religiosos en Madrid el 17 de julio de 1834, en Zaragoza el 3 de abril y 6 de julio de 1835 y en Murcia el 6 de abril del mismo año, y la exaltación de ánimos en todos los ámbitos de la nación con motivo de la incabable guerra civil, nada tiene de extraño que no se disfrutara en Poblet de aquella paz y aquel sosiego necesarios en una casa que sus moradores se dedican a la penitencia, a la oración y al culto divino.

Llegó el malhadado 22 de julio de 1835, día en que en Reus, con preparación meditada, se lanzaron a la calle las turbas, y con loco frenesí hicieron víctimas a los frailes de los descalabros que ha poco había sufrido un destacamento de urbanos de Reus en la ribera del Ebro, al ser sorprendido por los carlistas. En aquella infausta noche cayeron mortalmente heridos y perdieron sus vidas una infinidad de religiosos de San Francisco y Carmelitas descalzos de aquella ciudad, y fueron pasto de las



llamas los edificios de los conventos que los albergaban. El ejemplo fué tomado, y se repitieron tan trágicos sucesos el día 25 en Barcelona y otras poblaciones de Cataluña.

Llegó la noticia a Poblet la tarde del 24, mientras la comunidad cantaba en el Coro los Maitines de San Jaime, por carta que recibió de un propio fray Pedro Carbonell. Acabado el rezo, se reunió la comunidad, y el prior interino, D. Sebastián Gatell (ex abad), que ejercía el mando supremo por haber sido desterrado, como decimos antes, el que lo era en propiedad, D. Ramón Bertrán, expuso la situación y dió las noticias que acababa de recibir de los sucesos de Reus, y tras ligera deliberación, habiéndose apoderado del ánimo de todos el espanto y el terror, acordaron dirigirse aquella misma noche a la Espluga, alojándose en las casas de deudos y amigos, en espera de los acontecimientos.

En un manuscrito que dejó al morir el P. José Riba, fraile que fué de Poblet, cuenta de la siguiente manera esta escena: «... En este estado de tristeza e incertidumbre continuaba la comunidad cuando se supo la catástrofe de Reus... Nuestra comunidad cantaba los Maitines de San Jaime, cuando los parientes y amigos de algunos monjes, turbados, pero solícitos de nuestra salvación, nos dieron el aviso de lo acaecido. Algunos, con caballería y con vestidos de seglar, se presentaron en el Monasterio para salvar a aquéllos. El terror y el espanto se apoderó de la comunidad. ¡Qué triste espectáculo el ver los religiosos alrededor del R. P. M. Fr. D. Sebastián Gatell, prior interino, pedir su beneplácito para salvar sus vidas! Salvad, hijos míos, vuestras vidas... ¡Dios os bendiga y os proteja, que la protección no la tenemos aquí abajo!

Obtenida la bendición, la mayor parte de los monjes se marcharon a dormir a la Espluga de Francolí, en casa de sus amigos,* quienes los recibieron con los brazos abiertos y con lágrimas en los ojos. Algunos, resueltos a sufrir el martirio y ser enterrados entre sus hermanos, como decían, se quedaron en el Monasterio. Por la mañana del día 25, algunos se presentaron

* Estuvieron alojados muchos de ellos en las casas Borrás, Pasaserras, l'Estudiant, Sec del Porta, etc.

a decir misa y rezar las horas en el Coro por ser la última vez. En el Refectorio se sirvió la comida, pero sin orden, y por la mañana del 26 se despidieron ya del Monasterio algunos de los monjes para no volver más. En la Espluga se quedaron la mayor parte, procurándoles aquella caritativa gente vestidos de seglar, y cuidando de su conservación con tanto amor y buena voluntad, que pasando por allí en aquellos días de turbación una columna de tropa y miqueletes y deseando tener el bárbaro placer de asesinar monjes, iban por las calles con dinero en la mano ofreciéndole a quien descubriese alguno de ellos; y ni siquiera los muchachos a ninguno descubrieron. Entonces fué cuando mandó el superior por precepto de santa obediencia que abandonasen el Monasterio los monjes que en él habían quedado.»

Quedaron sólo al cuidado del Monasterio algunos monjes y el subprior D. Antonio Juncosa, el bolsero D. Cosme Valls y el lego fray Juan Domingo.

Al día siguiente, como decimos antes, por invitación del superior, volvieron los frailes a Poblet, y una vez allí, reunidos en la Sala capitular, después de repartirse en calidad de socorro, a cada uno de los frailes, una cantidad en metálico suficiente para la manutención de un año, se dió por disuelta la comunidad, autorizándoseles para ausentarse y dirigirse a donde más segura creyeran su existencia.

Continuaron, no obstante, en el Monasterio los monjes antes mencionados, algunos mozos y el carpintero Miguel Boltó, encargados de salvar todos los efectos de valor que les fuera posible. Fueron retiradas las principales riquezas que poseían y transportadas con carros a la Espluga y a otros pueblos vecinos; los cereales y el aceite fueron vendidos; debido a su poco precio, el vino quedó en las bodegas; el órgano fué desmontado por el padre organista y colocado en varias cajas, trasladado a la Espluga.

Nuestro buen amigo el Rdo. D. Amadeo Pujol, en su monografía de Vallmoll, dice que «En circunstancias tan críticas, el P. Gatell escribió a su amigo de la infancia de Vallmoll, Ramón Borrás, con el fin de que sin pérdida de tiempo se presentase en cierto lugar con tres mulas; así lo hizo, acudiendo el P. Gatell,

acompañado del padre organista Pedro Sans y del padre bolsero Cosme Valls, que, montados y por extraviados caminos de bosque, se dirigieron a la Selva del Campo, y de allí a Vallmoll, en cuya población, el padre Gatell vivió unos días retirado en la casa de la familia Garravé, y después marchó a Roma.»

Dispersos los monjes, unos quedaron en España, reuniéndose con sus familias; otros emigraron al extranjero. Muchos de los primeros sirvieron con celo en parroquias, dedicándose al púlpito y confesonario, y de los segundos, algunos ingresaron en Monasterios de Italia.

«Gran cantidad de alhajas y ornamentos del culto, como casullas, ternos, alfombras y tapices y otros objetos de plata, cuyo peso, según se dice, se elevaba a 11 arrobas (114'40 kilos), fueron escondidos, obra de un año antes de la desgracia, en un techo o suelo falso, situado junto a una puerta entre el dormitorio y el noviciado. Motivó tal precaución el temor de un formal levantamiento carlista y su consecuencia, la guerra, por haber cruzado el Ebro, con sus fuerzas, el jefe del mismo bando, Carnier. Que objetos preciosos fueron por allí escondidos con la anticipación apuntada me consta en modo indubitable por boca del carpintero del Monasterio, Miguel Boltó. Construyó él mismo las tablas o cajas para la colocación de las casullas y demás tejidos, las que, según orden superior, dejaba al pie de la escalera que conduce al dormitorio; lo mismo que respecto al yeso otro dependiente practicaba. El padre Joaquín Aleu y fray Francisco Marinés, lego encargado de la carretería, tomaban de allí, a la hora en que la comunidad entraba en el Refectorio, los expresados materiales, y solos ellos, muy silenciosamente, colocaron los indicados objetos en el escondrijo; en el cual quedaron al dispersarse la comunidad en 1835.

Puestos en cobro las más preciosas alhajas y ornamentos del culto, debieron aún quedar de unas y otros no pocos en la Iglesia para el servicio diario, que desempeñaban sesenta monjes; los cuales objetos, en el momento de la huida y en los azarosos días que la siguieron antes del incendio, fueron sacados de allí y colocados en seguro por los religiosos.»

«En el ángulo N. de la gran pieza, antigua caballeriza moder-

namamente lagares, situada entre la escalera del Palacio de D. Martín y el claustro, el P. subprior D. Antonio Juncosa enterró, antes de partir, unas 500 onzas de oro, o sea 8,000 duros.»

«También al pie del noviciado, en uno de sus desvanes o patios, fué escondido un puchero de monedas de oro, cuya propiedad, en razón de la persona que años adelante acudió a recogerle, creo formaba el peculio particular de varios de los monjes especialmente jóvenes.» (Barraquer.)

A los pocos días se presentó, por orden del Gobierno, el alcalde de la Espluga a tomar inventario de los bienes del Monasterio, tarea a la que ayudaban los referidos religiosos. Mientras en tal faena estaban, llegaron, también, de Vimbodí, con igual pretensión, y en vista del mal cariz que tomaban las cosas, los frailes que hasta entonces habían quedado para dirigir y ordenar el salvamento de todo lo transportable que había en el Monasterio, tomaron el partido de abandonar Poblet, dejando encargado al carpintero Boltó de colocar en cajones los libros de la biblioteca, y una vez conseguido, conducirlos a seguro sitio. En esta tarea estaban ocupados Boltó y varios otros que, comisionados por la autoridad, estaban al cuidado del convento, cuando se presentaron un gran número de vecinos de Vimbodí que les obligaron a salir, entregándose inmediatamente los recién llegados al saqueo más desenfrenado. Durante varios días, los de Vimbodí salieron con sus caballerías y carruajes cargados de muebles, libros, vino, puertas, rejas y de cuantos útiles encontraban a mano. Las seis grandes campanas *Bernarda*, *Salvatierra*, *Columbina*, *Valenciana*, *de Capitol* y *Garranyáu*, que en las grandes solemnidades hacían oír sus metálicas voces, cuyos ecos resonaban a muchas leguas de distancia y que tantas veces con su tañido habían congregado en el majestuoso templo a infinidad de devotos, fueron arrojadas desde sus altos campanarios, y dando tumbos por el espacio, pararon en los enlosados patios, donde al golpe de pesados mazos fueron destruídas para hacer más fácil su transporte y vendido el bronce a miserables traficantes por un puñado de pesetas.

Entraron aquellos locos en la Sacristía nueva, y alumbrados por los cabos de velas que en ella se guardaban, llevaron a efecto

la expoliación de cuanto en ella encontraron. Consumidas las velas que habían esparcido por encima de las cómodas, prendieron fuego a la madera, empapada en cera, y así empezó el incendio.

Y dice Toda que «cuando no quedaban ya objetos para llevarse, los saqueadores comenzaron a abrir las tumbas en busca de tesoros, y entonces ocurrió la gran profanación de los panteones reales, cuadro triste y horrible que mal la pluma puede pintar ni describir. De noche, iluminados por las tostadas teas, que con pena dejaban pasar su escasa luz entre la humareda del incendio, los sacrílegos payeses de las vecinas tierras hundieron con mazos las puertas de bronce de los panteones y rompieron las triangulares cubiertas de las tumbas reales. Pronto tuvieron a la vista los ataúdes forrados de terciopelo encarnado y morado y adornados con clavos de cobre. El hacha, de un golpe los abrió, y mientras unos rasgaban la tela, que sirvió después para vestidos de niños, otros tomaban las yertas momias de los reyes y príncipes, y de pie las alineaban, apoyadas en la pared de mármol de los panteones. Allí estuvieron algún tiempo aquellos cuerpos que habían encerrado tan grandes almas, hasta que a los payeses les ocurrió la distracción de azotarlos y arrastrarlos por la Iglesia, atada una cuerda a los pies. ¡Espectáculo horroroso, crimen salvaje, del que no pudieron darse cuenta aquellos ignorantes que lo cometían!

Y desde entonces, la destrucción de los monumentos artísticos fué completa : aquellos miserables nada perdonaron. Tumbas y altares fueron violados de la manera más brutal, cayeron los pesados mazos de hierro sobre los delicados adornos de columnas y capiteles, de sepulcros y arcos; el fuego prendió de nuevo en las dos Sacristías, convirtiendo en cenizas los magníficos cuadros de Viladomat y de Juncosa, las ricas cómodas de nogal de Italia, los tapices de las paredes y las alfombras del presbiterio; y donde la mano de aquellas furias no alcanzaba, llegaban las balas de sus fusiles. ¡Ah, demasiado, demasiado era el castigo del soberbio Monasterio, terrible la injuria que las impías turbas hicieron a los restos de héroes, de los cuales uno solo valía más que toda una generación nuestra!»

Ardieron en aquellos días los altares, el Coro, el paso cubierto

que conducía al Palacio del abad, el pajar, en fin, se repitieron los excesos del año 1822, y quedó destruído todo lo que de madera había quedado a salvo de la rapiña. Fué pasto de las llamas la biblioteca, pero, gracias a que los libros encuadernados y los fajos de papel arden con mucha dificultad, no fueron del todo destruídos, salvándose la mayoría de ellos, aunque algo chamuscados sus bordes, de los cuales hemos examinado algunos que se guardan en bibliotecas públicas y particulares, que son mudos testigos de aquella bárbara acción.

El archivo fué también destruído por el devorador elemento, pero como en él sólo se guardaban escasos documentos, archivados allí desde el año 1825 en que se reinstaló la comunidad, no fueron de extraordinaria importancia las pérdidas ocasionadas. Los documentos antiguos no habían sido reintegrados y continuaban en Tarragona, desde donde posteriormente, por orden del Gobierno, fueron trasladados a Madrid.

Los bancos y arrimaderos de nogal de precioso estilo gótico, las vidrieras con sus vidrios de colores, los grandes marcos que encuadraban los retratos de los más esclarecidos varones que adornaban la esbelta Sala capitular, fueron reducidos a astillas; la misma suerte les cupo a los bancos, respaldos y al señorial asiento del abad, que embellecían el Refectorio.

Los esbeltos doseletes artísticamente labrados en ricas maderas que cubrían los panteones reales cayeron hechos añicos.

Los panteones reales fueron igualmente destruídos; los sarcófagos, abiertos, y villanamente profanados los cadáveres para robar sus joyas y ricas telas.

La momia de D. Jaime I *el Conquistador* fué puesta de centinela a la puerta de la Iglesia, con una gorra de cuartel, canana en la cintura y un fusil en el brazo, y entre risotadas de aquellos infames fué la momia abofeteada y echada al suelo. «¡Lástima grande — exclama Barraquer lleno de indignación — que por un momento su vigorosa alma no reanimara aquel cadáver, que, de hacerlo, tirara él de su nunca vencida espada y aventara de tan sagrados claustros a hijos y súbditos menguados y bellacos; y llegando en la persecución de ellos a la última de las torres de la cerca, preguntara atónito a la tierra si por desgracia reinaba

de nuevo aquí algún rey moro, su enemigo jurado, que así se permitía profanar los templos del Señor y deshonar las cenizas de los antepasados!»

Los restos del gran rey D. Pedro IV fueron, también, vilmente profanados y escarnecidos. D. Juan Cortada, en 1841, o sean pocos años después de la destrucción del Monasterio, en su *Historia de España* escribía : «Cuando este célebre templo fué incendiado durante la última guerra civil, se extrajeron de sus sepulturas los cadáveres de varios reyes de Aragón, y entre ellos el de D. Pedro del Punyalet, el cual se encontró entero y bien conservado, y después de algunos días de aquella profanación, fué paseado por las calles de Vimbodí, rotos sus vestidos y hechos pedazos, y perdido el puñal que llevaba, con no poco dolor de todos los anticuarios, y por la mucha ignorancia y brutalidad de los profanadores que ni aun supieron conocer que habría quien se lo comprara a muy subido precio.»

«En vano, dice Gebhardt, se busca en la historia el relato de una devastación más ciega, llevada a cabo con más brutal frenesí. ¿Qué hombres de corazón, podemos, también, preguntar nosotros, no se estremecen a la vista y a la sola idea de esa vasta e implacable ruina, de esa desolación universal, de esos restos que yacen aún alrededor de nosotros, lúgubres, informes, profanados? ¿En qué invasión de bárbaros se vió nunca destruir y devorar a la vez tantos monumentos admirables, tantos recuerdos populares, tantos tesoros de arte y de poesía, tantos recursos para la caridad pública y para las necesidades apremiantes de los pueblos? Al usurpar el Estado el bien ajeno; al confiscar las seculares Abadías; al condenar a sus moradores a la muerte o al destierro, podíanse al menos conservar las majestuosas ruinas. Como en Inglaterra y en Alemania, habrían quedado en su fúnebre belleza algunos restos de aquellos monumentos de un arte inimitable, de una arquitectura sublime; pero no, los vándalos modernos, sobrepujando el ejemplo que les dieron los reformadores de hace tres siglos, no se contentaron con usurpar, profanar y confiscar; quisieron destruir, arrasar, no dejar piedra sobre piedra, y en muchas partes, miserables plagiaros de los republicanos franceses, no se detuvieron, agotados todos los medios destruc-

tores; hasta que no hubo pared en pie, ni estatua, ni sitial, ni bajo relieve entero.»

Su destrucción fué completa — añade Bofarull —, el hacha en el bosque y la tea incendiaria en el edificio, lo aniquilaron todo.

Las columnas volantes que por allí transitaron fijaron sus vivaques en el centro de la Iglesia; las que, por matar el ocio, codiciando imaginarios tesoros ocultos, violaban las tumbas, esparramando los esqueletos y reduciendo a cenizas las regias vestiduras de los difuntos, para fundirlas en el crisol.

Al mismo tiempo, la mano aniquiladora de algunos agentes de la amortización logró descubrir parte de preciosidades ocultas por los monjes, y desde entonces, curiosos efectos históricos y ricos ornamentos fueron destinados para usos ridículos y vergonzosos.

Ninguna de las actuales testas coronadas de Europa se halla rodeada de una corte más brillante y buena como la que tuvieron en torno suyo los restos de nuestros ocho reyes y nueve reinas en Poblet, entre los que se contaban dos príncipes, diez infantes, veinte condes y duques, diez condesas y duquesas, todos de sangre real; un arzobispo, cuatro obispos, veintisiete barones o señores feudales y más de veinte memorables guerreros, con pajes, concellers, maestros y embajadores; cuyos restos, en su mayor parte envueltos entre el polvo y ruinas, fueron salvados por el reverendo D. Antonio Serret, cura párroco de la Espluga de Francolí, que impulsado de un celo verdaderamente patriótico, recogió las reales cenizas, y a expensas suyas las trasladó a una de las bóvedas de la Iglesia de su parroquia; depósito que quizás habria permanecido en el olvido a no mediar las solícitas investigaciones de D. Pedro Gil, quien, al momento que hubo adquirido semejante noticia, no cesó hasta que hubo logrado trasladar los restos reales a Tarragona; rasgo noble y generoso de dos hombres a los cuales la historia de nuestro país no debe olvidar, incluyendo en sus páginas los nombres de SERRET y GIL.

Abandonado completamente el Monasterio, todo fué objeto de la voracidad de los desaprensivos vecinos de aquellas encontradas, que se llevaron muebles, maderas, puertas, ventanas,

hierros, en fin, todo lo que se hallaba a su alcance, y no hay casa construída en aquella época a más de cuatro horas alrededor, que no tenga en su montura algún recuerdo de Poblet. Los pastores guardaban allí sus ganados, y sus inmundicias corrieron entre fragmentos de primorosas esculturas y venerandos huesos.

En 1837, dice el P. Riba, se descubrieron las alhajas y vasos sagrados de la Sacristía, junto con el precioso Relicario, después de haberse empleado más de trescientas personas entre hombres y mujeres, grandes y pequeños, ocasionando la muerte al descubridor de tan precioso tesoro. Como los monjes habían salvado en el mismo escondrijo y las mismas preciosidades por el año 1821 al 22, que tuvieron que abandonar, también, el Monasterio, confiaron en que lo mismo sucedería. Pero no fué así.

Por fin, en 1846, cuando ya no había casi nada que guardar se nombraron dos guardas con el sueldo de *1 real diario*. Estos guardas estaban instalados en la capilla del Ciprés, y como carecía de puerta y con el frío no se podía vivir allí, la Comisión de Monumentos, aunque el Monasterio no estaba todavía bajo su custodia, compadecida del abandono en que se tenía a los infelices guardas, autorizó, en 4 de noviembre del mismo año, el gasto de 157 reales y 16 maravedises para cerrar esta capilla, haciéndose esta obra en 27 de diciembre siguiente.

No por esto cesó la expoliación, pues aunque ya no tuvieron lugar los desenfrenados robos de los primeros tiempos, vinieron entonces los mal llamados aficionados al arte, y con excusa de guardar un recuerdo del monumento rompieron y destrozaron los pocos relieves y esculturas que se habían conservado intactos.

Un nombre entre todos merece ser expuesto a la vindicta pública, no sólo por las profanaciones y expoliaciones que llevó a cabo, sino por el cargo oficial que desempeñaba, que le obligaba más que a otro a guardar respeto y veneración a las veneradas ruinas del panteón de nuestros reyes. Era este hombre *D. Juan Van-Halen, comandante general de la provincia de Tarragona*, autor de la substracción de armaduras antiguas y de varias esculturas del altar mayor, que vendió al extranjero.

Encargada, por Real orden de 2 de enero de 1847, la Comi-

sión de Monumentos de Tarragona de la custodia y conservación del Monasterio, viene desde entonces dedicando los escasos recursos que le asigna el Estado a la limpieza de escombros, construcción de tejados para preservar de las inclemencias del tiempo las principales edificaciones cuyas bóvedas se habían venido abajo, la restauración de las ojivas, columnas y capiteles de los ventanales del claustro mayor y demás obras de conservación y seguridad.

Otra plaga cayó luego sobre el desventurado Monasterio: los buscadores de tesoros escondidos. Tales estragos cometieron estos individuos desde un principio, que por las denuncias presentadas por la benemérita Comisión de Monumentos de la provincia de Tarragona, en 3 de septiembre de 1850, la Comisión Central de Monumentos comunicaba al gobernador de Tarragona que *«De modo alguno debe permitirse el codicioso y pueril empeño de hacer en Poblet excavaciones de ninguna especie para descubrir soñados tesoros, cuando tan necia vulgaridad sólo puede conducir a la ruina del edificio. Una pronta represión de este abuso es absolutamente indispensable.* Firma el documento, Valentín Carderera. V. Secretario.»

No por ello cesaron las excavaciones. En noviembre de 1853 se denunció a José Vidal, guarda de Poblet, de presenciar excavaciones y de hacerlas él mismo en diferentes sitios del Monasterio.

Con intervalos más o menos largos se han presentado en el Monasterio incautos que, víctimas del timo del entierro, han ido, con permiso de las autoridades o sin él, acompañados de planos, documentos, zahorís, sonámbulos, etc.; etc., a buscar los soñados tesoros. Muy recientemente, la Comisión de Monumentos ha tenido que denunciar hechos semejantes que, dentro y fuera del cenobio, se cometían, y que el gobernador de Tarragona, señor Lasaleta, con muy buen criterio ha prohibido.

En el mes de enero de 1855, a fin de evitar la libre entrada, se cerró con puerta de madera el portal de la Iglesia mayor. En la noche del 16 al 17 del mismo mes quemaron dicha puerta, al parecer unos de estos buscadores de tesoros enterrados.

Después de la exclaustación, todos los bienes de Poblet,

así como los de los demás Monasterios, fueron enajenados por el Poder público, y por cierto a precios irrisorios. Sólo conservó para sí el Estado el frondoso bosque que los ingenieros forestales han ido repoblando y cruzando en todas direcciones de bien acondicionadas carreteras que hacen fácil, hasta en automóvil, el acceso a lo más alto del monte, desde el que se divisa un bello panorama.

El dignísimo canónigo, dignidad de chantre, que fué de la Catedral de Barcelona, D. Cayetano Barraquer y Roviralta (Q. D. G. G.), hermano de los doctores D. José y D. Luis, nuestro querido maestro, también difuntos, glorias de la Medicina catalana, a quienes desde estas páginas rendimos tributo de veneración y de respeto, en el tomo segundo de su monumental obra *Los religiosos en Cataluña durante la primera mitad del siglo XIX*, da detalladísima cuenta del paradero de los muebles, riquezas y bienes del Monasterio.

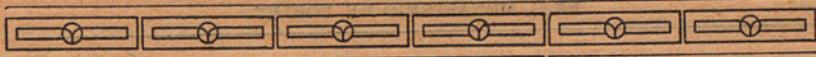
Habiéndose enterado el ex claustrado R. P. D. Ignacio Carbó que las Ordenes religiosas de España tenían en Roma un superior general, titulado comisario apostólico, que desde allí mandaba a sus respectivos súbditos, se marchó a Roma, se presentó al Papa Pío IX, que lo recibió benignamente en audiencia particular, y, oídas sus razones, S. S. nombró al Rdo. P. D. Juan Miarnau comisario apostólico. Con tan fausto acontecimiento regresó a España el P. Carbó, que fué nombrado en 20 de julio de 1847 prior presidente del Monasterio de Poblet, en Cataluña, según consta por documento firmado por el comisario Miarnau, refrendado por el secretario Garbayo. En 1850, el P. Carbó renunció el Priorato, por haber sido nombrado, por S. S. Pío IX, misionero apostólico, y en su lugar eligió el comisario apostólico para ocupar el cargo de prior al P. D. Pedro Prats.

Fallecido el Rdo. Prats en 1857 en la ciudad de Tarragona, fué designado para ocupar la vacante el Rdo. P. D. José Riba y Amorós, que murió siendo capellán del convento de Vallbona de las Monjas, el sábado, día 19 de febrero de 1881.

Estos fueron los últimos que tuvieron nombramiento de priores del Monasterio de Poblet, a pesar de estar disuelta o extinguida la comunidad.

Y para acabar, séanos permitido repetir con el insigne Piferer, que:

«Si a pesar de tantas profanaciones, a pesar de tantos años de desolación, quedan aún grandiosos restos para que podamos reconstruirlos en nuestra fantasía con toda su grandeza : el viajero puede todavía visitarlos con fruto y medir por el pie lo que fué el coloso, y calcular por la sombra lo que fué el edificio. Puede aún ver a Poblet, si no con el rico manto de que lo cubrieron los monarcas de Aragón, con toda la majestad que respira aún en medio de su soledad y de su ruina, todo lo que está ennoblecido por el lustre de su origen y los grandes recuerdos. Puede, por otra parte, estar seguro de recibir grandes impresiones, ya considere lo que es, ya lo que fué antes de que pasara sobre él el soplo abrasador de nuestro siglo. Fué panteón de reyes, y hoy no es sino nido de aves voraces; el viento y las tempestades se estrellaban ayer contra sus muros, y hoy el huracán turba el silencio de sus capillas y de sus salones con el ruido de las piedras que va sin cesar desmoronando. Ayer recibió el homenaje de todos los pueblos del contorno, y hoy los pueblos han levantado con sus escombros los edificios que les sirven de albergue y de recreo. Ayer no veía entrar por sus puertas más que hombres llenos de respeto que iban a hincarse de rodillas ante sus altares, y hoy no ve sino curiosos que van a recorrer sus ruinas, compadeciendo cuando más la desgraciada suerte que le cupo. Ayer fué el rey de los monumentos de su época, y hoy se ve eclipsado por otro Monasterio del mismo siglo, dádiva del mismo príncipe y joya de la misma Orden cisterciense, al que concedió el cielo salir casi ileso del furor de nuestras discordias civiles. ¡Pobre Monasterio! Llorad sobre sus tristes restos, artistas; llorad vosotros todos los que estimáis en algo las glorias de nuestra patria; y vosotros, poetas, a quienes conmueve hasta la caída de una flor, arrancad a vuestras liras los acentos más sentidos para cantar la caída de este monumento, urna en que estuvo depositada la gloriosa grandeza de dos siglos.»



LISTA DE LOS ABADES QUE GOBERNARON EL MONASTERIO DE POBLET

Abades perpetuos

	<u>Periodos</u>
1. D. Esteban	1151-1152
2. D. Vidal	1152-1153
3. D. Gerardo	1153-1154
4. D. Grimoaldo	1154-1158
5. D. Esteban de S. Martín	1160-1165
6. D. Hugón	1166-1181
7. D. Esteban Droch	1181-1185
8. D. Pedro de Talladell	1185-1187
9. D. Esteban	1188-1190
10. D. Pedro Massaret	1190-1196
11. D. Arnaldo de Amalrich	1196-1198
12. D. Pedro de Concabella	1198-1204
13. D. Pedro de Curtacans	1205-1214
14. D. Arnaldo de Filella	1215-1220
15. D. Ramón de Hostalrich	1221-1224
16. D. Ramón de Cervera	1224-1229
17. D. Arnaldo de Gallart	1229-1231
18. D. Vidal de Algayre	1232-1236
19. D. Simón Jimeno	1236-1237
20. D. Ramón de Siscar	1237-1238
21. D. Ramón Donato	1238-1241
22. D. Vidal	1241-1242
23. D. Domingo de Semeno	1243-1245
24. D. Berenguer Castellots	1246-1253
25. D. Arnaldo de Prexens	1254-1267
26. D. Arnaldo de Uliola	1268-1276
27. D. Bernardo de Cervera	1276-1287

	<u>Períodos</u>
28. D. Guillén de Estañol.....	1288-1297
29. D. Egidio Roselló.....	1297-1302
30. D. Pedro de Alferich.....	1302-1311
31. D. Andrés de Timor.....	1312-1315
32. D. Ponce de Copons.....	1316-1348
33. D. Bernardo de Palacio.....	1348-1348
34. D. Arnaldo de Examús.....	1348-1361
35. D. Guillén de Agulló.....	1361-1393
36. D. Vicente Ferrer.....	1393-1409
37. D. Jaime Carbó.....	1409-1413
38. D. Juan Martínez de Mengucho.....	1313-1433
39. D. Guillén de Queralt.....	1434-1435
40. D. Miguel Raurés.....	1435-1437
41. D. Bartolomé Conill.....	1437-1458
42. D. Miguel Delgado.....	1458-1478
43. D. Juan Estaña.....	1478-1480
44. D. Juan Payo Coello.....	1480-1498
45. D. Juan Buada.....	1499-1502
46. D. Domingo Porta.....	1502-1526
47. D. Pedro Caxal.....	1526-1531
48. D. Fernando de Lerín.....	1531-1545
49. D. Gabriel Forés.....	1545-1546
50. D. Pedro Bouqués.....	1546-1564
51. D. Juan de Guimerá.....	1564-1583
52. D. Francisco Oliver de Botaller.....	1583-1598
53. D. Juan Tarrós.....	1598-1602
54. D. Simón Trilla.....	1602-1623

Abades cuadrienaes

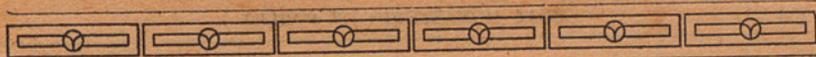
55. — 1. D. Miguel Merola.....	1623-1628
56. — 2. D. Domingo Quiles.....	1628-1632
57. — 3. D. Miguel Mayor.....	1632-1636
58. — 4. D. Jaime Pallarés.....	1636-1640
59. — 5. D. Rafael Llobera.....	1640-1644
60. — 6. D. Jaime Pallarés.....	1644-1648
61. — 7. D. Rafael Llobera.....	1648-1652
62. — 8. D. José Sanz.....	1652-1656
63. — 9. D. Joaquín Arbolí.....	1656-1660

		<u>Periodos</u>
64. — 10.	D. Antonio Rosell.....	1660-1664
65. — 11.	D. José Reduá.....	1664-1668
66. — 12.	D. Antonio Rosell.....	1668-1672
67. — 13.	D. José Serra.....	1672-1677
68. — 14.	D. Antonio Rosell.....	1677-1680
69. — 15.	D. Vicente Prada.....	1680-1684
70. — 16.	D. José Tresánchez.....	1684-1688
71. — 17.	D. Pedro Virgili.....	1688-1692
72. — 18.	D. Pedro Albert.....	1692-1696
73. — 19.	D. José Rosers.....	1696-1700
74. — 20.	D. José Tresánchez.....	1700-1704
75. — 21.	D. Francisco Dorda.....	1704-1708
	D. Baltasar Fontanillas, fué prior presidente...	1708-1713
76. — 22.	D. José Escuder.....	1713-1716
77. — 23.	D. Baltasar Sayol.....	1716-1720
78. — 24.	D. Baltasar Fontanillas.....	1720-1724
79. — 25.	D. Baltasar Sayol.....	1724-1728
80. — 26.	D. Félix Genover.....	1728-1732
81. — 27.	D. Baltasar Sayol.....	1732-1736
82. — 28.	D. Francisco Fornaguera.....	1736-1741
83. — 29.	D. José Antonio Lladó.....	1741-1744
84. — 30.	D. Francisco Fornaguera.....	1744-1748
85. — 31.	D. Pedro Perellada.....	1748-1752
86. — 32.	D. Miguel Cuyás.....	1752-1756
87. — 33.	D. Agustín Oliva.....	1756-1760
88. — 34.	D. Miguel Cuyás.....	1760-1764
89. — 35.	D. José Baldrich.....	1764-1768
90. — 36.	D. Juan Beltrí.....	1768-1772
91. — 37.	D. José Fibla.....	1772-1776
92. — 38.	D. José Güell.....	1776-1780
	D. Francisco Ferrer fué prior presidente desde 1780 a 1784, sede vacante	
93. — 39.	D. José Salvadó.....	1784-1786
94. — 40.	D. A. Vázquez de Varela.....	1786-1793
95. — 41.	D. Pedro Sererols.....	1794-1797
96. — 42.	D. José Sabater.....	1797-1800
97. — 43.	D. Antonio Mas.....	1801-1804
98. — 44.	D. Joaquín Casanovas.....	1804-1808
	Del 1808 a 1810, sede vacante	
99. — 45.	D. José Barba.....	1810-1813
	Del 1813 a 1815, sede vacante	
100. — 46.	D. Jaime Pamies.....	1815-1819
101. — 47.	D. Esteban Torell.....	1819-1821

	Períodos
102. — 48. D. José Barba.....	1821-1823
103. — 49. D. Esteban Torell.....	1823-1825
104. — 50. D. José Queralt.....	1826-1831
105. — 51. D. Sebastián Gatell.....	1831-1834
D. Ramón Bertrán fué prior presidente.....	1834-1835
D. Sebastián Gatell, desde el día de Viernes Santo hasta la exclaustación.....	1835-1835

Después de la exclaustación

D. Ignacio Carbó.....	1847-1850
D. Pedro Prats.....	1850-1857
D. José Riba.....	1857-1881



Antes de terminar

Poblet, panteón de hijos ilustres de Cataluña

Desde que Alfonso I *el Casto*, primer rey de la gloriosa Confederación Catalano-Aragonesa, rompiendo la tradición de ser enterrado, cual sus antecesores los condes de Barcelona, en el veterano Monasterio de Santa María de Ripoll, ordenó en su testamento que su cadáver fuera sepultado en el nuevo cenobio, por su padre fundado y por él protegido y edificado, de Santa María de Poblet, siguieron su ejemplo la mayoría de los reyes catalanes, y en él recibieron sepultura, a más de Alfonso I, el gran Jaime I *el Conquistador*; el ceremonioso Pedro III *o del Punyalet*; el amador de la gentileza Juan I *el Cazador*; su hermano el rey Martín; el usurpador del trono de Jaime *el Desdichado*, Fernando *el de Antequera*; *el sabio* Alfonso IV y su hermano *el Sanguinario* Juan II, amén de una infinidad de reinas, esposas de los mentados monarcas, príncipes y nobles próceres catalanes, cuyas hazañas dieron, a las casas de Moncada, Cardona, Cervera, Anglesola, Urgel, Bas, Rivelles y a tantas otras, justa fama y renombre en nuestra patria.

Todos estos venerables despojos, junto con los de los abades y demás personajes enterrados en el Monasterio, fueron vilmente profanados, cuando los religiosos abandonaron, en el año 1835, el cenobio, por miedo a los sucesos de Reus, Barcelona y demás ciudades de España, y sus cenizas esparcidas por los suelos, pisoteadas y ultrajadas, hasta que el benemérito cura párroco de la

Espluga de Francolí, reverendo D. Antonio Serret, con celo extraordinario, recogió todos los restos humanos y los depositó en su Iglesia, en donde permanecieron hasta que D. Pedro Gil, después de algunas gestiones, logró que fueran trasladados a la Catedral de Tarragona, en cuyo sagrado recinto están en la actualidad guardados.

La Comisión de Monumentos de Tarragona mandó construir en el trascoro de la Catedral, con restos de los panteones reales de Poblet, un mausoleo para guardar el cadáver de D. Jaime I, y los demás fueron colocados en otro sarcófago, en una de las capillas de la santa Iglesia. El día 7 de octubre de 1856 fué trasladada con toda pompa, después de una solemne fiesta religiosa, a su nuevo panteón la momia de *el Conquistador*.

Más adelante, la mentada Comisión de Monumentos, queriendo honrar más dignamente la memoria del gran rey, encargó al notable arquitecto catalán D. Luis Doménech y Muntaner el proyecto de un panteón digno de la fama y grandeza de D. Jaime. Con extraordinario cariño acogió el ilustre maestro el mentado encargo, y derrochó en él todo el exquisito gusto y refinado arte que estamos acostumbrados a admirar en sus originales construcciones, y al poco tiempo fué terminada la obra, que no se ha levantado todavía, a pesar de los años transcurridos, por no haber sido posible ponerse de acuerdo la Comisión de Monumentos y el Cabildo Catedral respecto al sitio de su emplazamiento.

Creemos que ya que tanto D. Jaime como todos los demás magnates cuyas cenizas están actualmente en Tarragona eligieron el Monasterio de Poblet para dormir el sueño eterno de la muerte, con tal decisión, que algunos de ellos amenazaron con serios castigos a los que quebrantaran su última voluntad, fuera lo más justo que se reparara todo lo posible, y, a la mayor brevedad, la Iglesia y las principales dependencias del derruido cenobio, y que allá se levantara el mentado panteón, y se construyeran otros, y a ellos fueran trasladados los despojos de nuestros reyes y de los magnates que les acompañaron en sus días de gloria, y, en adelante, fueran en aquel recinto enterrados todos aquellos hijos de nuestra querida patria que por su valer se hicieron en tiempos pasados o se hagan en el porvenir acreedores a ser llamados HIJOS ILUSTRES DE CATALUÑA.

Archivos, bibliotecas y libros consultados para escribir esta obra

ARCHIVOS : *Histórico Nacional (Madrid).*

- » *de Fontfreda.*
- » *de la Corona de Aragón (Barcelona).*
- » *del Real Patrimonio (Barcelona).*
- » *Municipal (Barcelona).*
- » *Histórico de la Ciudad (Barcelona).*
- » *de Escornalbou (de don Eduardo Toda).*
- » *Parroquial de Prades.*
- » *Espluga de Francoll.*

BIBLIOTECAS : *Museo Balaguer (Villanueva y Geltrú).*

- » *de la Universidad de Barcelona.*
- » *de Catalunya (Barcelona).*
- » *Arús (Barcelona).*
- » *Escuela de Arquitectura (Barcelona).*
- » *Provincial de Tarragona.*
- » *del Monasterio de Vallbona de las Monjas.*

ARMENGOI, Y DE AYMERICH, Antonio de, *Cathalogo de los Varones Ilustres en Santidad y Letras que han florecido en el Real Monasterio de Ntra. Sra. de Poblet, desde el año de su fundación que fué el de 1150 del Nacimiento de Christo. (Manuscrito.)*

ALEGRET, Adolfo, *El Monasterio de Poblet.*

Anuaris de l'Institut d'Estudis Catalans.

ARAGÓN FERNÁNDEZ, Antonio, *El Real Monasterio de Poblet.*

ARAGONÉS, Francisco, *Los frailes franciscos en Cataluña.*

ARCO, Ángel, *Restos artísticos e inscripciones sepulcrales del Monasterio de Poblet*

ARGAIZ, P., *La perla de Cataluña.*

BALAGUER Víctor, *Las ruinas de Poblet.*

- » » *Los frailes y sus Conventos.*
- » » *Historia de Cataluña.*
- » » *Las calles de Barcelona.*
- » » *Cuatro perlas de un collar.*
- » » *Historia de los trovadores.*

- BARGADÁ, Mⁿ. Francisco, *Compendio histórico del Real Monasterio de Vallbona de las Monjas.*
- BARGADÁ, Mⁿ. Ramón, *Memoria histórica de la imatge de Ntra. Sra. del Tallat.*
- » » » *La Virgen del Tallat.*
- BARRAQUER, Cayetano, *Las Casas de religiosos en Cataluña.*
- » » » *Los Religiosos en Cataluña.*
- BARRERA, Mⁿ. Jaime, *Artículos periodísticos numerosos sobre Poblet, y Memorias de la Real Academia de Buenas Letras (Barcelona).*
- BEUTER, Pedro Antonio, *Crónica general de España.*
- BEAUMONT, Fr. Jaime, *Historia de los Monasterios del Cister.*
- BOADES, Mⁿ. Bernat, *Llibre dels feyts darmes de Catalunya.*
- BOIX, Vicente, *Xátiva cristiana.*
- BOFARULL, Andrés, *Poblet.*
- BOFARULL, Antonio, *Historia de Cataluña.*
- BOFARULL, Jaime, *Una Biblia de Poblet a Escornalbou.*
- BOFARULL, Próspero, *Los Condes de Barcelona vindicados.*
- » » *El Parlamento de Caspe.*
- BRUNIQUEUR, Esteban, *Rúbrica.*
- Bulletins de l'Associació Excursionista de Catalunya.*
- » *del Centre Excursionista de Catalunya.*
- CAMÓS, Fr. Francisco, *Jardín de Marta en el Principado de Cataluña.*
- CARBONELL, Pedro Miguel, *Crónica de España.*
- CARRERAS CANDI, Francisco, *Geografía General de Catalunya.*
- CHIA, Julián, *Bandos y Bandoleros.*
- COCK, Henrique, *Relación del viaje hecho por Felipe II, en 1585, a Zaragoza, Barcelona y Valencia.*
- COROLEU, José, *Dietarios de la Generalidad.*
- » » *Documents històrics catalans del segle XIV.*
- CORTADA, Juan, *Historia de España.*
- DESCLOT, Bernardo, *Historia de Cataluña.*
- DESDEVISES DU DEZERT, G., *Barcellona et les grands sanctuaires catalans.*
- DIAGO, P. Francisco, *Crónica de España.*
- DOMÉNECH Y MUNTANER, Luis, *Historia y arquitectura del Monasterio de Poblet.*
- Estudis Universitaris Catalans.*
- FELÍU DE LA PEÑA, Narciso, *Anales de Cataluña.*
- FERRER, Raimundo, *Barcelona cautiva.*
- FINESTRES, Jaime, *Historia del Real Monasterio de Poblet.*
- FLÓREZ, MERINO y LACANAL, *España sagrada.*
- GALLISÁ, Luciano, *De vita et scriptis Josephi Finestres et A. Montalvo.*
- GEBHART, Victor, *Historia de España.*
- GRAS Y EIJAS, Francisco, *Historia de las hermitas del Arzobispado de Tarragona.*

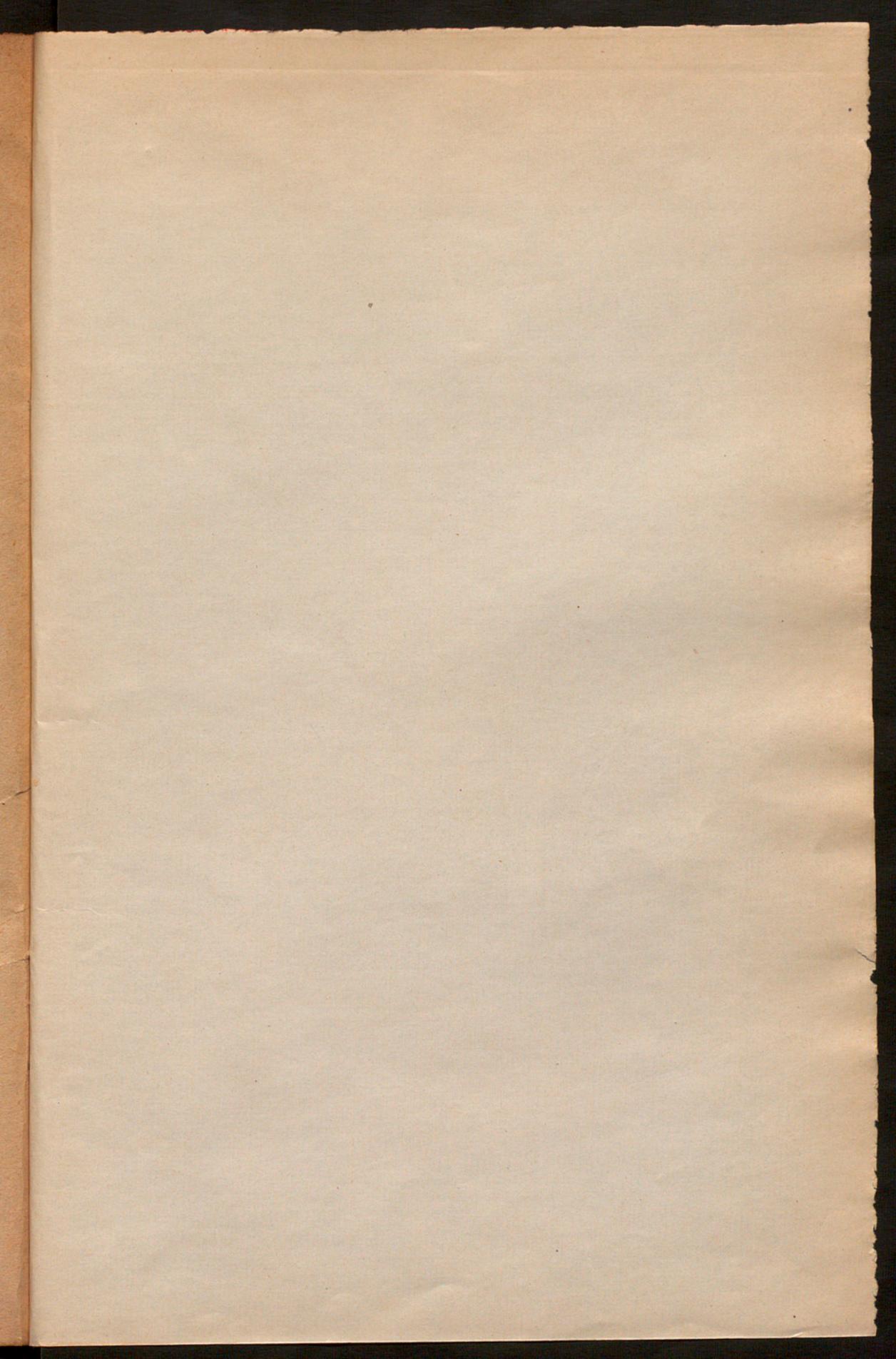
- JAIME I, el Conquistador, *Crónica de...*
 JANER, Florencio, *Compromiso de Caspe.*
 JORNET, Leandro, *El Monasterio de Piedra.*
La fi del Comte d'Urgell. Crònica del segle XV.
 LAFUENTE, Vicente, *Historia de España.*
 LAMPÁREZ, Vicente, *Los grandes monasterios españoles.*
L'excursionista.
 LOURINE, Luis, *Los conventos.*
 MANRIQUE, Ángel, *Anales del Cister.*
Manual de Novells Ardiits
 MARCA, Pedro, *Marca hispánica.*
 MARIANA, P. Juan, *Historia de España.*
 MARTINELL, César, *El Monestir de Poblet*
 » » *Les fonts de Poblet.*
 » » *El retaule major de Poblet.*
 » » *La pica de Poblet.*
 » » *Els claustrs primitius de Santes Creus i de Poblet.*
 MELO, Francisco, Manuel, *Historia de las guerras de Cataluña.*
 MELÓN, Armando, *Forment y el Monasterio de Poblet.*
Memòries de l'Associació Catalanista d'Excursions Científiques.
Memorias de la Real Academia de la Historia.
 MONFAR, Diego, *Historia de los Condes de Urgel.*
 MONTALT, Fr. Pedro, *Las Cortes Catalanas.*
 MORENO ABADA, Pbro. Emilio, *Historia de la Iglesia.*
 MORERA, Emilio, *Tarragona antigua y moderna.*
 » » *Tarragona cristiana.*
 MUNS CASTELLET, Fr., *Los mártires del siglo XIX.*
 MUNTANER, Ramón, *Crónica.*
 PALAU Y DOLCET, Antonio, *La Conca de Barbará.*
 PALOMER, José, *Estampes de Poblet.*
 » » *La decadencia de Poblet.*
 PEDRO IV, el Ceremonioso, *Crónica.*
 PI Y MARGALL, Francisco, *España pintoresca.*
 PIFERRER, Pablo, *Recuerdos y bellezas de España.*
 PONZ, Antonio, *Viaje de España.*
 PORREÑO, Baltasar, *Dichos y hechos de el Señor rey D. Phelipe segundo*
 el Prudente.
 PUIG, FALGUERA Y GODAY, *La Arquitectura románica a Catalunya.*
 PUJOL, Amadeo, *Monografía de Vallmoll.*
 RAHOLA, Carlos, *Girona.*
 RAMON VIDALES, Jaime, *Poblet. Narracions.*
Regla de San Benet.
Revista del Centre Lectura, de Reus.
 RIBA, P. José, *Noticias históricas. (Manuscrito.)*

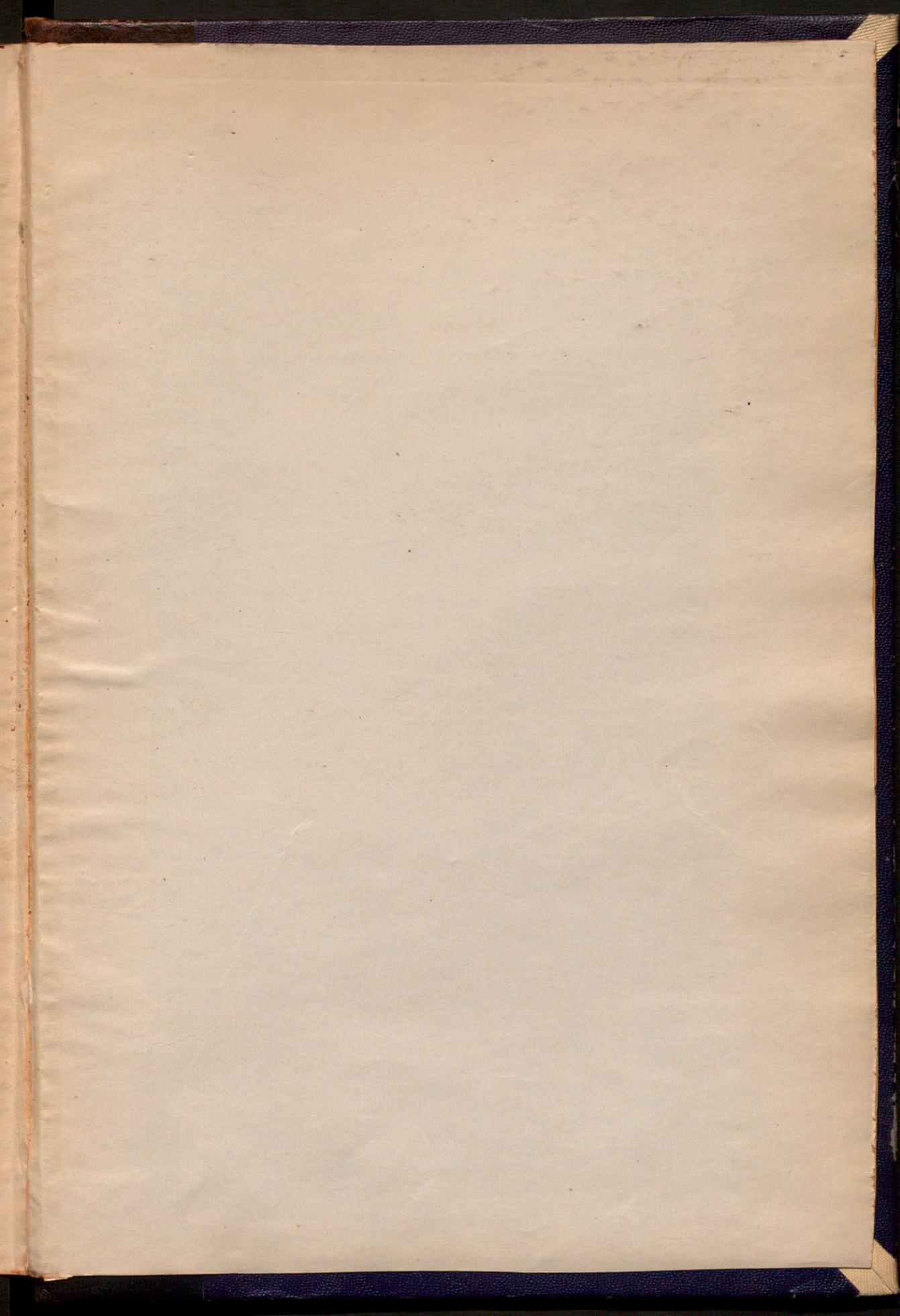
- ROCA, Josep M.^a, *La reyna empordanesa*.
- RUBIÓ Y LLUCH, *Documents per a la història de la cultura migeval*.
- S. A. *Historia de los Reyes de Aragon*.
- SADA, P. Juan, *La Regla de San Benito, explicada según su verdadero espíritu*.
- SALAS RICOMÁ, Ramón, *Monasterio de Poblet*.
- SAGARRIGA, Conde de Crexell, *Dietario de Barcelona en la década 1767-1777*.
- SARTHOU, Carlos, *Monasterios setabitanos*.
- SERRA Y POSTIUS, Pedro, *Prodigios y finezas de los Santos Angeles hechas en el Principado de Cataluña*.
- SOLER, Lluís M.^a, *Perot Roca Guinarda*.
- TIRON, El Abate, *Historia y trajes de las Ordenes religiosas*.
- TRISTANY, Buenaventura, *Corona benedictina*.
- TODA, Eduardo, *Poblet* (ed. 1870).
- » » *Poblet. Records de la Conca de Barbarà* (1883).
- » » *Curiositats de Poblet: Enterro d'un aventurer anglès*.
- » » *Estudis pobletans*.
- » » *Guta de España y Portugal*.
- » » *Gran número de artículos, sobre Poblet, en revistas y periódicos*.
- TORRES, Alfonso, *Historia de las persecuciones políticas y religiosas ocurridas en Europa desde la Edad media hasta nuestros días*.
- VALLÉS, José, *Primer Instituto de la Sagrada Religión de la Cartuxa*.
- VILLANUEVA, Jaime, *Viaje literario a las iglesias de España*.
- YEPES, Fr. Antonio, *Crónica general de San Benito*.
- ZURITA, Jerónimo, *Anales de Aragón*.

ÍNDICE

	Págs.
Situación del Monasterio.....	5
Descripción.....	6
Capilla de San Jorge o del Rosario.....	10
Puerta dorada.....	10
Plaza Mayor.....	11
Claustro mayor.....	17
Claustro mayor, nave del Palacio.....	19
Claustro mayor, nave de la Iglesia.....	20
Claustro mayor, nave de la Sala capitular.....	21
Aula capitular.....	22
Claustro mayor, nave del Refectorio.....	30
Cocina.....	32
Refectorio.....	32
Calefactorio o barbería.....	33
Claustro de novicios.....	33
Locutorio.....	34
Bibliotecas.....	34
Claustro del Locutorio.....	36
Casas nuevas, cámaras reales y juego de pelota.....	36
Capilla de San Esteban.....	37
Claustro de San Esteban.....	38
Cementerio de los monjes.....	40
Cementerio de legos.....	42
Sacristía nueva.....	44
Iglesia mayor.....	45
Atrio o Galilea.....	47
Capilla del Santo Sepulcro.....	47
Capilla de la Virgen.....	53
Iglesia.....	54
Coro.....	56
Órgano.....	58
Altar mayor.....	58
Panteones reales.....	61
Cámaras sepulcrales.....	68
Capillas.....	74
Sacristía antigua.....	83
Dormitorio de novicios.....	84
Archivo.....	85
Claustro alto.....	86
Palacio del rey Martín.....	87
Torres de la Puerta real.....	89
Dormitorio de monjes ancianos.....	91

	Págs.
Bodega.....	92
Patio del prior.....	92
Granjas, ermitas y prioratos, Mitjana, Milmanda, Riudabella, Castellfullit, La Peña o Pena, ermita de Nuestra Señora dels Torrents, Priorato del Tallat, Priorato de Nazaret.....	93
Ciurana.....	100
Explicación del plano del Monasterio.....	102
Notas históricas.....	105
Leyenda de Poblet.....	107
Época de crecimiento del Monasterio.....	108
Fundación del Real Monasterio de Santa María de Poblet.....	108
El rey D. Jaime el Conquistador, monje de Poblet.....	147
Época de esplendor del Monasterio.....	156
Construcción del Palacio del rey Martín.....	172
Traslado de los cadáveres del rey Martín y de la reina D. ^a Violante.....	200
Visita de los Reyes Católicos.....	208
Visita de Felipe II en 1564.....	228
Fuego en el Coro.....	233
Visita de Felipe II en 1585.....	241
Época de decadencia del Monasterio. — Abades cuadrienaes....	257
Visita del conceller en cap D. José Muntaner.....	262
Entierro de D. Ambrosio de Aragón y Sandoval, duque de Lerma. Traslado de los restos de los nobles de la casa de Cardona y Segoberge a las cámaras sepulcrales.....	271
Entierro de los restos de Alfonso V, del Infante D. Pedro y de D. ^a Beatriz Reina de Hungría.....	275
Caida y abandono de Poblet.....	289
Los monjes de la Trapa expulsados de Francia en Poblet.....	310
Lista de los abades que gobernaron el Monasterio de Poblet.....	349
Después de la exclaustación.....	352
Antes de terminar.....	353
Archivos, bibliotecas y libros consultados para escribir esta obra..	355
Índice.....	359





GUITERT
REAL
MONASTERIO
DE
POBLET